

SECCION HISTÓRICA

EPOCA ANTIGUA.



CAPITULO I.

RESUMEN.

1. Dificultades que se encuentran para escribir la historia de los tiempos primeros.—2. Cuna del hombre.—3. Estaba este país habitado antes del Diluvio? Parecer del Dr. Máres.—Otros pareceres, deducidos de las ciencias geológicas.—5. Diluvio universal.—6. Aborígenes después del Diluvio.—7. Primeras colonias en el país.—8. Reyes fabulosos.—9. Nuevos colonizadores.—10. Costumbres de los tiempos primeros.—11. Monumentos que nos quedan.

Emprendemos un trabajo superior á nuestras fuerzas, decíamos al dar principio á nuestra obra. Y aun no habíamos palpado las mil dificultades, que vendrían una en pos de otra á aumentar nuestros temores; no habíamos dado los primeros pasos en la espinosa carrera que acometíamos, con ánimo resuelto si, pero con escasas fuerzas para llevar á cabo lo que nos habíamos propuesto. Entramos

en un terreno cuasi desconocido, enredado entre malezas y luego pudimos comprender, que no era tan fácil el recorrerlo sin tropezar á cada paso, sin enredarnos entre sus matorrales, y que se necesitaba brio, fuerzas más robustas que las nuestras, para atravesar un laberinto enmarañado, que nadie hasta ahora se habia atrevido á des-embrozar.

La historia de un pueblo es difícil por demás, pero la de un pueblo como Morella, aislado, oculto entre bosques, que solo ha merecido una mirada desdeñosa de los historiadores del reino, que no encontró quien escribiera sus hechos ó se perdieron los apuntes, la historia de Morella, repetimos, aumenta la dificultad.

Hemos publicado ya nuestras investigaciones en las dos secciones *Geográfica* y *Biográfica*, y faltanos ahora la seccion *Histórica*, si hemos de cumplir con lo que ofrecemos en nuestro plan. Algo más difícil se nos presenta, si hemos de retroceder á los tiempos primeros; no porque la voluntad no sea pronta, sino porque al querer levantar el edificio, quisiéramos basarlo sobre fuertes rocas y solo encontramos arenas movedizas, ó un torbellino de polvo que se revoltea á merced de los vientos. Hemos de preguntar á los tiempos más antiguos, quienes fueron los hombres primeros que habitaron nuestras montañas; hemos de registrar la tierra para descubrir algunas pisadas del hombre; hemos de consultar los escritos de los que nos precedieron, para saber sus pensamientos; hemos de pensar las razones en que se apoyan; y lo hemos hecho; antes de comenzar nuestro trabajo nos hemos ocupado de los trabajos de otros, y lo diremos, el eco de la antigüedad

se ha perdido en los tiempos; los aborígenes duermen en el sepulcro y sus cuerpos se hallan confundidos entre los átomos de la tierra; sus pisadas desaparecieron, ó por algun aluvion ó arrasadas por el vendabal, y los que nos han trasmitido algunas noticias, que no sean las consignadas en nuestros libros santos, nos parecen tan apasionados, que sus juicios semejan al ensueño ó á un delirio. Tal es el empeño de remontarse á los primeros dias del tiempo, tal es la pueril vanidad de colocar en su patria la cuna del hombre, que han arriesgado conjeturas que hacen asomar la sonrisa á los labios. Examinaremos, sin embargo, sus escritos ligeramente y manifestaremos nuestras dudas.

2. Desde la eternidad estaba Dios en si mismo; mas quiso criar al hombre y antes preparó este admirable espectáculo de la naturaleza, como rica vivienda, como magnífico palacio en donde habitara la criatura más noble de cuantas hubiera sobre la tierra. Tomó despues en sus manos un tosco légamo, 'sopló en él el aire de vida y crió al hombre á su imágen y semejanza. Formó luego la mujer, que habia de servirle de compañera, de una de sus costillas, y del consorcio de aquellos dos séres nacieron hijos, é hijos de sus hijos, hasta poblar la tierra, segun el desig- nio de Dios. Allá se remonta nuestra imaginacion, cuando queremos comenzar la relacion de los hechos de nuestros mayores. Adan fué el primer padre del linaje humano, Eva la madre primera y de allí vienen esas mil razas que pueblan la tierra, de diferentes figuras, de diversos colores. ¡Lástima que nuestros padres escucharan el silvido de la astuta serpiente y que, henchidos de orgullo, qui-

sieran semejarse á quien les dió el ser!

Ello fué, que perdieron la felicidad y arrojados del paraíso se vieron obligados á buscar el sustento. Sereis como dioses, les dijo el Demonio disfrazado con las escamas de una culebra, sereis como dioses; y creyéronlo así y tomaron en sus manos la fatal manzana y poco despues el ángel de la justicia hacia crugir sobre sus cabezas el látigo, arrojándoles de aquel lugar de delicias. La cuna del hombre debemos colocarla en el Eden, los primeros hijos nacerian no léjos de aquel lugar.

3. ¿Tardaron muchos años en habitar este país? Lo habitaron los hombres antes del Diluvio? he aqui la pregunta que nos hacemos y que en vano hemos esperado de los que nos precedieron alguna razon, que nos dejase satisfechos. Otros antes que nosotros han escrito, que es *verosímil* que los primeros padres del linaje humano pisaron nuestro suelo: ni las aguas del Diluvio pudieron ahogar los deseos de saber lo que sucedió en nuestra patria en los tiempos primeros. Á falta de escritos se ha preguntado á la tierra, se han levantado sus capas primeras para registrar sus senos y se han deducido consecuencias, que nosotros no podemos conceder. Espondremos sus juicios y los nuestros.

En 1681 publicó el Dr. Máres su *Fenia Troyana* ó Historia de Chelva su patria y tan enamorado estaba del país que le vió nacer, que le pareció un remedo del Eden, y el lugar que los primeros padres eligieron por morada, despues que fueron arrojados del Paraíso. Como Chelva se halla cerca del terreno que nos ocupa, recordaremos lo que dice el autor de la *Fenia Troyana*. Cuan-

do nuestros primeros padres fueron arrojados del Paraiso, dice el Dr. Máres, no pudieron habitar en lugares cercanos al teatro de su desdicha, y buscaron un lugar apartado, para no tener continuamente ante sus ojos el fiscal de su delito. Se encaminaron al occidente, llegaron á España y al encontrar un terreno tan bello y delicioso como el de Chelva, lo eligieron para su morada. No se le diga, que es imposible, que emprendieran tan largo viaje, por que el Dr. Máres previó esta dificultad, y lo hallo muy fácil. Entónces, dice, los hombres eran como gigantes, cuatro veces mayores que ahora, y por consiguiente sus pasos les hacian andar cuarenta leguas por día, que segun sus calculos, costaria el viage unos veinte y ocho dias. No es mucho si fuera asi. (cap. 6. pág. 21)

Tambien afirma que Seth y sus hijos habitaron las cercanías de Chelva. Es un terreno en que abundan las cuevas y grutas, unas abiertas en los cortes de las montañas y otras en las rocas; y como los hombres primeros no sabian fabricar casas á plomo y nivel, estas cuevas que se descubren, deben ser restos de las antiguas viviendas de los antediluvianos, y no duda que serian de los hijos de Adan. Manifestaremos francamente, que al leer la opinion del Dr. Máres, no podemos detener una sonrisa que asomaba á nuestros labios; nuestros lectores la podran apreciar como gusten.

4. Con otras razones sacadas de la ciencia geológica pretenden algunos, que el hombre habitó este pais antes del Diluvio, ya que se descubren algunos huesos fosilizados pertenecientes á la especie humana. El gran depó-

sito de Concud, de que nos habla Feyjoo y otros autores, los restos de gigante que menciona Escolano, y otros que aparecen en los terrenos cretáceos, han dado motivo para afirmar, que son fragmentos de los restos del hombre que pereció bajo las aguas del Diluvio. Tampoco nos parecen de gran peso sus razones. ¡Quien ha clasificado bastante unos huesos, las más veces truncados, sin formar un esqueleto entero? Y cuan grandes serian, que se han visto obligados á decir que fueron de gigante? Nosotros hemos tenido en nuestras manos algunos huesos disformes, encontrados al rededor de Morella en estado de fosilizacion, no pueden ser de alguna especie conocida en nuestros tiempos, pero no diremos que son de gigante, por que sabido es, que el Diluvio hizo desaparecer animales, ahora desconocidos (1).

Pero dado caso que pertenecieran á la especie humana; sabemos de donde vinieron? El empuje de las olas, azotadas por los vientos y los huracanes en aquellos dias terribles del Diluvio, pudo trasportar los cadáveres que zozobraban sobre las aguas á centenares de leguas del lugar en donde perecieron, ahora entre los grandes depósitos de arcilla y marga, que llevaron las aguas, ó entre los guijarros rodados, que forman esas capas en nuestras montañas. No fue el Diluvio ciertamente una mansa inundacion, fue un terrible cataclismo que trastornó

(1). Nuestro apreciable amigo D. Nicolas Ferrer y Julve, catedrático en medicina de la Universidad de Valencia, encontró en Agosto de 1868 algunos huesos disformes en las cercanías de Morella, que conservaban no solo la figura exterior, sino hasta la médula fosilizada.

nuestro globo, descarnando las montañas y cubriendo los valles, cuando *se rompieron las fuentes de los abismos y se abrieron las cataratas de los cielos*, fué un trastorno general, que cambió nuestro planeta. Vestigios tenemos en todas partes, restos pisan nuestros plantas, cuando examinamos el terreno.

No solo las aguas socabaron los cimientos de nuestros montes y dieron una posición vertical á los estratos, sino que se levantaron aquellos grandes depósitos, que dormían en el seno de los mares, para dejarse caer sobre las crestas de nuestros montes y sembrar de conchas, ostras y grandes buccinos sus declives, valles y hondonadas. Y tantos pedruscos rodados, que ahora ocupan las montañas más altas ¿de donde vinieron, cuando recibieron esa forma orbicular? Cierto, que con lenguaje mudo nos dicen ellos mismos, que revolteando entre el empuje de las olas, vinieron de lejos, porque un día, ni dos no bastan para darles tal figura. Así pues los restos fosilizados, si fueran del hombre, no prueban, que vivió en este país, ya que hemos visto que pudieron ser arrastrados de muy lejos.

Pero hay más ¿cuanto tiempo se necesita para que un hueso pueda fosilizarse? Cual es el mecanismo que emplea la naturaleza para cambiar las sustancias, dejando las formas propias? Nosotros no sabemos si podrán darnos una respuesta satisfactoria. Las sustancias que entran en la composición de los fósiles son el carbonato de cal, la sílice, el azufre, la pirita de hierro y otras; y

como estas sustancias minerales abundan mas en unas partes que en otras, parecen, que el tiempo que necesita para fosilizarse un ser orgánico sera segun las sustancias que se encuentren con más ó menos abundancia en el terreno. Los cuerpos duros, como los mariscos y los huesos pudieron conservarse por más tiempo, pero encontramos animales fosilizados con sus carnes, sujetas la putrefaccion, plantas acuaticas, que solo pudieron prestar un molde á la naturaleza, destruyéndose la sustancia y dejando el hueco cóncavo entre la tierra; vemos peces de mar y de rios, ranas, lagartos y culebras; algas y otros vegetales con sus hojas filamentosas, y esto nos dice, que las sustancias se infiltraron en aquellos moldes hasta rellenarlas, sin que sepamos el tiempo que se necesita para endurecerse.

En nuestras grutas hemos observado, que algunos años bastan para formar esos juguetes admirables de la naturaleza. Hemos entrado alguna vez movidos por la curiosidad en esos subterráneos, en donde la infiltracion de las aguas produce maravillas, en donde la naturaleza levanta del suelo vistosas *estalácmilas*, imitando vegetales, ó fabricando columnas, pirámides, plintios y otras obras del arte, ó deja colgar de sus toscas bóvedas *estaláctitas* como caprichosas arañas; hemos roto las columnas, nos hemos llevado aquellas plantas y ramajes, unos años despues otras columnas, otras pirámides reemplazan el lugar de las *estalácmilas* robadas á la naturaleza. Y estos cuerpos son duros, compactos, como los bancos de nuestras rocas calcáreas.

Otros cuerpos vemos que se fosilizan por incrustacion.

En el término de Ballibona se halla una fuente, que á las pocas horas de haber dejado en sus aguas un leño, muda de color, se incrusta una sustancia caliza arenosa que no tarda en cubrir el leño y con el tiempo cambia la sustancia. En las cañerías de nuestra fuente observamos, que en pocos años se forma un depósito de piedra caliza, que resiste la piqueta. Todo esto nos inclina á creer, que para fosilizarse un cuerpo orgánico, en algunos lugares en donde abundan las sustancias que constituyen los fósiles, no se necesitan tantos siglos, y por consiguiente si los huesos encontrados pertenecen á la especie humana, no es un argumento seguro para creer, que este terreno estuvo habitado por el hombre antes del Diluvio universal.

5. Pero si no podemos decir con certeza, que los hombres antidiluvianos habitaron nuestro suelo, no hay duda, que la raza de Adan se habia multiplicado admirablemente, y poblaba gran parte de la tierra. Dios alargaba la vida de aquellos hombres y hacia fecundas las mujeres, ¡ojalá que el hombre no hubiera marchado por torcidas sendas, ofendiendo á un Dios, que si lleno de amor, era Dios de justicia! Diez y seis siglos habian pasado desde la creacion del hombre, ó poco más, cuando los hijos de Adan *habian corrompido sus caminos*. Quiso Dios castigarles terriblemente, *arrasándoles* de la tierra, y anegándoles con un diluvio de aguas, reservando á Noé y su familia para que regenerasen la humanidad. *Los castigos son siempre proporcionados á los conocimientos del culpable*, dice el conde de Maistre, *de modo, que el Diluvio supone crímenes incógnitos, y estos crímenes suponen conocimientos superiores*

á los nuestros. Graves serian y muy generales los delitos, cuando Dios envió sobre la tierra tan grande y general castigo.

El Diluvio cubrió toda la tierra, y solamente se pudieron salvar Noé, sus hijos y nueras y los animales que entraron en el arca por mandato de Dios. Pasaron los dias de venganza, las olas se amainaron, las aguas entraron en los mares y el arca de salvacion descansó sobre una montaña de Armenia; y salió aquella familia providencial para pisar un suelo fangoso, surcado por el torrente de las aguas, y sembrado de cadáveres, confundidos entre las ramas de los árboles hacinadas. ¡Triste panorama ofrecia la tierra despues de aquellos dias de venganza! Silencioso y sombrío el santo Patriarca, rodeado de su familia, arrancaría de su corazon un hondo suspiro, dirigiendo una triste mirada á lo pasado, una mirada de esperanza al porvenir, y daría gracias á Dios que le habia librado del general cataclismo; cuando una voz dulce y consoladora, la voz de Dios, le dijo: *no volveré jamás á maldedir la tierra, por causa de los hombres. Creced y multiplicaos y entrad sobre la tierra y pobladla. Pondre mi arco en las nubes y será señal de alianza entre mi y entre la tierra.* Así encargó Dios á la familia de Noé la repoblacion de la tierra.

No pasaron muchos años y los hijos, y los hijos de sus hijos y las generaciones una tras otra aumentaron prodigiosamente. Ya los hombres se sentian estrechos en aquel terreno, ya discurrían el modo de buscar otras tierras para establecer sus moradas, se dejaron deslizar en numerosos grupos hasta las llanuras de Senaar y ribe-

ras del Eufrates y enamorados de la fertilidad del terreno, antes de separarse, concibieron el proyecto de edificar una ciudad y una torre colosal, que eternizara sus nombres. *Edifiquemos, dijeron, una ciudad y una torre, cuya cumbre llegue hasta el cielo: hagamos célebre nuestro nombre antes de separarnos por toda la tierra.* Y comenzaron la obra, y afanosos trabajaban para llevarla á cabo, cuando Dios quiso castigar su orgullo presuntuoso. Confundi6 el único lenguaje que hablaban, entr6 la confusión y el des6rden y les fu6 preciso abandonar su proyecto y por tribus y familias desparramarse por las cuatro partes del mundo en busca de un terreno, en donde sentaran sus tiendas y levantarán las primeras ciudades.

6. Hasta ahora solo hemos dibujado el cuadro en su último término; allá en lontananza hemos tirado algunas líneas, iremos aproximando á nuestros ojos el paisaje que nos proponemos trazar. Antes de saber lo que fuimos, bueno es saber de donde hemos venido.

Cuantos se han propuesto escribir la historia de nuestra patria, han querido buscar quienes fueron nuestros aborígenes. El P. Mariana encabeza su excelente obra de esta manera: Tubal hijo de Jafet fu6 el primer hombre que vino á España, añadiendo, que la gobern6 con imperio templado y justo. Ap6yase en las palabras de Josefo Judío: *Thobelus Thobelis sedem dedit, qui nostra atate iberi vocantur.* Otros quieren que fuese Tharsis, hijo de Javan, segun se trasluce de las palabras del capítulo décimo del Génesis. Pero cualquiera que fuese el nombre del cau-dillo que condujo la primera colonia que arrib6 á nuestras tierras, están conformes, que vino de Senaar y que

era de la tribu de Jafet. Tampoco estan acordes los autores en designar cual fué el país que recibió por vez primera á los colonizadores. Quien dice, que costeano la ribera del Mediterráneo por el Africa, atravesaron el estrecho de Gibraltar y tomaron asiento en Andalucia; quien les hace peregrinar por Francia y atravesar los Pirineos, y no falta quien diga, que nuestra Ilercavonia fué el país que primero se pobló despues del Diluvio. Mosen Pedro Tomic, antiguo historiador catalan, escribe, que desde el Senaar se embarcaron los hijos de Jafet y llegaron á la boca del Ebro, entraron por el rio y fundaron la primera ciudad, que llamaron Hiberia, capital de los ilercavones. Verosimil lo encontramos, ya que en vano buscaríamos datos para asegurar la opinion de Tomic. Los nombres de algunas ciudades, montes y regiones son hebreos, como si recordaran la raza jafética, que llegó á nuestras tierras. Theana, antiguo nombre de la Jana, la misma Iberia, el monte Idubeda, ahora Espadan, los habitantes de estas montañas llamados Beribraces, y otras voces, cuya raiz hebrea no se puede negar, todo esto nos inclina á pensar que el historiador catalan no escribia tan desacertado. Ademas las aguas pacificas del Ebro deberian preferirse, en aquellos tiempos, al oleaje de los mares, para anclar la débil flota, mientras que los navegantes sacaban el fruto de la tierra fértil de las riberas, ó enviaban sus pastores á las montañas á guardar sus ganados, y aprovechar las yerbas y frutos de nuestros bosques.

El pensamiento de Tomic tomó nuevo apoyo despues que el Dr. D. Jaime Pradas, natural de la Jana y cura

de Ares, escribió su libro de *La Adoracion de las santas imágenes*, que publicó en 1596. Habíase encontrado una moneda antigua en las cercanías de Cantavieja, que el Dr. Pradas pudo adquirir. Estaba gastada por el tiempo, pero conservaba algunas letras, que descifró con más pasión que acierto, porque aun los hombres sabios se pueden ofuscar y leen lo que quisieran hallar escrito. La moneda era de Hiberia y nosotros la hemos dado á conocer en nuestra seccion geográfica (T. 1.º, pág. 156). Sin embargo reproduciremos alguna idea para que se nos diga, si hemos adivinado la causa de sus juicios equivocados.

Tenia la célebre medalla en el anverso una nave y en el exergo leyó el Dr. Prades, supliendo las letras gastadas VNDIS EREPTVS AVVS, que le pareció podía traducir: *El abuelo libertado de las aguas*, y como entendiese que el *abuelo* se referia á Noé, de aquí discurrió, que los nietos del Patriarca fundaron la ciudad Hiberia, que Noé quiso visitar las colonias fundadas por sus nietos, y que una tormenta arrojó su nave á las costas de la Ilercavonia, salvándose en la boca del Ebro cerca de Hiberia: y por esto en recuerdo del acontecimiento, acuñaron la medalla.

Por desgracia la moneda desapareció en la muerte de Pradas, y quedaron sus escritos, que los historiadores tomaron en consideracion, dudando algunos y abrazando otros con calor la opinion del cura de Ares. Escolano que escribió sus *Anales* diez y ocho años despues, no desprecia la leyenda, pero reparó en que los caracteres son romanos, cuando debieran ser hebreos. El P. Diago abraza

ciegamente lo que dice Pradas, y los historiadores que les han seguido, si bien dudan, no se atreven á deshechar lo que Pradas dice. Y es, que nadie vió la moneda, ó la confunden con las acuñadas en Tortosa en tiempo de Tiberio. Por fortuna las tenemos abundantes, no gastadas, sino conservadas perfectamente, idénticas á las que Pradas describe, y por esto nos atrevemos á desvanecer una ilusión. No tropezaremos como Escolano en los caracteres latinos, porque tambien Roma acuñó medallas con la loba y los gemelos Rómulo y Remo, en recuerdo de una tradicion, tal vez fabulosa; pudiera Hiberia tambien estampar en tiempos de Roma la tradicion de la llegada de Noé, sin que esto pueda tener una probabilidad. En el anverso de la medalla se ve una nave con velas y un marino remando, y la leyenda del exergo MVN. HIBER. y al pié IVLIA. *Municipio Hiberia Julia*. En el reverso otra embarcacion y en su exergo ILERCAVONIA, region en donde se encontraba la ciudad Hiberia.

Ahora bien, las letras borradas que el Dr. Pradas no pudo leer, las supliremos nosotros con versalitas, dejando las que se conocian y dieron motivo á la interpretacion del anticuario. MVN. HIBER. IVLIA, y de las letras VN ER A sacó el ingenioso recuerdo de: *Undis ereptus avus*. El abuelo sacado de las aguas. Parécenos haber deshecho la burbuja de agua de jabon, que el soplo de Pradas levantó por los aires, admirando con sorpresa á los sabios historiadores y legando á los siglos que le siguieron una noticia, que se ha estampado con más ó ménos confianza. El tener en nuestra mano algunas de las monedas de Pradas, nos ha hecho conocer el error que padeció al descifrarlas.

8. Otro error debemos tambien desterrar, ya que se encuentra en alguno de los historiadores de nuestro reino. Hemos dicho, que el deseo de rasgar el túpido velo que cubre los tiempos primitivos de nuestra historia, ha sido la causa de que hombres, por otra parte juiciosos, abrazasen sin crítica bastante noticias apócrifas. En medio de la obscuridad parecióles ver una luz que disipaba las tinieblas, y corrieron á buscar en su reflejo la memoria de los que vivieron en aquellos tiempos. Fr. Annio de Vitervo dió á luz un libro, que dijo ser de Beroso y Methrastenes, autores caldeos, y en este libro publicó los hechos de una serie de reyes de España, con los años de su reinado y las ciudades que fundaron. Nuestro Beuter saludó con júbilo las fábulas de Fr. Annio, y estampó en su *Crónica* lo que halló en el finjido Beroso. De los nombres antiguos de nuestros montes, rios y ciudades, se formó reyes á su antojo y llenó aquél vacío que se notaba en la historia: tal fué el atrevimiento de Fr. Annio. Despues de Tubal, dice que reinó *Ibero*, que dió el nombre al rio Ebro y el de íberos á los pueblos de su ribera: luego *Iuballa* ó *Idábeda*, que se lo dió á los montes de Espadan ó de Morella; despues de éste el rey *Brigo*, que fundó muchas ciudades, entre ellas á Brigancio, luego Bisgargis, y ahora Morella, y que dió el nombre al rio Brigancio, que naciendo en sus montes, pasa por la Cenia y divide los reinos de Valencia y Cataluña. Pero el nombre de *Brig* es *ciudad fortificada*, no le viene de rey alguno, sino de su posicion topográfica y de la fortaleza de su castillo. No seguiremos la serie de reyes fabulosos

porque los ensueños de Annio ya no merecen los honores de la refutación, sino ser relegados al país de las fábulas. Dejemos cronologías caprichosas, no hagamos mérito de reyes que jamás existieron, ni necesitamos apoyarnos en cronicones apócrifos, inventados para satisfacer una vana curiosidad ó para merecer un renombre que poco habia de durar.

9. Hasta aquí hemos caminado cuasi siempre entre tinieblas, vemos ahora asomar una ráfaga de luz, un fulgor lejano que nos anuncia la llegada del día: aprovecharemos esta luz escasa, para tirar las primeras líneas en el cuadro, que nos proponemos trazar, siquiera dibujaremos su último término.

No podemos dudar, que la raza jafética vino á poblar nuestras tierras. El nombre de nuestras montañas y de muchas ciudades, es hebreo y ha llegado hasta nosotros como el eco de los hijos que se dispersaron en las llanuras de Senaar; pero nos guardaremos de afirmar el año de su venida, ni el caudillo que guiaba aquellas turbas, que buscaron en nuestro suelo un lugar de reposo, que diera término á su vida nómada. Nos atrevemos á decir, que la raza jafética ocuparia por más tiempo nuestras montañas, apacentando sus ganados en nuestros bosques, cuando otros pueblos mercantes ó aventureros se fijaron en las riberas del Ebro ó en las playas de nuestros mares, y por esto el nombre hebreo de Beribraces, y las costumbres de los pueblos más antiguos, cuya riqueza consistia en los ganados y cereales.

Los Ibéros, raza indo-escita, compuesta de pastores y

guerreros, atravesaron los Pirineos, y dejándose resbalar siguiendo el curso del Ebro, establecieron sus tiendas quisieron medir sus fuerzas con los indígenas, y no tardaron en enseñorearse del país, dejando su nombre á la peninsula Ibérica. Entraron los *celtas* para disputarles su posicion y de la fusion de aquellos dos pueblos y los restos de los antiguos *thobelios*, se formó el pueblo celtíbero, que andando el tiempo, tanta fama adquirió de valiente en los combates, y enemigo de la dominacion estrangera. Pero estos pueblos amalgamados no pudieron estar unidos para una defensa comun. Las rivalidades y envidias hicieron diferentes fracciones, que hoy se atacaban, mañana se unian dos ó más pueblos para vengar una injuria ó para usurpar un trozo de terreno y engrandecer el suyo: de aqui esas diferentes regiones en que españa se dividia, cuyos nombres hemos consignado en nuestra *geografia política*.

Por este tiempo sucedió aquella gran esterilidad, causada por haber pasado veinte y seis años, sin que el cielo dejara caer sobre la tierra una gota de agua. Nuestro Beuter consagra todo un capitulo para recordar aquella calamidad y sus fatales consecuencias. ¡Veinte y seis años! Si asi fué, nada tiene de estraño que se secaran las fuentes y los rios, que se acabara la rica vejetacion de este suelo privilegiado, y que disminuyera la poblacion hasta el extremo de no encontrarse vivientes, sino en las playas de nuestros mares, y estos en número muy escaso. En los años primeros emigraron los pobres á Italia y costas del Africa, y los ricos, con la esperanza de que les vendria el agua deseada, aguardaron en una tierra

seca y que abria por todas partes grietas, que les servian de sepultura. Añaden los autores, que á los veinte y seis años de seca siguieron tres años de continuas lluvias. Volvieron los españoles, que pudieron sobrevivir, y se encontraron sin rey que les gobernase, ni hombre alguno que tomara á su cargo el timon del gobierno español; y de aquí las guerras civiles, y la division de España en regiones. *Relata refero.*

Lo cierto es, que la fertilidad de este suelo, la riqueza de sus metales, y la demasiada candidéz de los españoles de entonces, todo esto atrajo á los mercaderes y especuladores estrangeros, que con dobléz y falsas palabras lograron establecer sus factorías en los puntos más ventajosos de nuestra costa, convirtiéndolas despues en fortalezas y manifestando poco á poco sus intentos de enseñorearse del país. Los fenicios fueron los primeros que arribaron á España, entre los pueblos civilizados que habian de repartirse el oro de este suelo. Se establecieron en la parte mas occidental, fundando á Cádiz y recorriendo el litoral de nuestros mares en busca del oro y de riquezas, estableciendo nuevas factorías, como cimientos de las grandes ciudades, que pensaban levantar. Pero recelosos los españoles, ó tal vez resentidos por su orgullo, presagio de sus planes de dominacion, tomaron las armas para arrojar de esta tierra á los huéspedes temibles, que amenazaban su independenciam. Los turdetanos fueron los primeros que se armaron para sacudir el yugo estrangero, y rudos y porfiados serian sus ataques, cuando los fenicios de Cadiz llamaron en su ayuda á los cartagineses, pueblo guerrero y mercante, cu-

ya república rivalizaba con el poder de Roma. Este pre-
pretesto esperaba Cartago para pasar el Mediterráneo y
pisar un suelo que ambicionaba. Accedió el senado car-
taginés, y enviando su flota desembarcaron los soldados
en la costa de Andalucía, atacando enseguida á los es-
pañoles que no pudieron resistir la táctica y disciplina
del ejército de Cartago. Pero si el africano no ganaba en
las batallas, procuraba insinuarse en los corazones de los
españoles, para ganar sus voluntades. Luego manifesta-
ron, que su objeto no habia sido solamente ausiliar á los
de Cadiz, sino arrojarlos de España para hacerse dueños
del rico terreno que tantas ventajas les ofrecia. Volvie-
ron sus armas contra Cadiz, cercaron la ciudad, el ariete
derrocó sus muros, y con felonía arrojaron á los fenicios,
que como amigos les habian llamado. Siguieron su plan,
fundando ciudades, pasearon sus ejércitos, infundiendo
temores y rivalidades á los griegos focenses, que habian
establecido sus colonias en la costa de Valencia y Cata-
luña, hasta obligarles á entablar pactos con Roma, para
tener su alianza en el caso de verse amenazados por las
tropas de Cartago. Dejaremos por ahora á los dos pue-
blos recelosos, y cerraremos el capítulo, dirigiendo una
mirada á estos tiempos lejanos para conocer sus costum-
bres.

10. Entre sombras hemos caminado para atravesar este
primer periodo de nuestra historia, si alguna noticia
suelta tenemos de nuestra patria, la debemos á los do-
minadores de Roma, que la oyeron de los indígenas, ó
la recogieron de las costumbres, que quedaban al ense-
ñorearse de España. La religion primitiva, hemos dicho

en otra parte, seria la de los hijos de Noé, pero al llegar otras naciones importaron el culto de sus estravagantes númenes. Los fenicios, al establecerse en Cadiz, levantaron un templo grandioso á Hercules; los focenses, los rodios y otros pueblos los consagraron á Juno, á Diana y otros dioses, y multiplicaron las divinidades, segun llegaban aventureros ó ambiciosos á nuestro suelo. Habia una raza, que adoraba á un Dios, obsequiándole los plenicios, bailando al rededor de sus casas, y aquel Dios no tenia nombre conocido. No sabemos si antes de llegar los romanos tributaban un culto tan estravagante y que se prestaba á los mayores exesos de la embriaguéz y de la impureza.

Las costumbres de aquellas primeras sociedades debian ser rústicas y groseras. Ya hemos visto que Festo Avieno comparaba nuestros Beribraces á las fieras, sea por sus modales ó por sus ataques rudos y temibles. Si estas costumbres se suavizaron con el roce que tuvieron despues con los pueblos que en diferentes épocas llegaron á España, muchos años tardarian antes que penetrasen entre la espesura de nuestros bosques. Ocupados los Beribraces en roturar la tierra, y criar sus ganados, única riqueza que poseian, dejaban el azadon y el cayado cuando su independendencia se miraba amenazada. Aunque rústicos, tenian su dignidad y no sufrían una ofensa ó un atropello sin buscar la venganza. La destruccion de Sagunto debióse al orgullo de sus ciudadanos y á los atropellos y desafueros con los montañeses del Idubeda y Teruel, al menos este pretesto sirvió al africano para decretar su ruina.

El valor español se dió á conocer desde los tiempos más antiguos, con mas union y con menos rivalidades, ni Cartago, ni Roma hubieran sojuzgado esta nacion de valientes, ni la media luna de Africa hubiera brillado mucho tiempo sobre los minaretes de las mezquitas mahometanas. Sabian manejar con destreza aquellos guerreros agrestes la honda, el venablo y la espada y sus feroces y rústicas acometidas hacian desmayar á los caudillos de otras naciones. Antes preferian morir, que caer en manos de sus enemigos, y era comun el darse la muerte ó pedirla á sus mismos deudos y amigos para no ser prisioneros: cuando no apelaban al tósigo, y morian con el bárbaro placer de no ser esclavos del bando contrario.

Además de la carne y leche, se alimentaban estos montañeses con pan de bellotas, y en sus banquetes bebian una especie de cerveza. En estas fiestas de familia se sentaban en poyos por órden segun su dignidad, comian alegres y concluian la funcion bailando al son de una rústica flauta. Sacaban los enfermos á las vias públicas, por ver si alguno de los viajeros atinaba la enfermedad y les propinaba la oportuna medicina. Daban la muerte á los viejos como inútiles y para que acabásen los padecimientos de la vejez. Las mujeres reciénparidas marchaban á los campos, y dejaban el infante con su marido acostado en la cama, para que le comunicase el calor. Por extravagantes que nos parecen algunas costumbres, los historiadores romanos nos han trasmitido estas noticias.

Sin embargo estos rústicos montañeses estaban obedientes á un reyezuelo, que ó más poderoso en bienes y

valor, ó tal vez más sagáz y con talento más aventajado les dirigia en los combates. Hay quien dice, que la doncella Brevecia, hija de Bebrix, cuya honra mancilló Alcides en un momento de embriaguéz en su palacio mismo, segun Silio Itálico, era una princesa ilustre del rey de los beribraces; cuya corte se hallaba en Morella, así lo escribe el autor de la Historia de Alcalá de la Selva.

11 Pero guardemonos de considerar á los habitantes de estas montañas como unos salvajes. La espresion de Avieno es una libertad poética; y los beribraces, que se alimentaban de manjares crasos y que vivian en las selvas, bajo su rústico traje, podian tener pensamientos elevados y sentimientos tiernos. En sus grandes poblaciones se encerrarian sus prohombres y acaso cultivarian las artes. Apenas podemos remover las ruinas de nuestros castillos montanos ó de poblaciones destruidas, sin tropezar con monedas celtiberas, y son tan abundantes en esta montaña, que en nuestro monetario tenemos más de cuarenta clases de estas medallas. ¡Lastima que sus caracteres sean indescifrables, y que los sabios no hayan encontrado una clave segura para entender sus leyendas.

Otro monumento nos queda de los celtiberos con caracteres runos; tal es una lápida que se ha podido conservar en el ermitorio de N.^a S.^a del Cid, término de la Iglesuela, á un tiro de fusil del país que nos ocupa, monumento que debiera engastarse en oro, por ser el único que nos queda. Nos parece trasladar una copia exacta, sino con la confianza de que sea descifrada, para que se conserve, y para reclamar el cuidado de quien tenga á su cargo dicho ermitorio, y no permita se inutilicen los pre-

ciosos objetos arqueológicos, que han podido conservarse más ha de veinte siglos.

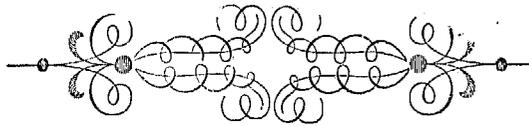
Υ Ξ Ν Υ Κ Ν Υ Ν

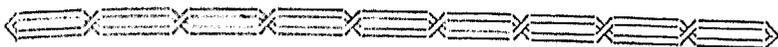
Υ Λ Ρ Α Λ Ε Μ Ε Ι Ν

En el mismo santuario hay otras lápidas romanas, y cada día se descubren antiguos objetos, que revelan la existencia de una rica ciudad. Nosotros poseemos algunos y no será solo aquí en donde nos ocuparemos de las ruinas del Cid.

Es un sitio que debiera interesar á los sabios arqueólogos, que encontrarían una mina de monumentos antiguos para ilustrar la historia de España. Allí se descubren medallas, lápidas romanas, mosaicos, trozos de ánfora y diferentes objetos que revelan la destrucción de alguna ciudad antigua. Nosotros poseemos algunos y entre otros una lamparilla perfectamente conservada, que se encontró en un sarcófago no ha muchos años. De desear fuera, que las personas inteligentes de la Iglesuela y sus ricos propietarios tomaran con empeño el trabajo de levantar aquellas primeras capas de tierra, que ocultan tan-

tas riquezas arqueológicas, y contribuyeran á la ilustración de la historia de nuestro terreno. Nosotros, ya que nuestras graves ocupaciones no nos dejan un rato desocupado, nos hemos permitido interesar alguna vez al digno párroco de aquella Iglesia, nuestro apreciable amigo D. Carlos Puerto, cuya instrucción, buen celo, é incansable laboriosidad no nos dejara burlados, si contara con algunos años ménos de edad.





CAPITULO II.

RESUMEN.

1. Proyectos de los cartagineses para apoderarse de España. 2.—Los suspenden por las guerras de Sicilia y la de los Mercenarios. 3.—Pasa Amilcar á España con un poderoso ejército. Sus campañas, su muerte. 4.—Asdrubal. Sus hechos, su muerte. 5.—Aníbal, su talento militar, su primera campaña. 6.—Sagunto: su defensa y destruccion. 7.—Espedicion de Aníbal á Italia. 8.—Gineo Escipion viene á España. Primeras operaciones. Triunfos de los romanos. Publio Escipion. 9.—Muerte de los Escipiones. 10.—Publio Cornelio. Sus victorias. 11.—Indibil y Maldonio. 12. Decadencia de los cartagineses. Son espulsados de España.

1. **E**l senado de Cartago al enviar su ejército á la península ibérica, no queria solo ayudar á los fenicios de Cádiz, su objeto era explorar el terreno, conocer sus riquezas, el carácter de sus naturales, y los puntos estratégicos en donde pudieran posesionarse para emprender una conquista, primero con falaces alhagos y si les era preciso subyugar al pueblo español, emplear la fuerza. Tenia confianza en la disciplina de sus soldados y en la pericia y política de sus capitanes. Algo contribuiria el odio y rivalidades entre las dos repúblicas de Roma y Cartago, y procuraria esta no dar tiempo á que Roma estrechara sus alianzas con los focenses de Cataluña y Valencia. Por esto, despues de haberse apoderado de Cádiz, pasaron sus tropas por la Bética (Andalucía), entraron en el reino de Valencia, y si respetaron por en-

tónces á Sagunto, no dejaron de establecer sus factorías en nuestro litoral, para que con el tiempo fueran sus fuertes castillos ó ciudades muradas. Procuraron ganar la voluntad de los naturales, y como habian visto su valor, quisieron sacar partido, reclutando algunos miles de jóvenes para que sirvieran en su ejército.

2. La guerra de Sicilia suspendió por entónces la conquista de España, contentándose con dejar guarniciones en las plazas más fuertes y llevándose una juventud, para que allá en la isla peleara por los que fabricaban las cadenas, con que pretendian aherrojar á los españoles. En la primera guerra púnica hicieron prodigios de valor los soldados reclutados en España, y si despues de veinte y cuatro años de lucha, en que tanta sangre se derramó, se ajustaron paces, fué para que Cartago eligiera este suelo para teatro en donde las dos repúblicas estuvieran muchos años en reñida lucha, para saber, cual de las dos habia de imponernos su yugo, y habia de hacer de los españoles dóciles esclavos para servir á su ambicion y codicia.

Se retiró la tropa cartaginesa al Africa, y al llegar á la capital, los soldados mercenarios, que pedian el salario devengado se amotinaron, declarándose contra los gefes, hasta que vencidos, pudo Cartago pensar seriamente en la conquista de España. Solo apuntamos estos hechos, ajenos á nosotros, pero que conservarán el hilo de la narracion.

3. Era el año 238 antes del nacimiento de Jesucristo, cuando el senado de Cartago envió un poderoso ejército á España, no para tratar á los españoles con dulzura y engañarles con una falsa amistad, sino para que re-

cuperara lo perdido en Sicilia y se apoderara de este suelo, que si bien recelaba de sus huespedes, no los tenia por conquistadores. El caudillo elegido para capitanear las tropas africanas era Amilcar Barca, uno de los generales de más fama en aquella república. Fácil le sería desembarcar teniendo los puntos mejores en su poder. Málaga, Córdoba, Sevilla y otras ciudades tuvieron que entregar grandes tributos en el año primero al caudillo cartaginés; Almería, Murcia, Valencia y otras poblaciones lo hicieron un año despues. Tal vez hasta la rica y populosa Sagunto, hubiera bajado su cabeza ante el ambicioso guerrero, á no haber Amilcar respetado por entónces, siquiera con ficcion, la alianza que tenia con Roma.

Llegó el ejército hasta las riberas del Ebro, y Amilcar se detuvo unos dias en una de sus ciudades para celebrar las bodas de su hija (1) con uno de sus valientes generales, llamado Asdrúbal. Llevaba tambien consigo cuatro hijos jóvenes, pequeños cachorros, que luego habian de manifestar su saña, cual leones africanos, que se lanzaran contra los soldados de Roma, ó contra quien favoreciera á sus intereses. Anibal, que ante las aras de sus dioses juró odio mortal á los romanos; Amilcar, guerrero como su padre, y fiero en los combates, Magon, y Hanon, educados entre las armas, y desde niños siguiendo al ejército, que combatia contra los romanos.

Pasados los dias de boda y asegurada la amistad y la confianza con Asdrúbal, atravesó el Ebro, sojuzgó las ciudades de la costa de Cataluña, y al llegar á la falda de un monte, azotado por las olas del mar, paróse y conci-

bió el proyecto de levantar una ciudad al pié de la montaña y darle el nombre de su familia, para inmortalizar el suyo. Y célebre esta ciudad, y célebre el monte, y el nombre de Amilcar Barca se pronuncia, cuando vemos esa ciudad pujante, rica, y célebre entre todas las ciudades de España. La ciudad es Barcelona, el monte el soberbio Monjuí, que estremece con sus bramidos, cuando cien bocas de fuego lanzan el hierro sobre los que se acercan con actitud hostil.

Hasta entónces Amilcar habia manifestado un carácter dulce para los españoles, pero estos ya miraban á los cartagineses como enemigos que les robaban su independencia. Un confuso murmullo cundió por los pueblos, que no pudo acultársele al guerrero. En algunas regiones de Andalucía tomaron las armas, y en Cataluña no encontraban los africanos una franca hospitalidad. Quiso Amilcar repasar el Ebro, para apagar las primeras chispas de rebelion; su carácter moderado cambióse en cruel y despota y por los pueblos del tránsito, no solo obligó á presentarle gruesas cantidades, sino que derramó sangre española. Un grito de reprobacion llegó á nuestras montañas. Al pasar el Ebro encontró á los ilerconvones pertrechados en sus gargantas y montes, grandes masas impedían su marcha, y el sistema de guerrillas, tan natural en sus habitantes, molestaba á los cartagineses causándoles muchas bajas. Sino podían presentarle una batalla campal, le atacaban en los montes, en donde la caballería nómada no podia seguirles. Le fué preciso retirarse á Acra-Leuca (Peñíscola) y elegir aquel peñon, para defenderse en una retirada. (2) Siguió su marcha

caminando á paso doble á Andalucía, en donde el español Istolacio habia dado el grito de independencia; pero la pericia militar y la disciplina del ejército cartaginés triunfó del ardor y arrojo de los naturales: el mismo Istolacio cayó prisionero y fué sentenciado á muerte. Los Vettones, que secundaron el movimiento, capitaneados por Indortes, sufrieron la misma suerte y el caudillo español murió tambien por órden de Amilcar.

Estas primeras victorias llenaron de orgullo al cartaginés, que ya no dudaba, que España toda se pondria á sus órdenes, y tornando hasta Peñíscola, quiso descansar algunos dias. Pero el fuego no estaba apagado, en muchas regiones de España saltaban chispas que revelaban, que bajo una ceniza que parecia fria, ardia un volcan, que podria vomitar su lava abrasadora. El carácter fiero é indómito de los montañeses, manifestado en las escaramuzas de la Ilercavonia, le hacia temer que entre los bosques se ocultaban enemigos terribles, cuyos rudos ataques mermarian sus fuerzas. Quiso pues subir sus tropas á nuestras tierras para entrar por el bajo Aragon; visitó nuestras fortalezas, siguió su marcha y al llegar á un peñon de rocas cortadas á escarpe, parecióle un lugar á propósito para fundar una ciudad, que sirviera de línea en las marchas por la montaña. Ya que á Barcelona le habia dado el nombre de su familia Barcha, á esta última la llamó Cartago, como recuerdo de su patria. Cuando su yerno fundó otra Cartago, la primera era conocida por *Cartago vetus*, hoy la llamamos Cantavieja.

Poco tiempo habia pasado cuando los beliones (tierra de Belchite) levantaron bandera de independencia. Cor-

rió Amilcar, puso bloqueo á la plaza de Vélice, y tanto estrechó á los sitiados, que estos llamaron en su ayuda á los celtiberos y otros pueblos comarcanos. El deseo de arrojar de este suelo á unos dominadores, que vejaban á los pueblos, armó á los valientes españoles: ya sabian ellos, que la diciplina del ejército cartaginés era superior á los arranques de valor y bravura; y por esto apelaron á la estrategia, hallaron en su natural astucia, lo que no podrian encontrar en su pericia militar. Uno de los jefes españoles, llamado Orisson, fingió que queria aliarse con los cartaginesés, y con un grande ejército se puso á las órdenes de Amilcar. Entre tanto los demás españoles se aprestaban para atacar al cartaginés; pero temian los ataques de la caballería númida, tan formidable en las batallas. No importa, ellos hallaron un medio de disparatar sus escuadrones. Llegó el dia de la batalla, y uno y otro ejército se acometen; pero los españoles habian reunido algunos centenares de novillos, toros jóvenes y bravos, y embreadas sus astas, las encendieron y aguijoneando á los brutos, los envian contra la caballería, que al ver las llamas de aquella hoguera ambulante, se espantan, se desconciertan y ponen en confusion al ejército cartaginés. Entonces el español Orisson, que habia disimulado su emboscada, vuelve las armas contra los que se llamaban aliados, y unida su gente al resto de los españoles, hicieron una horrible carnicería de los cartagineses. El mismo Amilcar, con los restos de su ejército, quiso escapar, más perseguido por los españoles, al atravezar un rio cerca de Castro-alto murió ahogado. Los demás cartagineses se refugiaron á Acra-Leuca.

Encontrados se hallan los escritores al designar la correspondencia de Castro-Alto con alguna de nuestras poblaciones modernas. Beuter siente, que la accion se dió cerca de Bétera entre Murviedro y Liria; Diago en Castrella ó Almenara, Cortés quiere, que el códice de Tito Livio estaba viciado y debe leerse Castro Albo, y entonces pone su correspondencia en Moltanban. Así los autores discurren, ó se inclinan á las opiniones de otros, fundarlos en la semejanza de los nombres, Nosotros, despues de haber visto la diversidad de pareceres, sin que nos satisfaga una siquiera, nos permitiremos manifestar nuestro pensamiento, y no pretendemos sea de gran valor. Si las tropas de Cartago asediaban á Belchite; si levantaron el sitio para encontrar á los celtíberos; si dieron la batalla y Amilcar con algunos de los suyos se escapó, hasta que perseguido, murió al atravesar un rio no lejos de *Castro-Alto*, y en fin sus soldados se refugiaron en Peñíscola como siente Lafuente, parécenos que Amilcar acabó sus dias en el Bergantes, tal vez en el paso de las cercanías de Zorita, camino de Aragon y que *Castro-Alto* seria el castillo de Morella, nombre que le cuadra por su elevada posision, y colocado en medio del camino que debia seguir en su fuga al General africano.

4. Mortal fué la herida que recibió el ejército de Cartago con la muerte del general Amilcar. Nueve años que paseaba sus soldados por las regiones de España, y no habia sufrido descalabros de consideracion. La disciplina de sus soldados le hacia superior al arrojo y valentía de los españoles, pero su primer derrota le costó la vida, y

redujo su ejército á unos cuantos, que pudieron escapar de la matanza. Fué preciso dar cuenta al Senado de Cartago, para que se nombrase caudillo al resto de la fuerza cartaginesa, y para que enviase nuevos soldados para reforzar el cuerpo de operaciones de la península. Hubo algunos debates entre los bandos de Hanon y Barca, pero al fin fué elegido general Asdrubal, yerno del difunto Amilcar.

Los primeros pasos del nuevo gefe se encaminaron á vengar una ofensa. Entró por las tierras de Vélice, en donde humeaba la sangre de mil y mil cartagineses, que los celtiberos habian sacrificado; taló los campos, destruyó ciudades, y á sangre y fuego recorría este terreno, cuando cansado ya de la matanza y receloso de encontrar enemigos desesperados, publicó la paz; llamó á los pueblos para otorgarles tratados ventajosos, y pudo conocer, que con rigor solo se adquieren enemigos. Tambien Roma se apresuró á recabar del Senado de Cartago un tratado partiéndose el suelo español entre las dos repúblicas, dejando á los romanos la otra parte del Ebro y quedando para Cartago todo el terreno de la derecha del rio hasta Cádiz, pero con la condicion de respetar á Sagunto su ciudad aliada; así dos repúblicas ambiciosas se repartian un giron de nuestro manto, y llamaban á los españoles, para que despues de sacrificar su independecia, sacrificaran sus vidas en bien de sus opresores, y se fabricaban las cadenas que les aherrojaran por tantos siglos.

Firmado este tratado quedó Barcelona para los romanos, retiró de Calaluña sus tropas Asdrubal, y á ejemplo de su suegro quiso fundar otra ciudad marítima cuya

grandeza igualara á Barcino. Eligió un punto céntrico y construyó á Cartagena, dándole el nombre de Cartago nova, para distinguirla de Cantavieja, desde entónces Cartago vetus. Quizá la política de Asdrubal hubiera ganado el corazon de los españoles, pero un criado de Tago ó tal vez de Orisson, habia jurado vengar la muerte de su amo, y un dia, estando el General sacrificando en el templo, entró el rústico montañés y arrojándose sobre Asdrubal, le acerbilló á puñaladas, dejándole muerto sobre las losas del templo. Así acabó la vida el que quiso vengar la muerte de su suegro: halló un hombre de resolucion que vengó la muerte de los celtiberos y del caudillo que les guiaba.

5. Se encargó del mando Anibal, aquel niño que vino á España con su padre Amilcar, el que habia jurado odio eterno á los romanos, y que habia manifestado talento y valor en los combates; contaba ya veinte y seis años. Valiente, sufrido, ávido de gloria, era Anibal el más apropiado para dirigir las huestes de Cartago, y si bien encontró alguna oposicion, al fin el Senado aprobó su nombramiento. Rápidas fueron sus primeras conquistas, su corazon ardoroso le llevaba de victoria en victoria. Los olcades, los carpetanos, los vacceos, los arevacos, unos en pos de otros bajaron su cabeza ante la espada triunfante del jóven General. Pero sus ambiciones no se limitaban á sojuzgar la España, á Roma dirigia sus miradas, y cortar las alas á sus águilas era el sueño dorado que le seguia á todas partes. Pero antes quedábale dentro de sus dominios la populosa Sagunto, y parecíale vergonzoso permitir, que una ciudad aliada de Roma no obedeciese sus mandatos.

Un ataque brusco se lo impedía el tratado solemne; era preciso buscar un pretexto para romper el tratado y lo halló en las quejas de los pueblos limítrofes á Sagunto.

Es demasiado comun el que un pueblo fuerte oprima á los débiles. Sagunto era una ciudad fuerte y sostenida por su alianza con Roma. Al rededor suyo tenia á los turboletanos, serranías de Teruel, y á los montañeses del Idúbeda, rústicos labradores y ganaderos, cuyas riquezas eran las yerbas de nuestros montes; y los saguntinos, faltando á la justicia, asaltaban los límites de su terreno y se reian de las quejas de los turboletanos y de nuestros beribraces. Sabedor Anibal de las diferencias, llamó á los montañeses, se declaró su protector y fingió ser un medianero entre los pueblos litigantes; así preparaba el terreno antes de que sus tropas pisaran las hermosas campiñas de Sagunto. Fácil es suponer que los saguntinos no recibirian los consejos afectados de su enemigo y esto sirvió para romper el tratado.

Se hallaba Anibal en Cartagena, el Senado habia aprobado sus planes, y reclutando mucha gente en los pueblos de su devocion, se presentó ante los muros de Sagunto con un ejército de ciento cincuenta mil hombres, y con todos los pertrechos de guerra y las máquinas de batir. Sorpresa causó á los de Sagunto, y enviaron legados á Roma dando cuenta del atrevimiento del jóven general. Pero aquella república en lugar de enviar un cuerpo respetable de tropas, se contentó con nombrar una comision, que hiciera ver á Anibal la indignacion del Senado romano. Ineficáz fué la medida de los romanos, porque Anibal tenia asediada la ciudad, con ánimo de no cejar de

su empresa, hasta rendirla ó por hambre ó por hierro. Como el ataque y defensa de Sagunto, fué el más porfiado y la más célebre que registra la historia del mundo, nos parece dar una idea, ya que nuestros montañeses prestaron su ayuda al rompimiento, y coadyuvaron al triunfo del cartaginés.

Las primeras disposiciones de Anibal fueron talar los campos, impedir la entrada de comestibles y cortar las aguas. Estrechó despues el sitio, los arietes se acercaron al muro, y haciendo caer las paredes, descubrieron sus pechos desnudos los sitiados, arrojando sobre los sitiadores un deluvio de flechas, piedras y otros proyectiles. El mismo Anibal, que se acercó, recibió un dardo en el muslo, que le obligó á suspender las hostilidades. Aprovecharon aquellos dias los saguntinos para envïar á Rema otra embajada, cuyo fruto no fué otro que ensoberbecer más al cartaginés. Restablecido Anibal emprendió con más empeño el ataque; sitiadores y sitiados hicieron prodigios de valor. Jóvenes y viejos, mujeres y niños y hasta el sacerdote de Hércules, todos los saguntinos eran soldados, todos habian jurado morir antes que entregar la ciudad. De vez en cuando salian al campo, atacaban las tiendas y entraban luego cargados con despojos arrancados á sus enemigos.

Viendo cuan difícil era asaltar la ciudad, mientras no desmayaran los saguntinos, dispuso Anibal, que se construyese una torre de fuerte madera, mucho más alta que los muros, capaz de contener una compañía, y aproximándola á las murallas, descargaron sobre los sitiados piedras tan enormes, que se vieron precisados á retirar-

se al centro de la ciudad. La peste, la sed, el hambre, todos los horrores de un sitio de ocho meses diezmaron á los saguntinos, y ni esto les hizo desmayar. Un español entro con palabras de paz, pero eran las condiciones tan humillantes, que los valientes sitiados quisieron morir en la desesperacion. Los jóvenes determinaron hacer el último esfuerzo. Antes encendieron en la plaza una hoguera y arrojaron todas sus riquezas, el oro, la plata, las alhajas y todo cuanto tenian fué consumido por las llamas, y al resplandor de la horrible hoguera, salieron al campo, atacaron como leones á sus enemigos, la sangre corria, mezclada la de los saguntinos con la de los cartagineses, y solo cesó el combate cuando no quedaba un solo saguntino. Entre tanto las mujeres y los ancianos que miraban de cerca la terrible hecatombe, viendo que no tenian remedio, degollaron á sus hijos, y despues se precipitaron en la hoguera para acabar su vida en el fuego.

Cuando entraron las tropas del vencedor solo encontraron, ruinas, escombros y cadáveres medio podridos ó carbonizados entre las candentes cenizas de la hoguera. Así acabó la rica Sagunto, ataque el más porfiado, defensa la más heroica de las que nos recuerdan las historias.

Durante el sitio, la bella Himilce, esposa de Anibal, habia dado á luz un niño en el mismo campamento, y por esto, reparado un tanto el destrozo de Sagunto, dejó Anibal una guarnicion y se marchó á Cádiz á dar gracias á los dioses por la victoria y á presentar al infante recién nacido: poco despues pasó á Cartagena á invernar.

7 Sabido es, que la victoria no llena los senos del corazón del guerrero vencedor, siempre alienta nuevas glorias, otras conquistas, más y más laureles. Si Anibal, henchido de orgullo, cantó la victoria sobre las ruinas de Sagunto, más allá de los Alpes estaba Roma, su irreconciliable enemiga, y su corazón volaba á sus campiñas á medir las fuerzas de Cartago con las romanas á la vista del Capitolio, y en donde el estruendo de las armas pudiera llegar hasta el mismo Senado: estos eran los sueños dorados del vencedor de Sagunto y quiso que sus sueños fueran una realidad.

Llegada la primavera, envió quince mil españoles á Cartago y recibió otros quince mil africanos para la expedición. Encargó á su hermano Asdrubal el gobierno de España, dejó á Hanon en Cataluña, y el cuidado de Sagunto á Bostar, y reclutando un ejército de jóvenes españoles, emprendió su marcha con noventa mil infantes, doce mil caballos y cuarenta elefantes. Llegó al Ebro, descansando en Amposta, y allí tuvo un ensueño misterioso, sino es que lo fingió para alentar á sus soldados. Se le representó un núnen que dirigia sus pasos, y una enorme culebra, que arrebatava las plantas por donde pasaba; sino fué un ensueño, su fantasía le representaba lo que habia de realizarse.

No seguiremos á Anibal en su marcha triunfante, dejémosle atravesar los Pirineos, doblar los Alpes, descender hasta las campiñas de Italia, en donde recogió tantos laureles, y amilanó á los romanos con los golpes de su espada en el Tesino, en las márgenes del Trebia y del Trasimeno, en Cannas.....Anibal con su caballería

númida, con los fieros honderos de Mallorca, con los montañeses rudos y valientes humilló el orgullo romano ó hizo retemblar la ciudad de las siete colinas. Dejémosle, no cumple á nosotros seguir sus pasos en tan remotas regiones; nuestro cometido es recordar los hechos que tuvieron lugar en nuestro país, ó muy cerca. Si alguna vez nos permitimos salir, es solo para no romper el hilo, que debe conducirnos en nuestra narracion.

8 Llegó á Roma el triste eco de las moribundas victimas de Sagunto; resonó en el Capitolio el grito de reprobacion, y el Senado, pesaroso de no haber enviado un pronto y oportuno auxilio á su aliada ciudad, discurrió el modo de cortar los pasos al triunfante Anibal, temeroso de que su orgullo le llevase á las puertas de Roma. No eran vanos sus recelos, y hemos insinuado el arrojado del africano y las victorias que alcanzó en las fértiles campiñas de Italia. Retrocederemos ahora para ver la determinacion de los romanos.

La primera determinacion del Senado romano fué enviar comisionados á España, con el objeto de ganar la confianza y amistad de sus naturales. Los desastres de Sagunto habian indignado al pueblo español, que recordaba con resentimiento los ayes de las victimas imoladas á la ambicion de un guerrero de nacion estraña: fácil es comprender que recibirían á los legados como libertadores, ó como vengadores de una injuria hecha á su nacion. Los *bargusios* recibieron la comision prometiendo ser sus amigos; pero otro pueblo los *volcios* recordando la criminal apatia de Roma en no enviar sus tropas auxiliares, cuando Sagunto se hallaba en sus mayo-

res apuros: Id, les dijeron, id á donde no os conozcan, ni sepan la triste muerte de los de Sagunto; despidiendo en mal hora á la comision de Roma que pretendia su amistad. Pero hallaron acogida en muchos pueblos y el Senado quiso enviar un cuerpo de su ejército, para comenzar la campaña: entonces dió principio la segunda guerra púnica.

Publio Cornelio Escipion y su hermano Gneo Escipion fueron nombrados Generales del ejército de operaciones en España, pero la espedicion de Anibal á Italia obligó á quedarse Publio Cornelio y á entregar el mando á su hermano Gneo, que se embarcó con las fuerzas militares. Desembarcó en Ampurias, y como los catalanes sentian el yugo de Cartago, saludaron con júbilo al romano, como si llevara la mision de romper las cadenas que les oprimian. Hannon se hallaba de gefe en Cataluña, y Andubal, noble español adicto á Cartago, tenia á su cargo la gran brigada que Anibal habia dejado, y pareció al romano Gneo Escipion atacar estas fuerzas antes de que Asdrubal (3) pudiera socorrerlas, ó enviar fuerzas desde Cartagena en donde habia establecido su cuartel general. Y lo hizo así: Gneo se fué á encontrar á Hannon, le presentó batalla con sus fuerzas y los españoles, que se la habian agregado y fué tan feliz aquella jornada para los romanos, que el ejército cartaginés fué derrotado completamente, Hannon prisionero y las ricas acémilas de Asdrubal todas cayeron en manos del vencedor: en España favorecia la fortuna á los romanos

en sus primeros dias, ya que en Italia les era tan contraria.

Sabedor Asdrubal de la derrota de Hannon, quiso marchar á apagar aquella llama que amenazaba destruir las conquistas de Cartago; aparejó cuarenta naves, que salieron de Cartagena á las órdenes de Himilion, mientras él mismo á la cabeza de un poderoso ejército se vino por tierra hasta el país de los ilerconvones. No se durmió Gneo sobre los trofeos de la victoria y al tener noticia que la armada de Cartago se hallaba en los alfaques de la Rápita, salió de Tarragona con otra armada, no menos respetable, detúvose en el castillo de Alfama, cerca del collado de Balaguer, y envió algunas naves para que se cerciorasen del lugar que ocupaba la armada cartaginesa.

Habia llegado Asdrubal con su ejército á la llanura de Uldecona, y los marinos, deseosos de ver á sus compañeros, habian salido á pasar un rato en tierra, cuando Gneo, con toda la fuerza de mar, y cuando las tinieblas ocultaban su armada, se arrojó sobre los descuidados cartagineses que guardaban sus naves, apresó dos embarcaciones, é hizo hundir otras cuatro bajo del agua, sorprendiendo á Hamilcar cuando menos temia la llegada del romano. En vano Asdrubal dió orden para que la tropa acudiese en socorro de la armada; entró la confusion y el desorden; se atropellan, se atascan entre aquellos lodazales, unos á otros sirven de estorbo, y ni se oia la voz del gefe, ni sabian el lugar que ocupar debian. Gneo Escipion aprovecha aquellos momentos de confusion y desorden, las tropas romanas se precipitan sobre las naves cartaginesas y acribillan á su placer á los que, ni

resistencia podian oponerles. Veinte y cinco embarcaciones con un rico botin fué el fruto de aquella victoria, y el desaliento de los sorprendidos cartagineses abrió el paso al caudillo romano para continuar su marcha triunfal. En efecto, á vela tendida dirigió su armada á Cartagena, cuartel general de los cartagineses, asaltó á Longontica (Guardamar) dió fuego al gran depósito de esparto, que Asdrubal tenia, y despues de sembrar el terror en aquellos pueblos, se dirigió á Iviza y conquisto la isla. Nuestros lectores comprenderan, que solo apuntamos hechos para no truncar la narracion; algo más nos entretendremos cuando el teatro de los sucesos esté á poca distancia, y seremos estensos, cuando entremos en el país que más particularmente debe ocuparnos.

Retiróse Asdrubal á Cartagena, dejando en nuestra Ilercavonia algunas ciudades amigas del cartaginés, y al llegar á tierras de Murcia y vió el destrozo que las tropas de los Escipiones habian hecho en los pueblos de su tránsito, que no le recibian con grandes demostraciones de amistad, y siguió su marcha para la Bética (Andalucía) temeroso, que alguna sorpresa no acabara con sus tropas. La suerte habia cambiado, los pueblos se inclinaban á los romanos, abandonando las alianzas de Cartago. Ciento cincuenta ciudades levantaron el pendon de Roma, declarándose contra los africanos.

Pero unos y otros eran estrangeros, cartagineses y romanos venian á este suelo á esplotar sus riquezas y á esclavizar á los españoles que, cándidos en demasía, sacrificaban sus vidas en aras de la ambicion de sus enemigos. Ya lo conocian; pero quien podia levantar la ban-

dera de independencia? Maldonio, hombre principal y de grande prestigio entre los ilergetes dijo: *Ni Cartago ni Roma son nuestra patria. Esas gentes estrañas quieren robarnos nuestra independencia y el oro y plata de nuestras minas. No es nuestra felicidad la que nos traen, sino las cadenas y el yugo opresor que nos hará sus esclavos. Los que nos quieren envilecer son nuestros enemigos. Levantemos bandera, llamemos á los otros pueblos, y hagamos una causa comun para arrojar de nuestro suelo á esos ambiciosos, que esplotan nuestra credulidad.* Y los montañeses de Lérida corren á agruparse bajo la bandera de independencia y nacionalidad, y el eco patriótico resuena en nuestras montañas y un deudo de Maldonio, el esforzado Indibil, á quien Escolano hace régulo de Morella y tierras del Maestrazgo (cap. 33. n. 13.) responde el grito de independencia, y reúne un ejército de montañeses de esta tierra para unirse al de Maldonio y oponerse á los proyectos estrañeros. Con más union hubiera España despedido á cartagineses y romanos; pero no fué así. Gneo Escipion, confiado en la amistad de los celtíberos y otros pueblos aliados, envió tres mil soldados que ausiliados por los pueblos que seguian sus banderas, dispersaron á las tropas de Indibil y Maldonio, obligando á los caudillos á acogerse al indulto del romano, si bien aplazaron su proyecto para más adelante.

El senado de Roma que tenia á Anibal ante sus ojos, no descuidó los asuntos de España. Envió á Publio Escipion, hermano de Gneo, con treinta galeras y ocho mil soldados, que reforzaran las tropas romanas. Unidos los dos Escipiones conocieron, que para que les prestaran una

ayuda decidida, era preciso sacar de Sagunto los rehenes, que los pueblos entregaron al partirse Anibal, y que se hallaban en poder del gobernador Bostar. Movieron sus tropas de Tarragona, atravesaron el Ebro y se acamparon en Almenara y costa del mar. Acedux, noble español, amigo de Bostar, pero inclinado ya á los romanos concibió el proyecto de libertar á los presos de Sagunto, y entabló negociaciones entre Bostar y los Escipiones. Pudo hacer creer al gobernador, que enviando á los jóvenes, se cautivaría la voluntad de los españoles, que no podrian menos de alabar su generosidad, y previno á los Escipiones que no debian detenerlos. Tuvo buen exito el pensamiento de Acedux, pero los pueblos, libres ya de sus compromisos, si agradecieron la generosidad de Bostar, se declararon abiertamente por los romanos. Solo Iberia y alguna que otra ciudad de nuestra Ilerca-
 vonia, no se confederaron con Roma.

Tambien el senado de Cartago hacia esfuerzos para atender al ejército de Italia y al que operaba en España á las órdenes de Asdrubal. Himilcon, que despues de su derrota en Amposta, habia pasado al Africa, recibió la comision de encargarse de las tropas de España, disponiendo, que Asdrubal pasase á Italia en auxilio de Anibal; pero esta disposicion no se recibió por el ejército cartaginés con agrado, protestando de la medida del Senado y preparándose para hacer un esfuerzo y reanimar á los pueblos, que habian permanecido adictos al africano. Salió pues Asdrubal de Cartagena, atravesó el reino de Valencia y se dirigió al Ebro, con ánimo de alentar á sus amigos de la ciudad Iberia. Los Escipiones á su vez

dejaron Tarragona, y noticiosos de la determinacion de Asdrubal, asediaron la ciudad, con el fin de atraer ante sus muros á las tropas cartaginesas. Pero Asdrubal detuvo su ejército, cambió su marcha y se dirigió á otra ciudad vecina á Iberia, pero aliada de Roma, y de tal modo le estrechó, que los romanos tuvieron que abandonar su empresa, para marchar en socorro de su ciudad amiga. Tito Livio calla el nombre de esta ciudad, y temerario seria designar su correspondencia; pero estaba cerca de Amposta, no lejos de la via y por esto conjeturan algunos si seria alguna de las que se hallaban entre Castellon y el Ebro.

Los Escipiones encontraron á Asdrubal, le acometieron; y aunque el cartaginés defendióse con brio, quedó la victoria por los romanos, y Asdrubal sin esperanza de poder atravesar Cataluña para pasar á Italia, tuvo que tomar la defensiva, en tanto que Cartago le enviaba refuerzos. Pero no solo en nuestro terreno le perseguia la desgracia; algunas ciudades de Andalucia se declararon en contra de Cartago; Iliturgis (Jaen) levantó el estandarte de Roma, y Asdrubal, que habia recibido un refuerzo del Africa, marchó allá con un ejército poderoso, la cercó, y cuasi estaba para rendirse, cuando llegaron los dos Escipiones, socorrieron á los sitiados y acometiendo los reales de Asdrubal, Magon y Amilcar, acuchillaron sus tropas, quedando el ensangrentado suelo cubierto de cadáveres; dicen que murieron veinte mil cartagineses en esta batalla.

Los dos ejércitos beligerantes vinieron entónces á nuestras tierras, el de Cartago con la esperanza de encontrar

en nuestros montañeses un apoyo y soldados que reforzaran sus cohortes; el romano coronado con el laurel de la victoria. Sentaron sus reales los de Cartago en los llanos de Intibilis (San Mateo) en donde recibieron algunos miles de soldados españoles. Sabido por los Escipiones, no quisieron darles tiempo para reclutar más gente y se presentaron ante el campo enemigo dando la señal de batalla. Tomaremos de Escolano lo que se refiere á la batalla de San Mateo siquiera para tener una idea. El campo cartaginés estaba dividido en dos mitades. A la derecha se hallaban los españoles y el ala izquierda la componian los africanos con su caballería nómida y los elefantes. Pareció á los Escipiones atacar á los cartagineses, juzgando que los españoles no tendrían interés en la victoria. Y así fué. Dió su primer ataque al flanco izquierdo. Ruda fué la acometida, valor mostraron los cartagineses; pero Himilcon, que en el calor de la lucha se habia adelantado con sus fuerzas, murió atravesado de un dardo y los cartagineses comenzaron á decaer. Entró la confusion y el desórden, y aprovechando los romanos aquellos momentos, embisten con gran corage y vencen el ala izquierda. Los españoles, viendo la accion perdida, se retiraron del campo. La pérdida de Cartago fué trece mil muertos, tres mil prisioneros, cuarenta y dos banderas perdidas y nueve elefantes. La fortuna seguia favoreciendo á Roma. Al general Himilcon reemplazó Asdrubal Gisgon, capitán valiente y de reconocida fama. Quedaron dos Escipiones contra dos Asdrubales.

Despues de los laureles recogidos por Anibal en la Bética y Lusitania, no quiso que Sagunto fuese aliada

de Roma; despues de las victorias que alcanzaron los Escipiones, no les pareció que Sagunto fuera de Cartago. Se acercaron con un poderoso ejército, cercaron la ciudad, y despues de una débil resistencia se entregó para no ser más de los cartagineses. Entónces, tal vez, caería nuestra capital Iberia, ya que no encontramos la conquista de esta ciudad, enseñoreándose los romanos de nuestra Ilercavonia, mas no del corazon de sus habitantes. Lo decimos, porque Publio Escipion se vino á Castro Alto con el objeto de almacenar el trigo de estas montañas. Enviaba destacamentos para recogerlo de los pueblos de la sierra, pero un descuido, un momento de poca vigilancia hacia, que los soldados romanos cayesen en manos de los montañeses y acabasen sus vidas entre las gargantas y breñas de nuestras montañas. Escipion tuvo que volverse á Tarragona.

9 Tocamos ya á los últimos dias de la vida de los Escipiones, y como la muerte de estos caudillos cambió la suerte de Roma por algun tiempo, se hallan los historiadores tan diferentes en designar el lugar de las batallas, y en el órden cronológico, que despues de examinadas sus razones, nos ha parecido seguir á Cortés.

Hemos visto que los cartagineses tenian la fortuna adversa en España; pero tambien en Italia Aníbal era derrotado; tambien en Cerdeña lo era Tito Maulio, y hasta en los campos de Cartago se encendió la guerra civil, siguiendo unos á Sifax y otros á Gala. Triunfó éste, gracias al valor de su hijo el gran capitán Masinisa, cuyo arrojo con su caballería le proporcionaba la victoria. Pasó éste á España con un gran refuerzo de tropas, y al sa-

ludar al jóven guerrero Asdrubal Gisgon, le ofreció la mano de su hija, la hermosa Sofonisba, estrechando con este enlace de familia la amistad que debia reinar entre los dos capitanes. Alentaron los cartagineses con la llegada de Masinisa, pues contaban con la division de Asdrubal Barca, con la de Asdrubal Gisgon, con la terrible caballería de Masinisa y con una division de españoles, capitaneados por nuestro Indibil, que, ya que no podia operar por cuenta suya, se agregó á los de Cartago. Ni con estas fuerzas estaban satisfechos. Reclutaron á sueldo muchos españoles y pudieron reunir un ejército, que dividieron en dos mitades, una á las órdenes de Asdrubal Barca y otra á las órdenes de Gisgon, con Masinisa y el español Indibil. Tambien los Escipiones reclutaron treinta mil celtíberos, dándoles el mismo sueldo, y se dividieron en dos cuerpos, el uno mandado por Publio y el otro por Gneo: esta disposicion labró su ruina. Hallábase el ejército de Gneo en los campos de Anitorgis (Alcañiz) con los treinta mil celtíberos, y sabedor Asdrubal Barca de que estos eran su fuerza mayor, trató de corromperlos con palabras para que abandonasen á los romanos, y tan eficaces fueron las instancias del cartaginés, que los celtíberos dejaron los reales de Gneo. Entónces pudo Asdrubal acercarse al rio Guadalope, frente al campamento de los romanos; pero estos desconfiados de poder vencer con sus tropas á los cartagineses, se vinieron á Morella y por San Mateo, tomaron una posicion ventajosa en el Idúbeda (Espadan) cerca de Artana.

Entretanto Publio Escipion que se hallaba en Cástulo

molestado continuamente por la caballería de Masinisa, se acercaba á este reino; y sabiendo que Indibil con siete mil suesetanos se acercaba á los cartagineses, temió una derrota. Dejó á Fonteyo en el real, y tomando una division, marchó á detener al español: quiso atacarle, cuando llegó Masinisa y el grande ejército de Asdrubal y cargando toda la fuerza sobre Publio Escipion, le redujeron al mayor apuro. Un ginete se presentó de improviso ante el general romano y le atravesó con el bote de su lanza. La muerte de Publio Escipion desalentó á los soldados, dando la victoria á los cartagineses. Vinieron despues á reunirse con Asdrubal, que se hallaba en la Ilercavonia, y ya no pudo dudar Gneo, que el ejército de su hermano habia sufrido una gran derrota. Salió de Artana con el fin de atravesar el Ebro y retirarse á Tarragona, pero encontróse con los cartagineses reunidos, que cortaron sus pasos. En vano subió á un montecillo cerca de Cabanes, como sienta Beuter, y rodeando la meseta con un débil muro, hecho de las albardas, cuerdas y acémilas quiso pertrecharse en aquella ciudadela. Los cartagineses asaltan el monte, rompen las cuerdas, apartan aquel muro, y con el corage y saña de quien ha sufrido muchos descalabros y quiere vengarlos, se arrojan sobre los romanos. Pudo escapar Gneo y encerrarse en una torre, pero allí murió ó por el hierro ó el fuego: asi acabaron la vida los dos Escipiones, despues de haber sido el terror de los cartagineses. Sus tropas, que pudieron salvarse, marcharon á llorar los reveses de la fortuna.

Los soldados romanos aclamaron á Lucio Manlio, que rehizo el abatido ejército; que se arrojó con impetu so-

bre el campo de los cartagineses entre las tinieblas de la noche, y acuchilló al ejército, que dormía después de sus pasadas victorias. No le valió á Manlio este ni otros triunfos, porque el Senado de Roma no aprobó la elección, nombrando Propretor de España á Claudio Neron, que estuvo muy feliz en sus empresas.

10 Poco tardó el Senado en enviar por General al hijo de Publio Escipion, Publio Cornelio Escipion, jóven ardoroso, que solo contaba veinte y cuatro años y se habia distinguido en las guerras de Italia. Llegó á Tarragona, y arreglados los negocios de la guerra, quiso invernar en los pueblos ilotas, tal vez su capital seria *Udam* (Cabanés) para estar cerca de Sagunto. En la primavera fueron tan seguidas las victorias del jóven caudillo de los romanos, que conquistó á Cartagena, venció á Asdrubal en Bexula, hasta reducir á los de Cartago á encerrarse en Cádiz.

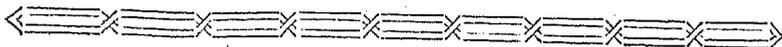
11 Un incidente repentino puso á riesgo al ejército romano. El jóven Escipion enfermó y tan pocas esperanzas daba de vida, que cundió la voz de que habia muerto. Una division romana se reveló, y Indibil y Maldonio, aquellos españoles, que si bien obedecian á los romanos y cartagineses, no habian mudado los sentimientos de independencia, aprovechando la ocasion, levantaron un ejército con bandera española. Por desgracia Publio Cornelio pudo restablecerse de la enfermedad, y ganando con palabras á los rebeldes romanos, cargó con todas sus fuerzas sobre los gefes españoles, les venció y tuvieron que reclamar la indulgencia del romano, que le concedió, sin duda para ganarse el afecto de los pueblos.

12. La estrella de Cartago caminaba rápida á su ocaso; Asdrubal Barca habia pasado á Italia en auxilio de su hermano Anibal, que se hallaba en los mayores apuros; Masinisa, que vino de Cartago con un refuerzo de caballos, miró pérdida la causa que defendia; Magon solo pensaba en amontonar oro y riquezas, para emprender la marcha y dejando á Masinisa en Cádiz, se vino hasta Cartagena pero tuvo que retirarse otra vez. Era tarde. Cádiz ya no obedecia á los cartagineses; si pudo hablar con los magistrados, fué para darles una muerte á traicion. Se marchó á Mallorca y fué arrojado por sus terribles honderos; detuvose en un puerto, que desde entónces se llama Mahon, ó puerto de Magon; pero fué preciso abandonar la conquista de España despues de catorce años de una sangrienta lucha.

Pág. 301 (1) D. Modesto Lafuente llama Himilce á la hija de Amilcar dada para esposa de Asdrubal; pero fué una distraccion, pues Himilce era la esposa de Anibal. Véase á Silio Itálico.

Pág. 302. (2) Véase á Beuter.

Pág. 313. (3) Es embrollado por demás este periodo de nuestra historia, y tantos Escipiones, Asdrubales y Andubales confunden al lector sino fija su atencion.



CAPITULO III.

RESUMEN.

1. P. Cornelio Escipion marcha á Italia. Ultima sublevacion de Indibil y Maldonio. 2—Conducta cruel de los Procónsules. 3— Viriato, sus campañas, triunfos y derrotas. 4— Numancia. 5— Sertorio. 6— Julio César. 7— Augusto. 8— España provincia romana.

I. **E**l jóven Escipion habia arrojado á los cartagineses de su último atrincheramiento; ya no temia á los africanos, y si el carácter fiero é indómito de los indígenas le hacia recelar alguna sublevacion, confiaba en las fuerzas romanas y en la poca union de los pueblos de España. El triunfo para él era completo, y quiso marchar á Roma á dar gracias á los dioses del Capitolio por el éxito feliz de las guerras de la península ibérica. Entró en aquella ciudad entre las aclamaciones del pueblo romano, llevando muchos carros cargados con el oro y la riqueza de España, y no tardó mucho tiempo en vestir la túnica de cónsul. Al partirse habia dejado de procónsules á Lentulo y Acidio en esta tierra y ó no tenían la política y carácter pacífico de Escipion, ó enorgullecidos despues de la victoria, miraban con desprecio á los españoles, y procuraban estrujar hasta la última gota del sudor de su frente para

enriquecerse y enviar tesoros á Roma. Habian los romanos prometido su amistad á los españoles, se decian sus aliados; pero su amistad era la de un poderoso que sacrifica al débil, y la alianza era para que se dejaran cargar el yugo del vencedor que les trataba como á un pueblo conquistado. Conocíanlo los españoles, tascaban el freno de dominadores estraños, hasta que pudieran escupirlo en su frente, mas para esto les faltaba un caudillo que les llevase al combate, y un hombre que se pusiera al frente. Aun vivian Indibil y Maldonio, aquellos dos patriotas derrotados tantas veces, pero que no habian cambiado los sentimientos de dar libertad á su patria, arrojando del suelo español á los usurpadores. Aprovecharon aquellos dias y exacerbaron el natural resentimiento del pueblo, que se veia pisoteado por los romanos, levantaron otra vez la noble bandera, y al rededor suyo se agruparon más de treinta mil españoles para defenderla. ¡Lástima que el valor de los indígenas no se hubiese empleado para arrojar á los ambiciosos romanos, uniéndose todos para defender una causa comun! Pero demasiado cándidos escuchaban las palabras de los políticos de Roma y una parte de los naturales peleaban contra sus mismos hermanos, para coronar las sienes de sus enemigos.

Los Procónsules corrieron para apagar una llama temible, porque la insurreccion cundia, y los pueblos respondian al grito de independenciam, lanzado por unos españoles, que otra y otra vez habian manifestado su patriotismo. Hallábanse los sublevados en los campos edetanos (de Liria) cuando los procónsules Lentulo y Accidio reunidas todas las fuerzas de Roma llegaron á vista de

las tropas mandadas por Indibil y Maldonio. Presentáronse los dos ejércitos en orden de batalla, se atacaron con denuedo y valentía; pero no pudo declararse la victoria en el día primero, porque al llegar la noche dejó á los dos bandos en ánimo de pelear. Al día siguiente se emprendió de nuevo la batalla, una legion de los romanos cayó en poder de Indibil, la caballería de una y otra parte se atacaba con brio y tal vez los españoles hubieran triunfado, si una saeta no hubiera atravesado al valeroso Indibil, y dejado á los españoles sin capitán. Y á pesar de esto, apoyado el caudillo español sobre el asta de su lanza, anima á los soldados, dirige sus huestes, esfuerza su débil voz, hasta que la muerte acabó sus días. Así acabó en el campo de batalla el capitán valeroso, que dirigió á los españoles en los combates. Indibil es el primer guerrillero de nuestras montañas, cuyo nombre nos ha conservado la historia. Maldonio escapó con los españoles, habiendo dejado tendidos en el campo sobre trece mil, pérdida que llenó de amargura á sus compañeros, acusando á Maldonio de ineptitud, y llevando sus quejas ante los Procónsules Lentulo y Accidio. Pero estos que querían acabar con los atrevidos caudillos sublevaron al pueblo, le concedieron indulto, con tal que les entregara á su jefe. Se arrojaron amotinados sobre Maldonio, le entregaron á los Procónsules, que mandaron acabar su vida en el suplicio.

2 Creció el orgullo de los vencedores y no disimularon el resentimiento y la venganza que abrigaban en sus pechos. España era tratada con un rigor desmesurado, como un país conquistado por los romanos. No podían los

usurpadores crueles gozar en paz del fruto de su conquista; en todas partes palulaban hombres inquietos, que á las claras manifestaban, que el yugo de Roma les incomodaba; pero estos hombres, que hoy estaban acechados en un bosque, en las gargantas ó cerros, para vengar sus agravios en algun romano ó en las pequeñas partidas, se unian tambien para atacar alguna cohorte y destrozada, se ocultaban otra vez entre las breñas y sinuosidades de las montañas. Y así, los montes de Idúbeda, ya desde aquellos dias parecia á los españoles un punto estratégico para suplir la disciplina y organizacion del ejército. Yo no se, dice el P. Diago, que tenia este país, que los españoles, de cualquier region que fueran, buscaban sus montes para medir sus fuerzas con las de los enemigos: seria que el planeta Marte se enseñorea de sus hijos. A nosotros nos parece, que criados sus naturales entre la espesura de estos montes, y conocedores del terreno, han ensayado siempre sus fuerzas con buen éxito, antes de medirlas en país llano con tropa disciplinada. De cualquier modo, en la época que recorremos se vieron cien acciones de guerra con éxito diferente, que nosotros no queremos recordar, por no ser de nuestro propósito. Pero no nos dispensaremos de reseñar las proezas de uno de los españoles, que puso á Roma con cuidado por las victorias que alcanzó; y este guerrero era un pastor. Su nombre resuena con gloria en los anales de España, sus hechos fueron el asombro de entonces y la admiracion de los siglos que le siguieron: tal fué Viriato, el héroe de la España antigua.

3 ¡Viriato! Más de veinte siglos han pasado y este

nombre hincha de orgullo los pechos españoles. Es el tipo de tantos guerreros valientes, de tantos capitanes improvisados, como desde entonces hasta nuestros días han dejado el cayado, el azadon, el martillo y otros instrumentos mecánicos, y han empuñado la espada del guerrero, que han sabido manejar con gloria, burlando con su táctica de guerrilla, que parece serles innata, los planes de renombrados generales. El retrato de Viriato se ha reproducido cien veces en los guerrilleros de nuestras montañas; nosotros hemos conocido Viriatos y sus nombres se estamparan en el discurso de nuestra obra.

Los romanos habian dividido la España en dos mitades, La España *citerior*, que primero llegaba hasta el Ebro y despues tomó gran parte de los reinos de Valencia y Castilla, y la España *ulterior*, que comprendia la Bética, Lusitania y otras provincias. Llegaron de Cónsules, para la *citerior* Lúculo y Sergio Galba para la *ulterior*, solo como á pretor de los romanos. Las exacciones, las bárbaras crueldades de Lúculo pueden comprenderse en el general degüello de Cauca, en donde no perdonó á mujeres, ancianos, ni á niños, llevándose todas sus riquezas; las crueldades y proceder sanginario de Galba en la detestable conducta de los engañados lusitanos. La perfidia acompañaba á sus instintos feroces, y no pudiendo reducir á los lusitanos con falsas promesas les concedió un terreno para que ocupados en las faenas del campo, pudieran vivir con holgura. Pero cuando los vió desprevénidos, se arrojó con sus tropas sobre aquellas gentes indefensas, las pasó á cuchillo ó las vendió como á es-

clavos; muy pocos se pudieron escapar de la horrible matanza.

Entre estos pocos se hallaba el pastor Viriato, joven de valor á toda prueba, de una sagacidad natural para rehuir los encuentros peligrosos, y acometer con rudos ataques á las tropas romanas; y devorado por la venganza, arrojó el cayado de pastor, levantó el noble pendon de independencia, y primero por las veredas y montes, luego por los llanos y ciudades, dijo á Roma, que los corazones españoles no se ablandan con la crueldad, ni se prestan á la dominacion de ningun extranjero; saben morir, pero nunca bajar dóciles sus cabezas al yugo de una vil esclavitud. El recuerdo de las víctimas asesinadas traidormente por el pretor Galba irritó á los valientes lusitanos, que pedian venganza y esterminio de aquellos dominadores extraños, que trataban á los españoles como á viles esclavos.

No nos entretendremos recordando las hazañas del pastor Viriato, siempre victorioso, joven jamás vencido, pero al ver que empleaba una estrategia, la misma de que se valieron los diferentes guerrilleros de nuestros tiempos, parécenos, que la táctica militar de Viriato ha pasado hasta nosotros, no escrita, sino con la sangre transmitida. Comenzó su campaña en lugares ásperos y fragosos, apostando sus tropas en las quebradas y desfiladeros, para molestar á los romanos y causarles bajas considerables sin esponer á los soldados. En los apuros aconsejaba la dispersion, desbandándose, para reunirse poco despues en un punto convenido y atacar de nuevo, cuando ménos lo esperaba el enemigo; ahora fingiendo parar cara

á los romanos, se los dejaba burlados con una rápida maniobra y desaparecía por encanto entre los bosques; poco despues se arrojaba con un embate rudo sobre sus enemigos, les acuchillaba, y se retiraba sobre un monte, entre las rocas y precipicios, burlando así á los pretores, que no podian seguirle, ó conocian poco el terreno. La retirada de Tribola, en cuya celada cayó el Pretor y cuatro mil de los suyos, Ourique y otros, dieron á conocer que el pastor lusitano era un gran General, que sabia humillar á los generales de Roma. Las derrotas y muertes de los pretores, Vitelio, Plancio, Unimano, Nigidio..... tantos triunfos pusieron á Roma recelosa. Envió nuevas fuerzas, nuevos Cónsules, unos tras otros, y Viriato con nuevas tramas é ingeniosas sabia burlarse de los romanos y disminuir sus fuerzas, ya en batalla, ya en sorpresas, ó desde sus rústicas ciudadelas que tenia en cada monte.

El Senado de Roma aceptó un tratado de paz. De una parte los capitanes de más nombradía de la República, los hombres más eminentes; de otra un partor trasformado en capitan, *el jefe de unos cuantos bandidos*, como por desprecio le llamaban los romanos; y el orgullo de Roma bajó su cabeza ante el pastor español, ante el *jefe de bandidos*, temeroso de que, si los pueblos de España llegaban á conocer sus intereses comunes, los romanos se verian precisados á dejar este suelo, ó quedar sepultados entre sus arenas. Se firmó el tratado y cuando Viriato descansaba con la seguridad de la solemne promesa, el cónsul Cepion rompe el tratado, se arroja sobre el desprevenido lusitano y le obliga á marcharse, refugiándose con alguno

de los suyos á nuestras montañas. No tardó Cepion en conocer, de que debia temer de quien habia burlado los planes de Roma, y ya que era difícil derrotarle, se valió de la traicion y perfidia. Hallábase Viriato en Almenara cuando envió unos legados á Cepion; mas éste pudo romperlos con promesas, para que le asesinaran en su misma tienda, y los viles españoles se ofrecieron para perpetrar tal maldad. Entraron en la habitacion en donde Viriato estaba descansando y arrojándose sobre él traidoramente le mataron á puñaladas. Así murió el más valiente de los antiguos guerreros de nuestra España y el que hizo balancear la suerte de Roma. Cuando los asesinos de Viriato reclamaron el premio de su perfidia, *Roma*, les dijo Cepion, *no acostumbra premiar á los asesinos de sus gefes*. Ni tampoco concedió los honores del triunfo á Cepion, porque tampoco premiaba á los traidores. Nos ha parecido reseñar algunos hechos de Viriato, para que nuestros lectores, que no hayan visto la historia de España, tengan alguna idea del héroe de nuestros tiempos antiguos.

4. Esto mismo nos obliga á consagrar algunas líneas para hacer mencion del sitio y defensa de Numancia, por más que no nos pertenezca. Cuando nuestra patria no nos tenga ocupados, se nos puede permitir el hacer alguna pequeña escursion, para entretenerles y seguir la cronología de los hechos.

A poco más de una legua de Soria se hallan las ruinas de una ciudad célebre por su heroica defensa. Numancia, capital antigua de los pelendones, habia acogido durante la guerra de Viriato á los celtiberos, y esto sirvió de pretesto á Pompeyo Rufo para pedir una satisfaccion

á sus ciudadanos. No le acomodaria la respuesta cuando los numantinos amenazados por el romano reunieron hasta ocho mil hombres para defenderse, en tanto que Pompeyo se aproximó con treinta mil combatientes para atraer á los numantinos á una batalla en el campo. Megara, noble numantino, que se habia puesto al frente de sus compatricios, quiso más bien defenderse dentro de los muros y esperar tranquilo el ataque, ó salir de vez en cuando al campamento, sorprendiendo á los enemigos. Este sistema fatigaba demasiado al General romano sin resultado favorable. Le pareció abandonar el sitio y marchar á subyugar á Térmes, pero valientes los ciudadanos rechazaron las tropas de Pompeyo y las obligaron á retirarse por veredas, perdiendo mucha fuerza. No así Mania que escuchó á los romanos y se declaró en su favor.

Allá estaba Pompeyo ocupado en rendir á los numantinos, cuando los edetanos (tierra de Liria) se sublevaron y le fué preciso venir á sofocar la sublevacion en su principio. No le fué difícil, contando con ejército poderoso y no siendo los edetanos sino unos grupos de partidas sueltas, que de todo carecian ménos de patriotismo. Pacificó este terreno, tornó á Numancia con ánimo de humillar la arrogancia de un pueblo solo, que se atrevia á desafiar á todo el poder romano. Cercó la ciudad con fuertes trincheras, torció el curso del Duero, y empleando toda su fuerza y los ardides, no pudo penetrar dentro de los muros. Llegó el invierno y el frio y la nieve se encargaron de mermar el ejército de Roma. Años duró aquel sitio; ejemplos de valor se vieron en los numantinos; siguieron á Pompeyo otros y otros cónsules; cada uno redoblaba sus

esfuerzos; pero todos tuvieron que bajar la cabeza ante un débil muro y unos corazones de acero. En la misma Roma se temblaba al nombrar á Numancia, llamándola *el terror de la república*; legiones tras legiones enviaba el Senado para sepultarse ante los muros de la ciudad heroica, y los capitanes de más nombradía perdian allí su honor, no pudiendo humillar á un puñado de valientes.

Roma, que tantos generales de fama tenia, eligió para domar á los numantinos al conquistador de Cartago, á Escipion el Africano. Desembarcó este guerrero ilustre, con una legion de voluntarios en Peñíscola, y dirigiendose al campamento de Numancia, conoció que las fuerzas romanas se habian enervado por la molicie y el regalo. Despidió á dos mil mujeres perdidas, disciplinó la tropa, acostumbrándola á las penalidades de la guerra, y acometió con empeño la reduccion de los sitiados. La peste, el hambre y el hierro habian reducido á los numantinos á cinco mil combatientes ¿Que podian contra setenta mil hombres? A pesar de esto, aquellos hombres estenuados y que solo presentaban esqueletos ambulantes, conservaban sus pechos de bronce, aun salian al campamento y clavaban sus espadas en los pechos de sus enemigos.

Se acabaron sus esperanzas; las ciudades amigas se habian confederado con los romanos, Lúcia, que se preparaba para marchar en su auxilio, fué castigada por Escipion, solo quedaban semicadáveres encerrados dentro unas tapias, y estos seres quisieron morir matando. Hicieron una desesperada salida, pero oprimidos por la multitud sucumbieron en el campo. Los que habian queda-

do dentro los muros, acabaron en el suicidio, incendiando sus hogares y con ellos todas las familias. Entró Escipion cuando solo quedaban algunas casas y mandó arrasarlas. Sagunto y Numancia dicen que el valor de los españoles no se humilla con el hierro, ni con el fuego.

5. Cayó Numancia. La ciudad heroica que desafió todo el poder de Roma, arrasada hasta los cimientos, solo presentaba un monton de ruinas y bajo aquellos escombros medio calcinados por el fuego, se hallaban sepultados seis mil héroes, que no quisieron doblar su cabeza al yugo de la opresion extranjera. Perdiéronse sus nombres, pero el recuerdo de su valor llena de orgullo á los españoles, y despues de veinte siglos que duermen bajo la tierra en las soledades de Garay, cerca de Soria, descúbreanse sus huesos que nos recuerdan aquellos dias de llanto para la España de entónces, de honor y gloria para la España de posteriores siglos. Esto se escribe y la sangre española se enardece al recordar ejemplos de rústico valor, llevado hasta la desesperacion. Pero con más calma estas escenas de sangre y esterminio á nosotros nos acongojan. Y tendremos que seguir entre charcos de sangre humana, si hemos de continuar nuestra tarea, porque la historia de la humanidad es una continuada lucha, una cadena de desastres, en que el hombre, enemigo del hombre, se complace en cantar un himno de gloria sobre cadáveres amontonados, ó entre los ayes y el amargo llanto de moribundas víctimas.

Veinte años siquiera pasaron sin que España tuviera que lamentar otra cosa que las exacciones, tropelías y crueldades del despotismo de los dominadores. Algunas

chispas saltaban de vez en cuando, que recordaban á los romanos, de que los españoles no llevaban con gusto la coyunda de esclavitud; pero el poder de Roma sofocaba las llamaradas primeras de la insurreccion y sus aguilas se dejaban caer sobre los mal organizados indígenas, castigando *el delito* de querer reconquistar la libertad é independencia de su patria. La poderosa mano de hierro de los romanos aplastaba en los primeros movimientos á los nobles y valientes españoles, que esfuerzos hacian para romper sus cadenas.

El primer movimiento nacional para recobrar la independencia vióse en la Lusitania, luego en la Celtiberia, hasta que los habitantes de Castulon (Cazlona de Andalucía) se levantaron contra los romanos, arrojó que les costó muy caro. Entre tanto en la misma Italia estalló una guerra civil, dividiéndose las tropas en dos fracciones, la de Sila y la de Mario. Triunfó Mario, y los amigos de Sila tuvieron que emigrar temerosos de caer en manos de sus enemigos. Uno de los capitanes más valientes y que ya manifestaba un especial talento para la guerra era Sertorio, conocido ya en la península, y los lusitanos, faltos de un gefe que dirigiera sus operaciones, le llamaron, nombrándole su general. No correspondió mal al principio ni se arrepintieron del nombramiento, porque si era romano, miraba los intereses de España como propios; y esta sería la mira que llevaba Sertorio, arrojar las legiones de Roma para nombrarse Emperador de las provincias ibéricas. De todos modos, Sertorio alijeró la pesada carga que gravaba sobre el pueblo, disminuyó los impuestos, disciplinó las tropas é hizo de España un pue-

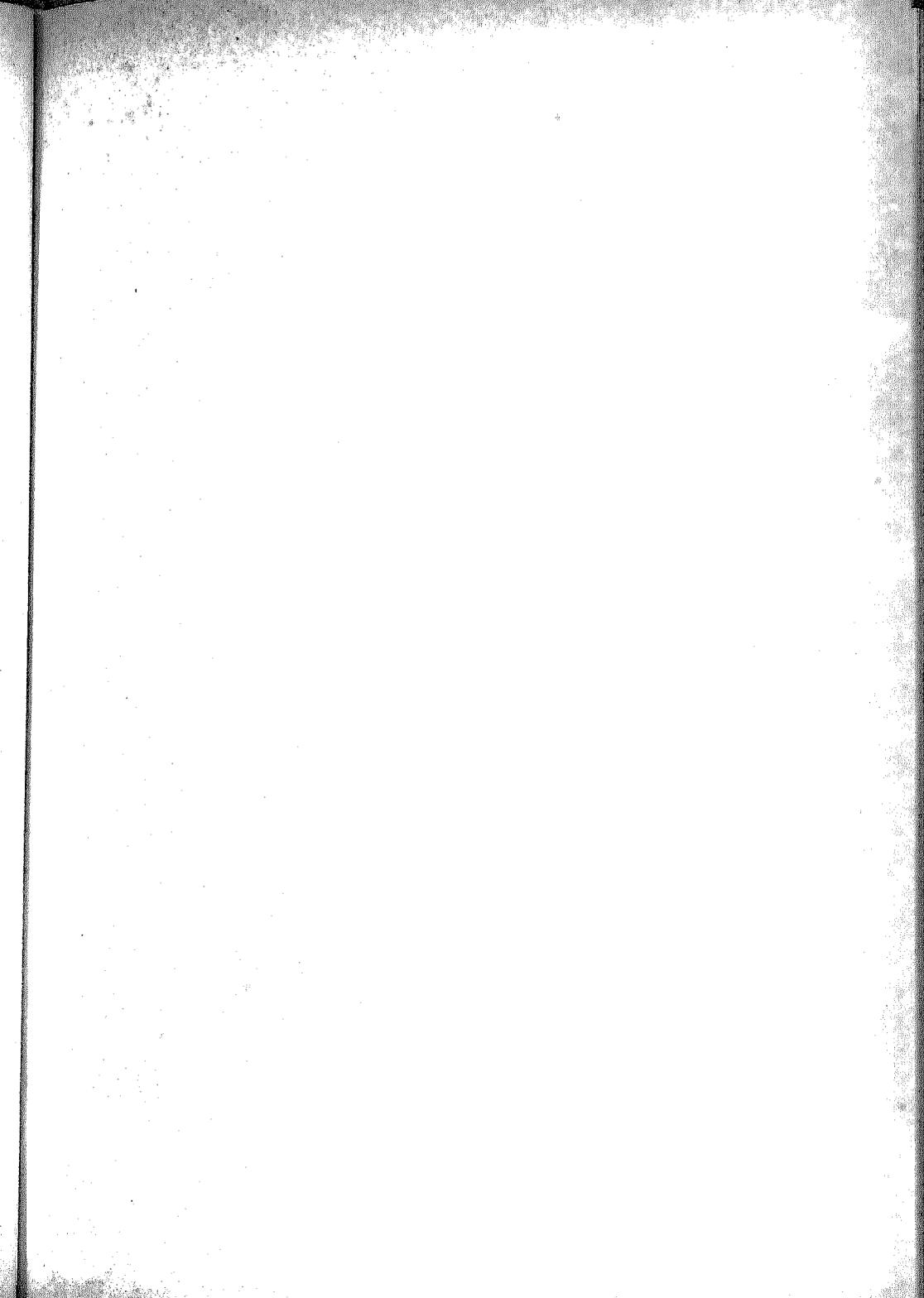
blo á lo romano, pero que peleaba contra Roma. Mirando el porvenir, creó una universidad en Huesca y envió á los jóvenes de talento para que aprendieran la lengua griega y la latina.

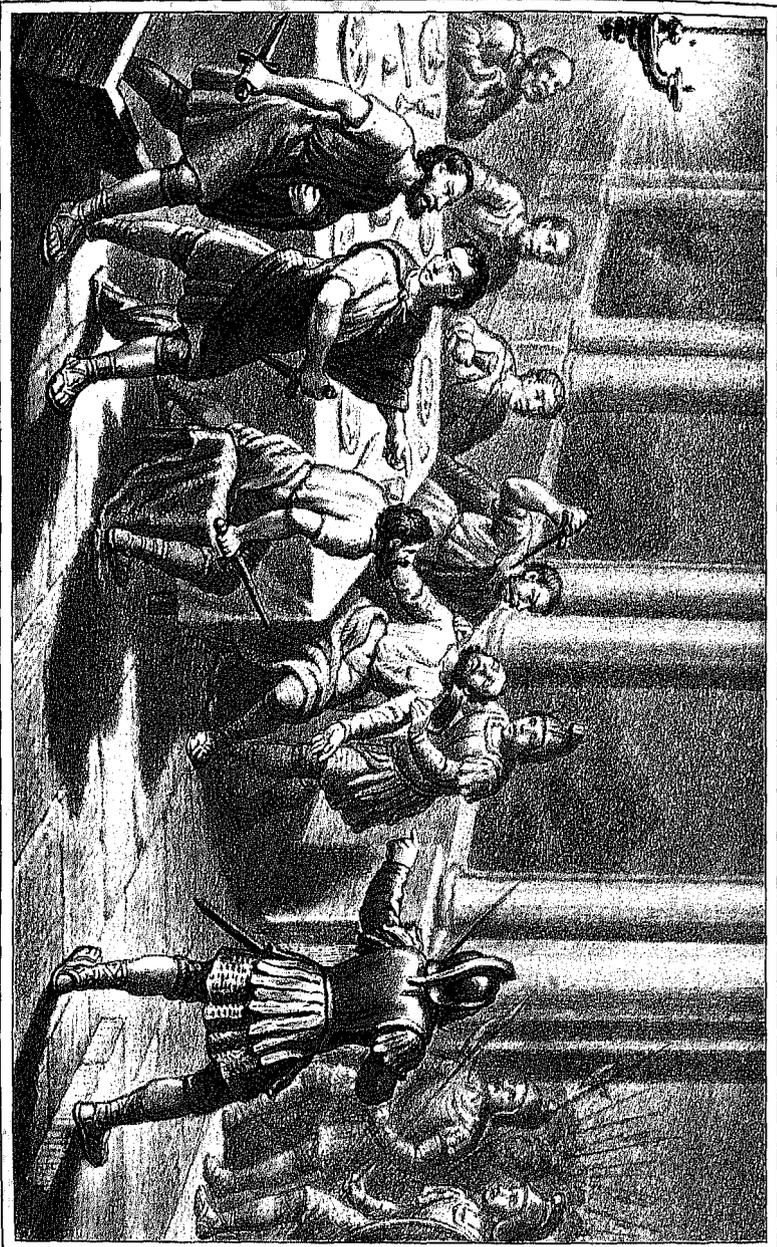
Organizados sus batallones, ya no temió oponerse al poder de Roma. El valor y bravura de los españoles dirigidos por Sertorio desconcertaban todos los planes de los generales romanos. En vano enviaba Roma legiones y más legiones, pues todas encontraban el sepulcro abierto en este suelo. Aumentó el ejército de Sertorio con la llegada de Perpenna, que desde Cerdeña vino con veinte mil soldados. Quería Perpenna pelear á cuenta suya, disputando á Sertorio el mando de los españoles, pero sus soldados aclamaron á éste y entónces tuvo que resignarse á ocupar el segundo puesto en el ejército, si bien en su corazón conservaba un secreto resentimiento que sabía disimular. Las victorias múltiples alcanzadas por los españoles obligaron al Senado á enviar al viejo Metelo, general, que á su larga experiencia unia la sagacidad de un viejo de talento. Pero Sertorio, joven, vigoroso, al frente de unas tropas que conocian el terreno, burlaba la sagacidad y la táctica regular de Metelo, dividiendo los soldados cuando le parecia, dejando destacamentos que molestasen á los romanos en continuas sorpresas, y presentando sus batallas cuando estaba seguro del triunfo.

Fué preciso que Roma enviase un joven general, al gran Pompeyo, hallándose dos generales jóvenes y dos viejos. El joven Sertorio tenia á Perpenna, viejo, á su lado; el joven Pompeyo al viejo Metelo. Larga y porfiada

fué la lucha; temblaba Roma al saber las derrotas de su ejército, y llegóse á dudar si España seria de Roma ó Roma de España. Pero cuando desconfiaron los romanos de sus fuerzas apelaron á la traicion y á la perfidia. El viejo Metelo pregonó la cabeza de Sertorio, ofreciendo por ella mil talentos de plata y veinte mil arpentas de tierra. La codicia cegó á los soldados romanos; el recelo y la desconfianza se apoderaron de Sertorio. Confió su guardia á los españoles, escitando la envidia de los soldados de Perpenna que eran romanos. Tampoco éste habia olvidado la preferencia que á Sertorio habian dado, y concibió el pensamiento de acabar con la vida del gran Sertorio. Coligóse con algunos capitanes, convinieron en el modo, y aguardaron la ocasion oportuna. Los asesinatos, que por orden de Sertorio se cometieron en los jóvenes que estudiaban en Huesca en momentos de furor, cuando receloso temia ser víctima de alguna traicion, alentaron á Perpenna, confiando que los españoles mirarian como venganza propia la muerte de Sertorio. Sin embargo ningun español entró en la coalicion.

Era un dia, cuando las tropas de Sertorio descansaban en Etosca ó Etovesa. Sertorio triste y melancólico hacia sentir su mal humor por los recelos que tenia de que alguna traicion acabara con su vida. Ni imaginar podia que los traidores le rodeaban, y que debia temer de los que eran sus allegados. Perpenna habia dicho a los coaligados: finjamos una feliz nueva, convidemos á Sertorio á un festin, y en medio de la alegría producida por los vapores del vino, fácil nos será atravesar su pecho con el puñal. Marco Antonio, Aufidio y Manlio, capitanes que





R. Segura. Dib.

MUERTE DE SERTORIO.

Lit. de SANCHIS. Valencia.

entraron en la conjuración, aceptaron el plan insidioso de Perpenna y se ofrecieron para llevarlo á efecto. Finjóse una carta, en la que se le noticiaba una victoria alcanzada contra el enemigo por uno de sus capitanes: la entregaron á un espreso y fácil les fué engañar á Sertorio. Dispusieron un banquete para celebrar tan fausto acontecimiento, al que concurrió el valeroso General, pero Perpenna, que habia dado la seña, de que al derramar el vino de su copa, le acometiesen con el puñal, aguardó el momento oportuno, y cuando se hallaban en el convite, cuando al parecer reinaba la alegría, el traidor Perpenna toma en sus manos la copa, deja caer sobre la mesa el vino, y Antonio empuña el acero y lo clava en el pecho de Sertorio. En vano quiso defenderse. Los conjurados le sujetan por la espalda al sillón, y repitiendo los golpes alevosos, muere á manos de sus amigos el que hizo temblar á sus enemigos (1).

Los autores no están conformes en la correspondencia de la ciudad Etosca ó Etovesa con los pueblos modernos, cada uno discurre á su modo. El canónigo Cortés es de parecer, que se hallaba en Benifazar ó entre esta población y Hervés, y que era la misma en donde Anibal descansó antes de partirse á Italia. Nosotros, que hemos manifestado más de una vez, de que no abrigamos gran certeza al designarse la correspondencia de nuestra antigua geo-

(1) De propósito hemos dejado de hacer mención del fragmento de Tito Livio, publicado por Giovinazo, sobre la guerra sertoriana, porque ya en otra parte (Tomo I. pag. 165) hemos manifestado, que no estamos con el parecer de Cortés, que juzga que Morella corresponde á Castra-Ælia.

grafia, solo añadiremos á las razones del académico anticuario, que son muchas las monedas que se encuentran de Etozca en el terreno, y esto nos inclina á pensar, que la muerte de Sertorio sería en alguna de las poblaciones de nuestra montaña, ya que con la guerra sertoriana tantos encuentros hubo en estas sierras.

Perpenna no pudo recoger el fruto que deseaba de su alevosía, porque cayó en manos de sus enemigos y murió dejando el grande ejército de Sertorio abandonado. Los romanos tomaron partido, pero los españoles se retiraron á sus casas llorando la muerte de su caudillo Sertorio y maldiciendo al traidor, que poco tiempo pudo disfrutar del mando.

6. Algunos años de calma se disfrutaron, si calma puede llamarse el tener que sufrir los atropellos de los cuestores romanos que tiranizaban al pueblo para sacarle el oro y enviarlo á la capital, en donde la codicia de los magnates era insaciable. Julio César, aquella grande figura que tan alta se levantó despues, y al que veremos ocupar el primer puesto entre los romanos, vino á España en calidad de cuestor, y no cumplió mal el encargo, pues las riquezas de España se enviaron á los romanos que las consumian en banquetes, en disoluciones y en sus pasiones desenfrenadas. Pero ganóse amigos que le valieron para llegar al consulado. Julio César, que decia, *que más quisiera ser el primero en una aldea, que el segundo en Roma*, no podia tener paz mientras no escalase el poder supremo; rompió su amistad con Pompeyo, desoyó la voz del Senado que le mandaba resignar el mando, marchó de las Galias á Roma, se apoderó del tesoro, se nombró dicta-

dor, y con su ejército numeroso deseó acabar con su rival Pompeyo. El teatro de la guerra habia de ser nuestro suelo y uno y otro general vienen á esplotar la cándida credulidad de los españoles.

Vióse Julio César en los mayores apuros entre los rios Cinca y Segre, pero una victoria alcanzada por sus tropas decide en su favor á los españoles, y los lacetanos, ausetanos, cosetanos y poco despues nuestros ilercavones, se ponen á su lado, le ofrecen su juventud y el ejército de César se aumenta, y los pompeyanos que llaman en su auxilio á los celtíberos, si bien estos les oyeron al principio, las bien meditadas disposiciones de César les obligaron á volverse á sus hogares. Ni fueron más felices en lo Bética en donde César triunfó de las armas de los de Pompeyo y ganó el corazon de los españoles. Marcha á Italia, triunfa en Farsalia, en Egipto, en Africa; vuelve á España, y la batalla y sitio de Munda levantan á Julio César á la mayor gloria.

Era tiempo de marchar á Roma á recibir los honores del triunfo. Roma le esperaba, el entusiasmo del pueblo llegó hasta el delirio: todas las demostraciones de júbilo parecian poco para honrar al gran capitán que venia coronado de laureles. Se le nombró Dictador perpétuo, se le dió el título de Emperador y Padre de la patria y hasta se le tributaron honores divinos: tanto puede la vil adulacion. Pero este mismo engrandecimiento le atrajo el odio y la venganza de sus émulos. Casio y Bruto maquinaban el darle la muerte, crecia la conjuracion y un dia al entrar al Senado vióse acometido de una turba con puñal en mano y le acribillaron de puñaladas: así acabó la vida

el que triunfó en cien combates y ganó más de mil ciudades. Durante el tiempo que estuvo en España, agradecido á los servicios que le prestaron los ilerconvones, dió á Iberia su capital el dictado de Julia, como se ve en sus monedas.

7 El sucesor de Julio César fué su sobrino Octavio, que sino fué un gran guerrero, fué un gran político, que despues de vengar la muerte de su tio, procuró la paz y la prosperidad de las provincias sujetas á Roma por las armas de sus legiones. Formóse un triunvirato, y Octavio tomó para si la España. Sin abolir la república, pudo deshacerse de sus compañeros y gobernar como á Emperador; y el Senado le dió el nombre de *Augusto*, y no le negó el de Emperador. Nuestra patria sufrió entonces una modificacion política y civil. Dividida desde muy antiguo en pequeñas regiones independientes, se unieron entre si, formando un solo pueblo, con una ley, y bajo el regimen de los encargados del Dictador romano. Nombráronse conventos jurídicos, para juzgar los pleitos, á la manera de nuestras Audiencias; se dividió la España en tres grandes provincias: la Bética, gobernada por un Procónsul, la Tarraconense y Lusitana por Legados augustales, y cada una de estas tenia diferentes conventos jurídicos. La Tarraconense, que es la que más nos importa, por pertenecer nosotros á esta provincia, tenia los conventos jurídicos de Tarragona, Cartagena, Zaragoza, llamada hasta entonces Salduba, y que desde entonces tomó el nombre de César-Augusta, Clunia, Lugo, Asturica y Bracaria. En el convento de Tarragona acudian cuarenta y cuatro pueblos á reclamar sus derechos. De

estos habia dos muy célebres, cuyos ciudadanos gozaban el título de *ciudadanos romanos*, estas eran Tortosa y Morella. *Tarracone*, dice Plinio, *disceptant populi XLIV, quorum celeberrimi civium romanorum Dertusani, Bisgar- gitani*. Posteriormente hubo algunas modificaciones en la divison de provincias.

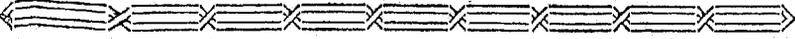
Muchas de las ciudades tenían el privilegio de acuñar moneda. Entre las nuestras, además de Hiberia, Tortosa y Morella, de las que hemos dado cuenta en nuestra *seccion geográfica*, se encuentran monedas de Histra (cerca de Alcalá), Osikerda (Mosqueruela), Cartago-vetus (Cantavieja) y otras cuya correspondencia nos es dudosa.

Desde el tiempo de Augusto comenzó la era española hasta que después de más de mil años, comenzóse á contar desde la Encarnacion, ó desde el nacimiento de Jesucristo: es decir treinta y ocho años después, pues treinta y ocho años solo tardó en venir al mundo *el descenso de las naciones*.

8 Quedó pues la península española una provincia de Roma. Leyes, religion, costumbres idioma, y hasta la corrupcion del pueblo romano llegó á nuestra España. La lengua de Lacio reemplazó á la antigua española, para perderse enteramente, si no es, que la vascuense ó euskara sea algun resto del habla antigua de los españoles. La paz, que se disfrutó en los dias de Augusto, pudo proporcionar á nuestra patria algunas mejoras en las ciencias y en las artes. Grandiosos monumentos se levantaron entónces, que pasaron á la posteridad. La guerra cantábrica turbó por algun tiempo el sosiego, pero

aquella guerra fué pasajera y España acostumbrada á vivir á lo romano no se acordó en más de cuatro siglos de su independencía. Seguiremos ahora con rápido vuelo los tiempos del imperio, para conocer los nombres de los Emperadores y los monumentos que han llegado hasta nosotros.





CAPITULO IV.

RESUMEN.

1. Imperio romano. 2—Nacimiento de JESUCRISTO. 3—Tiberio. 4—Muerte de Jesus y promulgacion del Evangelio. 5—Calígula, Claudio etc. 6—Trajano, Adriano, Antonino, etc. 7—Daciano, Martires en España. 8—Constantino. Triunfo del cristianismo. 9—Los hijos de Constantino. 10—Teodosio. 11—Division del Imperio. 12—Invasion de los bárbaros. 13—Una mirada retrospectiva. Conclusion.

1. **E**spaña disfrutaba tranquila de las dulzuras de la paz. La guerra de Cantabria, en donde aquellos rústicos montañeses se defendieron con heróico valor, las proezas de los astures y otros pueblos, que hacian los últimos esfuerzos para no dejarse aherrojar con las cadenas de Roma, todo cedia ante la fuerza y política de Augusto. Pacificada España, se marchó á Roma y cerró el templo de Jano, dando la paz al mundo, paz deseada, y que es conocida en las historias con el nombre de paz octaviana. Nuestra España, cansada de tantas guerras, é impotente para resistir la fuerza del imperio romano, porque imperio podremos llamarle desde ahora, ya que Octaviano Augusto

mandaba como dictador, por más que quedara una sombra de Senado, nuestra España saludó el reinado de un príncipe benigno, que manifestó su amor á los pueblos, y dió pruebas de querer su felicidad. Los pueblos levantaron monumentos, que recordaron su nombre, y en algunas ciudades hicieron su apotéosis, como si fuera una benéfica divinidad.

2. Célebre fué el reinado de Augusto, sus estensos dominios obedecian las disposiciones que desde Roma llegaban, y más célebre fué, porque en sus dias vino al mundo* el Redentor de los hombres, el Sol de justicia y que traia á la tierra la verdadera paz, la felicidad y la ventura.

Dueño pacífico del imperio, quiso Augusto saber el censo de la poblacion, y mandó, que se empadronaran todos los súbditos en su pueblo natal. Era la Palestina una provincia romana y José, esposo de María, humilde artesano, que con el producto de sus faenas pasaba su vida retirado, cuasi desapercibido de los mortales, vióse obligado á marchar á Belen, pequeña ciudad de la tribu de Judá, á unas dos leguas de Jerusalén, á pesar de que su esposa se hallaba en los últimos dias de su embarazo. La ingratitud de sus amigos, y la dureza de su corazon, obligaron á José á buscar un asilo para pasar la noche en una cueva, rústica vivienda en donde los pastores se amparaban en las noches crudas del invierno; y allí entre ahumadas paredes del solitario albergue, entre el silencio de la soledad nació al mundo, reclinado sobre las pajas en un humilde pesebre, el que era la gloria del cielo y alegría de los hombres, el que vestido con humana carne era

Dios, y venia á ofrecerse en holocausto para salvar á los hombres ¡JESUCRISTO nació en un establo de Belen, cuando repartia las coronas á los reyes de la tierra! Ya lo habia predicho un Profeta, que de Belen habia de nacer el *Dominador de Israel*, y se cumplió la profecía en el año treinta y ocho del reinado de Augusto.

Ante un niño, hijo del pueblo, nacido de una doncella pura y la más cándida, se postran los pastores, que allá en la montaña oyeron los cánticos armoniosos de los ángeles, que les anunciaban— *Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad, y ante aquel por quien reinan los reyes*, curban sus rodillas unos príncipes de oriente y le ofrecen el incienso, el oro, y la mirra, por que Dios era el recién nacido, rey era, hombre era. El profeta Rey habia cantado el poder del *Rey, cuya herencia era el imperio de todos los pueblos, y su reino el de la dulzura y de la justicia, y su imperio sin fin: los límites del universo habian de ser los suyos*, y este Rey supremo de cielos y tierra viene al mundo, cubierto con la corteza de la humanidad. Nueva era para el mundo, época notable que hemos querido consignar, por que de aqui arancará la cronología de los hechos de nuestra narracion.

3 Octaviano Augusto murió en Nola, ciudad de la Campania, despues de cincuenta años de reinado; si tuvo vicios, algun bien hizo en favor de su pueblo. Siguió-le en el poder Tiberio, hijo de Livia, primero de los Emperadores romanos. Pudo engañar á los pueblos en los primeros años de su reinado, pero no tardó en manifestar sus instintos feroces y sanguinarios. ¡Horroriza lo que se escribe de este monstruo! Madre, hija, parientes

y estraños fueron sacrificados á su bárbara crueldad, y una insinuacion de su capricho bastaba para que sus verdugos y sicarios clavaran el puñal en el inocente pecho, ó para que el ciudadano romano fuera arrojado desde la roca Tarpeya. ¿Que podia esperarse de un hombre, que solo respiraba sangre y esterminio? Sus torpezas y lúbricos amores le arrastraban á los mayores excesos. Murió, y la posteridad recuerda su nombre con execracion.

4 En el año diezinueve de su imperio murió Jesucristo en Jerusalem, clavado en una cruz. Desde el Calvario salieron raudales de luz y de verdad, que llegaron hasta los confines de la tierra, porque los discípulos, que de sus labios oyeron la *buena nueva* la llevaron á todas las partes del mundo. Filósofos, guerreros, poderosos, débiles, oyen á los galileos humildes, salidos de la clase más abyecta del pueblo judío, y si silencio imponer pueden á sus pasiones reconocen una doctrina superior á la de los sabios de la antigüedad; sino, se sublevan contra ellos, y piden su sangre, y ahogan su voz entre el rechino de las ruedas, á los golpes de la cuchilla, en la pez hirviendo, ó en mil géneros de muerte, que pueden inventar la maldad ingeniosa. No importa; ellos arrojaron la semilla, la regaron con su misma sangre, y germinó tan lozana planta, que no tardó en ser un arbol frondoso, que cobijó á todos los pueblos de la tierra. No seguiremos por ahora los pasos de los obreros evangélicos, solo nos proponemos trazar el retrato de los emperadores romanos, para tener una idea de los que rigieron nuestra patria en el largo período de su dominacion.

5 *Calígula*—A Tiberio sucedió aquel Emperador bár-

baro y sanguinario, que decia: *Plaguiera á los dioses que el pueblo romano tuviera una sola cabeza, para derribarla de un solo tajo.* Esto decia Cayo Calígula, el que cerraba los graneros por tener el placer bárbaro de ver morir de hambre á su pueblo. Casio libró al mundo de un mónstruo.

Claudio.—Ocupó el trono de los Césares el esposo de la impúdica Mesalina, hombre imbécil y á quien su misma madre llamaba con el nombre degradante de *bestia* ¡Y ojala lo hubiera sido, porque no hubiera llevado al suplicio á treinta y cinco senadores, á trescientos caballeros romanos, y á un sin número de ciudadanos y mujeres débiles, sin más proceso que una horrible señal, que manifestaba á los verdugos sus deseos depravados! Su mujer Agipina le dió el veneno y acabó su vida.

Neron.—Educado por Séneca manifestó al principio un carácter benigno, pero no tardó en mostrar sus instintos feroces. El que mandó abrir el seno de su madre, el que mandó matar á Séneca y su familia, el que dió orden para incendiar á Roma, y cantaba la destruccion de Troya, acompañando el canto con la cítara, mientras las llamas subian hasta las nubes, calcúlese lo que sería. Murió aborrecido de su tiempo y odiado de la posteridad.

Galba.—Pretor de la provincia de Tarragona fué aclamado Emperador por su ejército. Apoyóle Othon, que gobernaba la Lusitania y marchó á Roma á coronarse. Pero su carácter justo y afable cambió al verse cubierto con la púrpura imperial y centenares de víctimas alargaron su cuello á la cuchilla del tirano. El mismo Othon corrompió á los soldados, que le asesinaron.

Othon.—Fué saludado con júbilo por el pueblo, pero los germanos nombraron otro Emperador y Othon se suicidó.

Vitelio.—El hombre más gloton y que pasaba el tiempo en banquetes y comilonas; pero no le duró aquella vida, porque las legiones de oriente proclamaron á Vespesiano, y como los soldados ponian y quitaban emperadores, Vitelio que se habia escondido en un lugar in-mundo, fué sacado, le cortaron la cabeza y fué arrojado en el Tiber.

Vespesiano.—Despues de tantos emperadores indolentes, perversos y crueles subió al trono Trajano Flavio Vespesiano, enemigo de derramar sangre, y siempre dispuesto á procurar el bien de sus vasallos. En tiempo de este Emperador fué la destruccion de Jerusalem, predicha por Jesucristo, y la dispersion de los judios.

Tito.—Hijo del anterior, más benigno y justo que su padre, fué llamado las delicias del género humano. Tal vez en su tiempo se edificarian algunos de nuestros castillos montanos, porque en las ruinas de la torre, que se hallaba en el monte, cerca de la masía llamada *Beltrol* se encontraron dos monedas de este emperador, una de plata y otra de cobre, en el hueco de una piedra sillar. Solo vivió dos años despues de su coronacion, pues murió en el 81.

Domiciano.—Era hermano de Tito, pero su carácter bárbaro y feróz semejava á Tiberio y Neron. Murió maldecido del pueblo.

Nerva.—Poco vivió, pero en el poco tiempo de su imperio manifestó un carácter dulce y benéfico.

Trajano.—El primer emperador extranjero, por que era natural de Itálica, cerca de Sevilla, hijo adoptivo de Nerva. La España se gloria de haber dado á Roma sus mejores emperadores. Era humano, justo, pródigo para aliviar las miserias, si en esto puede haber prodigalidad. Tampoco le faltó el valor y la energia para vencer á los enemigos del Imperio. La Columna trajana recuerda el nombre del español ilustre, que vistió la púrpura de los Césares, y España vió en su tiempo florecer las letras y artes. Monumentos nos quedan de su reinado. El puente de Alcántara se construyó en su tiempo. Pero Trajano era idólatra y persiguió á los cristianos ó por encono ó por complacer á los áulicos que le rodeaban. Murió en el año 117.

Adriano.—Tambien oriundo de España, bastante instruido en las ciencias y en las artes. Vino á la península y visitó sus principales ciudades. Murió en Tiboli entre los placeres de la sensualidad.

Antonino.—Llamado el piadoso ó Pio, que gobernó con templanza, procurando la paz para sus pueblos. Gobernó veinte y dos años.

Marco Aurelio.—Era pariente de Adriano y de familia española. Parece que en tiempos de este emperador se construyeron las fortificaciones de Morella. En nuestra seccion geográfica pag. 117 del Tom. I. hemos copiado una lápida que se encontraba en un castillo destruido, en la partida de la *Vespa*, término de Morella, ahora vamos á copiar otra, que ha podido conservarse hasta nuestros dias, y que parece colocada en él mismo tiempo. De la primera hacen mencion Beuter y Escolá-

no, pero es diferente, y su contenido, si bien dedicadas una y otra á *Marco Aurelio*, nos patentiza que la que vamos á copiar fué una memoria de los *Bisgargitanos* á su Emperador. Hedla aqui.

IOVI CONSERVA
TORI OB INCOLV
MITATEM M. AV
RE. . . ANTONINI
AV. . . . ERE
B LISE
SI. . . C ARAM
POSVIT ET DE
DICAVIT

Esta piedra se encontraba en la pared de la antigua casa del consejo, despues casa del Estudio, en donde se hallaban las aulas de latinidad, y habiéndose vendido á principios del siglo, D. Julian Piquer derribó el antiguo edeficio para levantar una casa móderna. Desapareció la piedra con dolor de algunos anticuarios, y tantas diligencias se practicaron, que al fin se encontró en un pesebre. Fué colocada en el lienzo del Sud, y quisieramos que los herederos de la casa de Piquer la conservaran con interés.

Cómodo.—Hijo del anterior era Cómodo, pero desemejante á su padre. Todos los vicios de los emperadores que le precedieron fueron una sombra al lado del horrible retrato que los historiadores romanos nos legaron de Cómodo. El bárbaro Emperador no se contentaba con vender los destinos, con enviar al suplicio á los ciudadanos;

sino que por ver correr la sangre, solazabase en dividir á trozos á un hombre, mandaba asesinar por un bárbaro placer á los que asistian al teatro y sacaba los ojos, mutilaba por capricho las manos ó los pies y se complacia en ver destrozár á los hombres. Murió envenenado en 193.

Pertinax.—Imperó poco tiempo, y fué asesinado.

Didio.—Tampoco fué de duracion su imperio, y murió tambien asesinado.

Severo.—Fué elegido Emperador por los soldados. Persiguió á los cristianos, y derramó la sangre con abundancia.

Caracalla y Geta.—Hijos del anterior, ocuparon el trono despues de su padre, pero el ambicioso Caracalla mató á su hermano en el regazo de su madre, y tambien él fué asesinado por el siguiente.

Máximo.—Obtuvo catorce meses el imperio y le fué preciso cederlo al que sigue.

Eliogabalo.—Su reinado fué el de la lascivia.

Alejandro Severo.—Hijo de Mamea, muy apasionado á la moral y virtudes de los cristianos, y por esto interesó al Emperador para que protegiera á los discípulos de Jesus. Si no era cristiano, tenia en su habitacion la Imágen del Crucificado y pudieron en su reinado respirar los que tan crueles persecuciones habian sufrido en los años anteriores. Pero los romanos estaban acostumbrados á subir al poder supremo, escalonados por los cadáveres de los emperadores asesinados y Maximino quiso abrirse pa-

so para subir al trono con el puñal que acabó con la vida de Alejandro Severo.

Una serie de Emperadores vino á desacreditar el imperio. Sus nombres aparecen en la historia como llamadas funestas, sus hechos como borrones, que manchan sus páginas. La audacia, la intriga, el soborno, todas las pasiones más ruines y degradantes se ponian en juego para subir al poder, todos los medios parecian legitimos, y sentados sobre el trono, que luego retemblaba á los gritos de una sublevacion popular, para afianzarse algunos dias, se valian de la fuerza bruta para sofocar las rebeliones. ¿ Quien obedecer puede á un intruso, inhumano hasta la crueldad, levantado con la punta de las espadas, y sostenido por unas legiones venales que hoy proclamaban un Emperador, para arrastrarle mañana entre el fango, y arrojar su cadáver palpitante á la corriente del Tiber? A nosotros nos resiste trazar con la pluma el retrato de tantos Emperadores sin honor ni vergüenza, y nos es enojoso por demás el tener que consignar en nuestro escrito lo que encontramos de unos hombres cubiertos con la púrpura, pero que nos parece un harapo despreciable, que cubria las pasiones asquerosas de su corazon. Los Gordianos, Maximo, Baldino, Filipo, Caracalla, Marciano, Eliogabalo, y toda aquella plaga de emperadores, que arrastró la púrpura por el lodo, no fueron sino un castigo del cielo, que cayó sobre un pueblo desmoralizado, y que fijaba la felicidad en los vanos placeres del tiempo.

Diocleciano y Valerio.—Diocleciano no fué cruel en un principio y tal vez hubiera sido un Emperador tolerante

sino hubiera escuchado las repetidas instancias de Gale-
rio, que se habia declarado enemigo de los cristianos. Pe-
ro la debilidad de Diocleciano, y el encono feroz de Gale-
rio produjeron el edicto de Nicomedia, y tembló la Ígle-
sia de Jesucristo al rugido espantoso de persecucion que
salió del alcazar de los césares. Eran las convulsiones
de la desesperacion del paganismo agonizante, porque
la doctrina de Jesus habia penetrado hasta las clases más
altas de la sociedad, y en el pueblo, en el ejército, en
el senado eran los cristianos la clase más numerosa.

España tuvo un sin número de mártires. La Iglesia
recuerda algunos de sus nombres y calla los que solo son
sabidos de Dios. Cumple á nosotros recordar los nombres
de dos valerosos atletas que desafiaron los tormentos y
la muerte, para probar su constancia en la fé; siquiera
porque Morella les vió arrastrar las cadenas: son San
Valero y San Vicente Mrs. En la persecucion de Dio-
cleciano y Maximiano se hallaba de Gobernador de la
provincia tarraconense Daciano, hombre brutal, que lle-
vó hasta el estremo la órden sanguinaria. Entre otros
prendió, acusados de ser cristianos, á Valero, obispo de
de Zaragoza y á su diácono Vicente, y mandó conducir-
les á Valencia. Era el camino más corto por Morella, y
al llegar los ilustres cristianos á esta poblacion, fueron
encerrados en un calabozo á la falda del castillo, asegu-
rándoles con cadenas. La carcel fué desde entonces res-
petada por los cristianos, que el triunfar de la idola-
tría levantaron una capilla en honor de los santos Már-
tires. Esta capilla respetada en los siglos árabes, ha lle-
gado hasta nosotros en el claustro del convento de San

Francisco, hoy..... es un rincon de inmundicias. (1)

8 A principios del siglo cuarto seis emperadores ocupaban á un mismo tiempo el trono de los Césares: Constantino, Maximiano, Maxencio, Galerio, Licinio, Maximino, con más ó menos poder, con más ó menos prestigio en el pueblo, pero natural era, que los celos, la envidia y las rivalidades secretas rompieran aquella armonía aparente. Y así fué, porque unos murieron en pos de otros, ya en el campo de batalla, ya en la violencia, ya consumidos por la fuerza de enfermedades vergonzosas. Quedó Constantino, atravesó los Alpes con cuarenta mil hombres, para oponerse á Maxencio, cuyas tiranías, atropellos y robos habian irritado al imperio de occidente. No dejó de temer, porque su rival traía fuerzas mayores, ciento ochenta mil soldados militaban bajo las banderas de Maxencio, y si recelaba motivos tenía; pero levantó sus ojos al cielo, esperó en el Dios de los cristianos á quien adoraba en su corazón y allá en los aires apareciósele una cruz fulgida como el mismo sol, y con letras de fuego se leía al rededor. *In hoc signo vinces*, y en sueños se le presentó en la noche siguiente la misma cruz, y una voz misteriosa añadió,—esta debe ser la señal que estamparas en tus banderas y no dudes de la victoria.

Constantino estampa la cruz en el famoso *Lábaro* de los romanos, baja los Alpes, llega hasta *Saxa rubra*, y

(1) Nuestro historiador Beuter en la edición lemosina de 1538 dice: *Pasaba llavors lo camí de Zaragoza á Valensia per Morella, y axí estigueren estos sancts benaventurats vna nit en un hostal, que allí era, ferrats y á bon recapte, segons fins á huy resta la memoria de la presó que es una capella, ara en la claustra de Sen Francesc de Morella, monastir de frares menors.*

sin reparar en el número de sus enemigos, ataca con valor á su contrario, y las tropas de Maxencio fueron destrozadas completamente, el mismo Maxencio huye fugitivo, y se precipita en el Tiber, en donde muere ahogado. ¡Triunfa Constantino! Dios queria, que se acabaran las farsas del politeismo, y que el mundo adorara á su hijo divino: Constantino era el instrumento de que se valió y desde entonces los cristianos pudieron respirar. El paganismo recibió en *Saca rubra* el golpe mortal, y la cruz, antes baldon y vilipendio, es un signo de paz y de gloria: era en 312. Poco despues Licimo venció á Maximo, y no tardó el vencedor á morir ahogado, quedando solo Constantino señor del imperio.

Triunfaron los cristianos; harto habian padecido en en tres siglos de combate; á luz plena podian celebrar sus funciones religiosas y con santo alborozo proclamar á Jesus hijo de Dios vivo. Los mil y mil idolos, que robaban el incienso al Dios verdadero, cayeron hechos pedazos y la doctrina del enviado de Dios y Dios al mismo tiempo reemplazó á las teogonias de la supersticion y de la mentira. La iglesia y la humanidad entera estarán agradecidas al Emperador, que abrazó el cristianismo y dió al mundo la paz y la felicidad, protegiendo la religion cristiana. Su madre Santa Elena no contribuyó poco para inspirar á Constantino sentimientos cristianos. Murió este Emperador en 337. El imperio se dividió en sus tres hijos, Constantino, Constancio y Constante.

¶ Otra vez se vió el imperio dividido entre los tres hermanos, hasta que triunfó Constancio. En su reinado

se sublevaron los Galias, cuya pacificación encargó á Juliano. Muerto Constancio subió Juliano al trono de los Césares y quiso restablecer el paganismo, pero solo vivió tres años, y el paganismo dió la última señal de vida para sepultarse para siempre. El ejército eligió á Joviano, que volvió la paz á la Iglesia. A los siete meses le sucedió Valentiniano, quien se asoció á Valente, dividiéndose el Imperio en oriental y occidental. Siguiéronles Graciano y Valentiniano II, pero solo Graciano disponia del imperio occidental. Las guerras de los Godos y otros pueblos salvajes privan al oriente de su emperador y Graciano envia á un General español para que detenga aquellas hordas, que amenazaban rasgar la purpura imperial. El hombre grande, que mereció la confianza de Graciano era Teodosio.

10 Modesto y sabio, político y valiente pudo Teodosio ganar los corazones de los godos, y cuando en el occidente la ambicion y la audacia turban la paz y derraman la sangre de los emperadores, viene como un rayo, vence á sus enemigos y queda dueño de todo el imperio. Apenas tuvo Roma un Emperador de más bellas dotes; España, su patria, se llena de orgullo al recordar sus hechos. Murió Teodosio en Milan, dejando el imperio á sus dos tiernos hijos, Arcadio y Honorio. Honorio quedó en occidente.

11 Los hijos de Teodosio no heredaron de su padre ni la virtud, ni el valor. Dividido el imperio y entregada una mitad á cada uno, los Emperadores apenas podian llevar el timon del gobierno en sus vastos dominios. Roma, la señora del mundo, estaba proxima á ser entrega-

da á las hordas semisalvajes, y el trono de los Césares carcomido, se caía á trozos por el suelo; pero no tardará en levantarse otro trono más poderoso, que durará tanto como el mundo y sobre él se sentará un sucesor de Pedro, de aquel pescador del lago de Genesaret.

12 Alarico, ilustre godo de la estirpe de los Baltos, general valiente y esforzado avanza con sus hordas salvajes, no se contenta con ser proclamado rey allá en el oriente, viene al occidente, entra en Italia. Honorio, tembloroso de tener al bárbaro á las puertas de Roma, pensaba ya el modo de escapar de sus manos, cuando Estilicon, su tutor, le sale al encuentro y pudo derrotarle. Por esta vez pudo Honorio librarse de la inundación de los bárbaros; pero dos años despues se dejaron caer sobre su imperio un enjambre de godos, vándalos, suevos, que salidos de los bosques ó de las riberas del Báltico, marchaban á Roma á cortar las alas á las aguilas del imperio, si no lograron su intento, la nube que amenazaba descargar sobre las provincias romanas conjurada al principio, se engrosó más y más, y arrojó un diluvio sobre la tierra.

No habia olvidado Alarico sus pasadas derrotas, ni renunciado habia á los despojos que podria sacar de la caduca Roma, y aprovechando el general desorden que reinaba en todas las provincias, y valiéndose de treinta mil soldados romanos, que seguian sus banderas, y escuchando aquella voz secreta que le decia: *marcha á destruir á Roma*, llega ante sus muros, la cerca con fuertes trincheras y amenaza reducir la ciudad soberbia á sangre y á fuego. Los alimentos se consumen, crece el ham-

bre, medio cadáveres los romanos se dejan caer en medio de las plazas, y apenas podían empuñar la lanza ó la espada. Envían dos diputados á Alarico, y con presuntuosa arrogancia, *mírad*, le dicen, *que Roma cuenta aun muchos combatientes. Mejor*; responde el fiero Alarico, *la yerba cuanto más espesa mejor se siega*. El oro y todo lo más precioso de Roma, el rescate de cuarenta mil godos, y las humillaciones de los romanos, todo esto logró Alarico, para despues volver á plantar el pendon de aquella raza bárbara sobre la ciudad de los Césares. En 24 de Agosto de 410 Roma pasó al dominio de los bárbaros.

13. Solo hemos reseñado hasta aquí los acontecimientos más notables, que tuvieron lugar en España, los hechos más de bulto, que nos ofrecen nuestros anales. Como nuestro objeto principal es escribir la *Historia de Morella y sus aldeas*, antes de levantar el edificio hemos socavado la tierra, para buscar un suelo sólido en que pudiéramos zanjar los cimientos; hemos colocado las primeras piedras sobre las que debe nuestra obra basarse, siquiera sean piedras toscas y sin labrar. Emprendimos el viaje del Senaár, y al arribar á nuestras costas, procuramos descubrir las huellas de nuestros aborígenes, seguir sus pasos, y admirar los esfuerzos para conservar su independenciam, midiendo sus armas con los de Cartago ó de Roma; tambien hemos tirado alguna linea para el retrato de los Emperadores romanos, ya que no podíamos presentarlos con sus sombras y golpes de luz. Un esfuerzo más y atravesaremos el largo y sombrío periodo de los tiempos godos, para entrar de lleno en la narracion que más nos interesa, y ya no saldremos de Morella sino para acompañar á sus tercios y recoger en los campos de batalla ó sus laureles, ó sus últimos suspiros.



CAPITULO V.

RESUMEN.

1. Estado del imperio romano. 2—Divisiones en España. 3.—Ataulfo hasta Liuva. 4.—Leovigildo hasta Wamba. 5.—Ervigio hasta Witiza. 6—D. Rodrigo. 7—Batalla del Guadalete. 8—Muerte del Rey. 9—Concluye la Epoca primera.

1. **E**l imperio romano se hallaba despedazado por mil ambiciosos que deseaban subir al trono de los Césares. Corrompido el pueblo, desmoralizado el ejército, y devorados los grandes por el deseo de subir al poder, todos se removían como inquietos y desasosegados al rededor del que vestía la púrpura. El emperador solo era una estatua cubierta con el manto imperial y que llevaba una corona en su cabeza, pero cuya base flaqueaba á los empujes de los enemigos domésticos y de los estraños. Honorio era impotente, y las diferentes hordas, que habian asaltado las barreras de sus dominios, medraban á beneficio de las divisiones, disturbios y mal disfrazadas ambiciones de sus generales. Habia casado á su hermana Placidia

con Ataulfo cuñado de Alarico, pero este matrimonio, léjos de asegurar la corona en sus sienas, aumentó las rivalidades, las defecciones, y la corona pasaba de una á otra cabeza, cuando no caía rodando por el suelo, á beneficio del más audaz que se atrevia á tomarla para coronarse: los últimos años del imperio romano, podremos decir, que eran una anarquía; Dios habia decretado la destruccion del imperio más vasto, y la púrpura de los Césares, hecha girones, se repartia á trozos, para con ellos vestirse reyezuelos, que andando el tiempo fueran monarcas más ó ménos poderosos, que desafiarian á la antigua depredadora del mundo.

2. Tambien en España se dividian nacionales y extranjeros en bandos y parcialidades; tambien elementos encontrados luchaban para apoderarse del poder, y como si esto no fuera bastante, aquellas nubes que eclipsaron la estrella de Roma entraron para descargar una tempestad en nuestro suelo, trabajado ya tantos siglos por las luchas que habia sostenido contra cartagineses y romanos. Vándalos, alanos, suevos, godos, unos en pos de otros se enseñorearon de nuestras provincias más fértiles y ahora en lucha con los restos de la moribunda Roma, luego con los naturales y despues entre si mismos, hacian esfuerzos para quedar señores de este terreno feraz y delicioso, que tan ópimos frutos ofrecia á su ambicion: así la España romana se desmoronaba á los repetidos ataques que los bárbaros pueblos le dirigian; bien que las piedras sillares, que rodando por el suelo iban á parar á los pies del pueblo invasor, se recogian para levantar el nuevo edificio, el edificio de la España goda. No nos pertenece

á nosotros presentar el cuadro que nuestra patria ofrecia en los años últimos de Roma y primeros años godos: si nos hemos permitido tirar algunas líneas, ha sido para seguir corriendo unos siglos en los que Morella, nuestra patria, no se oye pronunciara ni una palabra de alegría ni un lamento de amargura.

Nada sabemos de este largo periodo de nuestra historia, que pueda pertenecernos. En los sucintos cronicones que nos quedan del tiempo de los godos se apuntan apenas los hechos más culminantes, y por esto, si es rica la historia eclesiástica por las sabias disposiciones de sus concilios, es reducida y pobre en la parte política y civil. No podemos quejarnos nosotros, cuando vemos en las historias de nuestro reino tanto silencio. Daremos siquiera el catálogo de sus reyes y alguna que otra noticia que nos parezca de interés particular.

3. *Ataulfo*. Podremos colocar á Ataulfo como el primero de los reyes godos que gobernó independiente de Roma. Hallábase en las Galias, cuando atravesó los Pirineos y ocupó á Cataluña proclamándose rey. Su reinado fué de poca duracion, porque un infiel criado sobornado por enemigos encubiertos le asesinó á los dos años.

Sigerico. Ocupó su lugar Sigerico y á los nueve dias acabaron con su vida.

Walia. Sucedióle Walia, que pudo sujetar á las razas de los alanos, vándalos y suevos, quedando los godos dueños de la mayor parte de España. Murió en Tolosa en 420.

Gunderico. Adelantó sus conquistas hasta reducir otras provincias de España. Dejó el cetro á su hermano:

Genserico. Al principio derrotó á los suevos, pero se rehacieron y Genserico tuvo que ceder.

Teodoredó. Era el tiempo en que el feroz Atila habia penetrado en Italia, y arrasado aquella hermosa campiña y siguiendo por las Galias entrado en España. Teodoredó le sale al encuentro, le presenta batalla, y el ejército de Atila cejaba ante el godo, cuando Teodoredó cae del caballo y muere atropellado por los escuadrones de uno y otro bando.

Turismundo. Aclamaron las tropas á su hijo Turismundo, joven valiente que hizo un esfuerzo para vengar la muerte de su padre. Marchó en busca de Atila, le atacó con denuedo y le derrotó completamente. Dos hermanos suyos se valieron de un doméstico, que le asesinó en su misma cama.

Teodorico. Hermano del anterior subió al trono con las manos manchadas con el fratricidio. Era furioso arriano y por esto malquerido de los católicos. Reinó hasta 466, que le quitó la vida el siguiente.

Eurico. Guerrero valiente y político sagaz pudo sujetar algunas ciudades adictas á Roma. Compiló las leyes en su *Fuero Juzgo*, y hubiera sido un gran rey, á no haber perseguido á los católicos. Murió en 483.

Alarico. Era hijo del anterior y tambien arriano. El rey de los francos Clodoveo le declaró la guerra. y habiéndose encontrado los dos ejércitos en Vouglé, los godos fueron derrotados y el mismo Clodoveo derribó del caballo á Alarico con el bote de su lanza y un soldado le acabó de matar.

Gesalico. Hijo bastardo del anterior, elegido por las tropas, pero Alarico tenia otro hijo legítimo, y el rey de Italia defendió sus derechos, entró en Cataluña y arrojó á Gesalico.

Amalarico. Niño de pocos años Amalarico necesitó quien gobernase en nombre suyo. Cuando llegó á mayor edad casó con Clotilde, hija de Clodoveo, católica, pero si bien el rey habia prometido no molestarla en sus creencias, no cumplió su palabra y con amenazas y desprecios pretendió obligarla á abrazar el arrianismo; más constante en su fé, se vió obligada á refugiarse al lado de sus hermanos Childeberto y Clotario. Estos pasaron los Pirineos y atacando al godo, le derrotaron cerca de Barcelona. En vano Amalarico quiso refugiarse á un templo católico, un soldado le alcanzó y le atravesó con su lanza en 531.

Teudis. Los grandes del reino eligieron á Teudis, capitán valiente y que se habia hecho estimar por su prudencia y moderacion. Gobernó con tino y rechazó á los galos que se habian apoderado de Pamplona y Calahorra. Y apesar de su conducta no pudo librarse del puñal de los asesinos. Murió en 548.

Teudiselo. Ambicioso y cruel Teudiselo era odiado de los grandes. Su vida disoluta le arrastraba á los mayores excesos y ninguna mujer hermosa estaba libre de sus violencias. Los nobles le convidaron á un banquete y cuando se hallaba descuidado le acribillaron á puñaladas. Era en 550.

Agila. Subió al trono Agila desde su casa tranquila, pero sea que no tenia una gran disposicion y que le fué

adversa la fortuna, despues de haber perdido una batalla, sus mismos soldados le asesinaron en 554.

Atanagildo. Se apoderó del trono Atanagildo favorecido por los romanos: pero luego se vió obligado á empuñar las armas y deshacerse de aquellos estranjeros que querian medrar á costa de España. Murió en 567.

Liuva. Despues de cinco meses de interregno fué elegido Liuva. Se asoció á su hermano Leovigildo y murió en 570.

4. *Leovigildo.* Nos parece entretenernos algo en el reinado de Leovigildo para ver las tristes desavenencias de su familia y las causas que las motivaron. Este rey, antes de subir al trono, habia estado casado con Teodosia, hija de Severiano, de cuyo matrimonio nacieron dos hijos, Hermenegildo y Recaredo. Era Teodosia católica y quiso que sus hijos fuesen educados en esta religion por San Leandro, arzobispo de Sevilla. Muerta Teodosia, contrajo Leovigildo segundas nupcias con Gosuinda viuda de Atanagildo, arriana furiosa y enemiga de los católicos. Poco despues de haberse coronado Leovigildo, triunfó de los imperiales en Andalucía, y asegurado en el poder, y con beneplácito de los grandes, se asoció en el mando á sus dos hijos. Casó á Hermenegildo con Ingunda, princesa católica, y la diferencia de religion entre Ingunda y su madastra produjo una guerra, que comenzando en el palacio se estendió por toda España. La vieja Gosuinda que habia ensayado todos los medios suaves para pervertir á la esposa de Hermenegildo, viendo burladas sus esperanzas, apeló á la violencia y no hubo tormento que no buscase aquella mujer para vengarse de Ingunda. Para apa-

gar aquel fuego, el Rey separó á los jóvenes esposos de su mujer y dióles la Andalucía.

Apartado Hermenegildo de su padre, y dueño de una provincia de España hizo pública su fé ortodoxa, ganándose la voluntad del episcopado y del pueblo católico. Pero Leovigildo, atizado por su vengativa esposa, llama á su hijo, éste teme las iras de su padre y rey, y ausiliado por Miro, rey de los suevos, se prepara á defender sus estados, confiando en la proteccion del pueblo católico. Leovigildo marcha á Sevilla con un poderoso ejército, cerca la ciudad y si se defendió con valor el jóven principe, despues de un largo sitio tuvo que fugarse y se retiró á una iglesia de Córdoba. A instancias de su hermano Recaredo se presenta Hermenegildo á su padre, implora el perdon, pero como el rey exigiese la apostasia de su religion, la fortaleza inquebrantable de Hermenegildo resistió todas las amenazas y malos tratamientos. Se envió preso á Valencia, de aquí á Tarragona; se comisionó á un obispo arriano para obligarle á abjurar la fé católica; pero Hermenegildo desprecia promesas y amenazas y solo espera el premio de la constancia. El rey manda matarle y penetrando en la cárcel el verdugo Sisberto, descarga sobre su cuello la mortal cuchilla y Hermenegildo deja la corona de rey para ceñir la auréola de mártir. La Iglesia le venera en los altares.

Comenzó desde entónces una persecucion contra los católicos; los obispos fueron arrojados de sus sillas para sentarse otros arrianos. El de Tortosa, Julian, fué uno de los que sufrieron mayores atropellos, y desterrado de su iglesia, colocó el monarca á Froisco, arriano y partidario del

rey. El pueblo se divide en bandos y los extranjeros se declaran en contra de Leovigildo, pero afortunado en la tierra y en los mares, sus tropas mandadas por Recaredo consiguen grandes victorias. Murió el Rey en 586. Se ha escrito que al fin de su vida abjuró el arrianismo.

Recaredo. El joven Recaredo había sido educado en la religion católica, más supo disimular sus sentimientos durante la vida de su padre. Pero cuando se vió coronado hizo pública su fé, repuso á los obispos católicos en sus sillas, y celebró un concilio en Toledo en 589, al que asistieron sesenta y dos prelados, abjurando el arrianismo y haciendo pública su fé en un todo conforme al símbolo de Nicea. Desde entónces la religion católica ha sido la religion de los españoles, sus reyes se titulan católicos, y es la mas rica prerogativa de la corona de España. Por esta religion pelearon siete siglos, y despues de arrojar del suelo hispano al muslim, llevaron sus banderas al otro lado de los mares y plantaron la cruz en regiones apartadas y agregaron á la Iglesia un mundo desconocido. Quince años reinó Recaredo y la Iglesia y la sociedad civil le debén estar agradecidas por las sabias leyes y acertadas disposiciones. Murió en 601.

Liuva II. Joven apreciable Liuva, hijo de Recaredo ocupó el puesto de su padre, siendo la esperanza de su pueblo; pero el general Witerico que ocultaba su ambicion en el reinado anterior se conjuró contra el joven rey, y buscó ocasion oportuna para derrocarlo del trono, asesinándole en 603.

Witerico. Ocupó el trono el asesino, empuñando el cetro de los godos con aquellas manos tintas con la sangre del

jóven Liuva. ¡Y si no tuviera otros defectos! Tirano, impío y disoluto, era un rey odiado de su pueblo, y por esto hallándose en un convite, le mataron á puñaladas, arrastrando su cadáver por las calles en 610.

Gundemaro. Fué tan breve el reinado de Gundemaro, que el pueblo apenas pudo gustar el fruto de sus buenas cualidades.

Sisebuto. Uno de los mejores reyes godos fue Sisebuto. Generoso, amante de su pueblo, instruido, valiente, protector de las artes y de las ciencias, era la delicia de los españoles: pero murió en 621, cuando más España necesitaba de un buen rey.

Recaredo II. Subió al trono su hijo Recaredo, que solo vivió tres meses, siendo rey.

Suintila. Elegido por los grandes Suintila, luego manifestó el buen acierto de la eleccion. Reformó las leyes, sujetó á los rebeldes, protegió las artes, y era tan compasivo con los necesitados, que le apellidaban el *padre de los pobres*. Hubiera terminado su reinado con gloria, sino se hubiera dejado llevar de su mujer Teodora, ambiciosa y vengativa, pero el que comenzó siendo amado de sus vasallos tuvo que abandonar el solio.

Sisenando. Se hizo reconocer en el Concilio cuarto de Toledo declarando solemnemente la incapacidad de su predecesor. Reinó seis años y murió en 636.

Chintila. Elegido Chintila quiso que se confirmase su eleccion, y convocó el quinto y sexto Concilios de To-

ledo. Espelió del reino á los que no fueran católicos, y nombrando sucesor á su hijo, murió en 640.

Tulga. Solamente reinó dos años este jóven, hijo del anterior.

Chindasvinto. Hombre astuto y político intrigante, quiso asegurar en su cabeza la corona que habia quitado á Tulga. Afectó una gran piedad y moderacion y con esto se ganó la voluntad del pueblo. Murió en 649.

Recesvinto. Reinó veinte y tres años con templanza y moderacion y murió en 672.

Wamba. Español virtuoso, que vivia en su aldea olvidado del mundo era Wamba, cuando los grandes y próceres del reino le eligieron para que ocupara el trono. Sorpresa causó al venerable anciano la inesperada eleccion y no pareciéndole, que él pudiera remediar los males de su patria rehusó el cetro que el voto de la nacion le entregaba. Ruegos, persuaciones; los obispos, los nobles, los militares, todos se empeñan en obligarle á aceptar la corona; pero Wamba firme en su propósito de permanecer en la obscuridad, se obstina con resistencia. Entonces un gefe de palacio saca la espada, se endereza al anciano y le dice: *El bien comun debe anteponerse al particular; ó aceptas el trono que te ofrecemos ó mueres al filo de mi espada.* Tuvo que resignarse Wamba, y empuñó el cetro de los godos.

Prudencia, valor, religiosidad, amable trato, todas las cualidades, que hacen un buen rey las tenia Wamba. Su reinado fué uno de los mas gloriosos para España. Cuando se sublevó la Septimania, el Rey envió á su gene-

ral Paulo; pero éste, luego que se vió al frente de las mejores tropas de España, se dirigió á Narbona y se proclamó rey. Pero Wamba que tanto habia resistido para empuñar el cetro, una vez coronado, desplegó toda su energía para sofocar las rebeliones. Sujetó á los vascos, entró en las Galias, conquistó las ciudades rebeldes, hasta hacer prisionero á Paulo en Nimes. Volvió á España conduciendo en triunfo á los rebeldes, no para castigarles con la pena de muerte que el consejo les habia impuesto, sino para mostrar su corazon benigno. Tambien acreditó su actividad y pericia en la persecucion de la armada árabe, destrozándola completamente y hundiéndola en el seno del mar.

Apesar de su gobierno paternal y glorioso tenia émulo s en su mismo palacio. Ervigio maquinaba el modo de despojarle de la púrpura, y prevalido de la confianza, le dió un brevaje narcótico, que le adormeció. Entónces le desnuda del traje de rey, le viste de religioso y le corta su blanca cabellera. Prohíben las leyes que fuera coronado el que habia recibido la tonsura, y cuando el rey volvió en sí, dejó el trono y se restituyó á la vida privada: era en 680.

5. *Ervigio.* Coronóse Ervigio pero receloso de que el pueblo proclamara otra vez á Wamba, se hizo reconocer rey por los grandes del reino en un concilio. Moderó los tributos, dictó leyes sabias, y el pueblo le cobró voluntad. Murió en Toledo en 687.

Egica. Sobrino de Wamba y casado con la hija de Ervigio, parece, que Egica hubiera sido el lazo para unir las parcialidades; pero manifestó un carácter demasiado vio-

lento, y por esto vió fraguarse en rededor suyo tramas y conspiraciones. Murió en 701.

Witiza. Hijo del anterior, el monarca más problemático de la dinastía goda, despues del juicio de Mayans y Siscar. Pero si leemos lo que de Witiza se escribió por sus contemporáneos, nos parece que el Sr. Mayans quiso hacer alarde de su vasta erudicion, y no se puede absolver al penúltimo rey godo de sus grandes defectos y conducta depravada.

El pueblo español tenia las más lisonjeras esperanzas en Witiza, cuando en los primeros años de su reinado manifestó los deseos de aliviar los impuestos á sus vasallos, cuando dió la más amplia amnistía, y repuso á los desterrados en sus anteriores destinos. Pero no tardó en dejarse arrastrar por una pasión lúbrica, que le conducia á los mayores excesos, y al lado de esta pasión se encontraron luego todas las demás. Desbocado y sin freno corria en pos de sensuales placeres, no habia dique que pudiera detenerle en la senda de sus torpezas, ni mujer alguna, soltera ó casada, noble ó de la plebe, que pudiera manifestar en público su hermosura, sin riesgo de que el Rey empañara su honestidad. No contento con tener un serrallo de jóvenes en palacio, asaltaba el hogar doméstico, con mengua de la púrpura y más de la religion que profesaba. Esto le atrajo enemigos, y los enemigos conspiraban, y las conspiraciones le pusieron receloso, y los celos cruel, inhumano, déspota, porque un vicio sigue á otro vicio y el que rompe las trabas de la ley de Dios, poco le importan los juicios de los hombres. Al ejemplo del Rey se desmoralizaron los vasallos, y el clero no estuvo

exento de emponzoñarse con la lepra que corroía el cuerpo social.

No se estrañe que el Papa conminase al Rey con censuras y hasta de la privacion del trono, porque el que entón-ces como ahora debe velar para que las costumbres se mantengan puras, no podia mirar con indiferencia, que esta porcion de su rebaño se corrompiera. D. Oppas, metropolitano de Sevilla, y segun algunos, hermano de Witiza, no era el más recatado en sus costumbres.

Pero no faltaban hombres que deploraban el mal estado de España, y buscaban medios para derrocar al monarca de su trono. Receloso Witiza de que el pueblo se sublevase y se fortaleciese en alguno de los castillos, mandó derribar todas las fortalezas á escepcion de Toledo, Leon y Astorga, y convertir las armas en instrumentos de labranza; lo que no pudo fué convertir los sentimientos del corazon de sus vasallos, que esperaron la ocasion oportuna para vengarse. Entónces tal vez se derrocarian esas fortalezas que rodean á Morella y asoman los cimientos á flor de tierra, y destruirian las obras romanas de nuestro castillo y los muros que cercaban la plaza. Pero no serian tan dóciles [los españoles de entónces, cuando al poco tiempo se levantaron, hicieron bajar á Witiza del trono, y sacándole los ojos, le enviaron á Córdoba, en donde acabó su vida miserable: así se ha escrito.

6. *D. Rodrigo.* El nombre de este rey se pronuncia con amargo llanto y va siempre envuelto con suspiros. Fué el último de los reyes godos, el que perdió á España y se sepultó con su religion y nacionalidad no léjos de Jerez, y trajo la desdicha á este suelo, que desde entónces

cargó la coyunda para arrastrarla cinco ó seis siglos: no es tan por demás el recordar los últimos dias de su reinado.

Bellas cualidades adornaban á Rodrigo antes de empuñar el cetro, pero luego que se vió coronado, mudóse su carácter y sus costumbres. Verdad es, que el pueblo estaba corrompido, que los hijos de Witiza atizaban el fuego de la discordia y no perdonaban medios para levantar el partido del rey destronado. El P. Mariana nos dibujó á grandes rasgos el estado en que se encontraba el reino. Los grandes habian elegido á D. Rodrigo, pero «hallábanse faltos de amigos, que les socorriesen, y tenian los cuerpos flacos y los ánimos afeminados á causa de la soltura de su vida y costumbre. Todo era convites, manjares delicados y vino, con que tenian estragadas las fuerzas y con las deshonestidades de todo punto perdidas, y á ejemplo de los principales, los más del pueblo hacian una vida torpe é infame.» Con esta vida muelle y regalona no estrañaremos de que, enervadas las fuerzas, estuviera el pueblo español á merced de cualquier nacion, que quisiera conquistarlo.

Parece que Dios tenia decretada su ruina, y por esto ciegos y locos los españoles solazábanse en el fango de sus vicios, y cierto es, que *Dios enloquece al que quiere perder*. No es menester asentir á lo del *palacio encantado*, y al arca en donde escrito se hallaba: *Por esta gente será en breve destruida España*, aludiendo á unas pinturas en traje de moro; bástanos saber, que D. Rodrigo pasaba su vida en la disolucion y que tenia enemigos poderosos, que atisbaban sus acciones para desacreditarle á los ojos

del pueblo. Pero no pasaremos en silencio, por más que algunos críticos lo duden, la violencia del Rey con la hija del conde D. Julian.

Se hallaba este conde, uno de los más ricos y poderosos de España, de gobernador de Ceuta, y su hija Florinda jóven y hermosa, estaba en palacio de dama de honor y por desgracia el Rey habia puesto sus ojos lascivos en ella. Promesas, ruegos, amenazas, todo se habia puesto en juego por D. Rodrigo; pero la jóven Florinda despreció las promesas, se hizo sorda á los ruegos y amenazas, y rehuia los encuentros del impúdico Rey. Acertó á verla un dia, cuando salia del baño, y como si un genio del mal hubiera soplado en el corazon de Rodrigo, se encendió el fuego de la concupiscencia, y asaltando los límites del decoro y del más sagrado deber, ajó el lirio de pureza de la jóven Florinda. Triste y desconsolada lloraba con llanto amargo su desventura sin poder desahogar su oprimido pecho, cuando dirige la vista á su padre, toma la pluma y le escribe la afrentosa mancha, que el Rey lascivo habia arrojado sobre la frente de su hija. D. Julian era padre, era poderoso y deudo del Rey destronado; y la soberbia, la venganza y el resentimiento le ciegan. ¡no se acordó que era español, no se acordó que era cristiano! Y buscó para instrumentos de su venganza fiera á los adoradores de Mahoma, poderosos entónces y aguerridos. A las lágrimas de Florinda seguirán lágrimas abundantes de todos los españoles. ¡Florinda! No se le llame *La Cava*, esto es, *mala mujer*; ni se diga, que por una mujer se perdió España. Dejad que una hija desconsolada desahogue su corazon manifestando la pena á su padre. Fueron

hombres los que perdieron la España. La impureza de Rodrigo, el coraje y saña del vengativo D. Julian, la traicion de los parciales y deudos de Witiza. . . . la justicia del cielo, que dejó caer la mano pesada sobre una nacion, que en mal hora se apartó de Dios, para marchar sin freno por la senda de brutales pasiones.

8. Los árabes eran un pueblo victorioso, que habia paseado sus banderas por el Africa á la voz de su profeta Mahoma. Desde Tánger miraba Muza, su gobernador, las costas de España y sus riquezas y tesoros alhagaban al africano. Algunos ensayos habian hecho los árabes sin fruto alguno, pero no habian renunciado á pasar el estrecho, que separa el Africa de España, para estender sus conquistas; esperaban ocasion oportuna y el resentimiento de D. Julian y los deseos de venganza de los partidarios de Witiza se la proporcionaron; tal vez esperaban reponerse en el trono de los godos derrocando á D. Rodrigo, porque no concebimos que la venganza y el resentimiento pudieran sofocar los sentimientos del amor á la patria y á la religion, entregando á España á la rapacidad de los enemigos de su Dios y de su patria. De cualquier modo, D. Julian se presentó á Muza y le ofreció la llave de su patria, y el ambicioso gobernador de Tánger no vaciló, consultólo antes con el walid de Damasco y aparejando una flota envió á Tarif para explorar el terreno. Bella era la pintura que de España hizo el caudillo africano para alhagar á los adoradores de Mahoma. *Es una tierra, dijeron, fértil y bella como la Siria, templada y dulce como el Yemen, parecida al Hegiaz en sus frutos, á Adena en la fertilidad.* ¡Bello cuadro para escitar la sed de gloria y de riquezas á los ardientes africanos.

Hizo Muza un llamamiento y pudo reunir un ejército respetable, que atravesando el estrecho, llegó á Algeciras, se atrincheró en Calpe (Gibraltar), y en los últimos días de Abril del año 711, vió la España goda asomar aquella nube, preñada de tantos desastres, que habia de descargar sobre su suelo horrible tempestad. En vano Teodomiro, gobernador de Andalucía, quiere con sus tropas cortar los pasos de aquel ejército amenazador, sus escuadrones, envueltos entre la nube de africanos, pudieron con harto trabajo escapar de los alfanjes del musulman; Teodomiro se retira y reclama con urgencia la decidida proteccion de D. Rodrigo.

Acababa de pacificar la Cantabria, reposaba el Rey en su palacio, cuando recibió la infausta noticia, y quiso hacer un esfuerzo para arrojar de su reino á los atrevidos africanos. Reclama la ayuda y cooperacion de la nobleza, del clero, del pueblo todo, y nobleza, clero y pueblo toman las armas y marchan al combate. Pero el pueblo español tenia enervadas sus fuerzas, era un ejército numeroso, pero indisciplinado, sin organizar. Si habia renacido en sus pechos el amor patrio, faltaba á los españoles aquel valor á toda prueba de los tiempos de Viriato, de Sertorio y de Wamba. Pero allá marchan, corren á engrosar las filas de los soldados del Rey, con ánimo de atacar en sus trincheras al ejército capitaneado por Tarik Ben-Zayad. No sabian aquellos grupos al atravesar la Andalucía, que luego repasarían el mismo camino, (si escapar podían de la matanza) con las lágrimas en los ojos y el corazón oprimido, corriendo en busca de un asilo

siquiera fuera entre las breñas y precipicios de las altas montañas. No sabían, que en sus filas militaba un Oppas traidor, los hijos de Witiza, que odiaban á Rodrigo; una multitud de judíos, que tascaban el freno y aguardaban la ocasion de escupirlo en la frente de los cristianos. No lo sabían; á saberlo, hubieran retrocedido en su marcha y se hubieran pertrechado en sus ciudades, y á la sombra de sus hogares y al lado de sus esposas y de sus hijos, hubieran muerto por su patria, por su religion y por su rey, porque aun conservaban sangre de los defensores de Sagunto y de Numancia. No lo sabían y por esto saboreaban el fruto de la victoria.

En los últimos dias de Julio de 711 se avistaron los dos ejércitos no léjos de Jerez de la Frontera, en los verdes prados que baña el Guadalete. Al frente de los cristianos iba con su carroza el Rey D. Rodrigo: mandaba las tropas africanas Tarik-Ben-Zeyad. Los dos ejércitos se miran de frente y uno y otro esperan la victoria, cristianos y mahometanos arden en deseos de entrar en la lucha; suena el clarin y se acometen de frente con valentía. Corre la sangre, se amontonan los cadáveres, la caballería de una y otra parte se atropella y el furor ciega á los combatientes. Las tinieblas de la noche pudieron suspender la sangrienta lid, para descansar de las fatigas del dia. Apenas el sol asomó sus rayos primeros, que reflejando en el mar alumbraron los cerros de Jerez, el ruido de los atambores, trompas y añafles avisó que habia llegado la hora de acometerse de nuevo. Otra vez se enfurecen, otra vez se mezclan en porfiada lucha, y la tierra se estremece, y los gritos y los ayes y el relincho de los caballos y las

trompetas y buccinos, todo el estruendo de una gran batalla resuena á lo léjos para perderse en el mar. Se acabó el dia, pero no el valor y el empeño de vencer.

Si los autores no estan acordes en los dias que duró esta lucha ensangrentada, todos lo estan en señalar la causa que dió la victoria á los árabes. En el dia último, cuando los mahometanos desmayaban, cuando desesperados de vencer discurrían el modo de escaparse, Tarik arregla sus tropas, procura sostener el abatido espíritu de sus soldados, y hace el último esfuerzo. Pero los españoles, cuando se preparaban para cantar el himno de triunfo, vieron al pérfido Oppas y á los hijos de Witiza, que con sus tropas y los mil y mil judíos que militaban bajo las banderas de Rodrigo, se pasaron al campo enemigo, volvieron las armas contra su patria, y Tarik arremetiendo con todas las fuerzas sobre los restos del ejército español, rompe las trincheras, dispara los escuadrones, y ensañándose en los burlados soldados del rey godo, levanta sobre el campo de batalla el pendon de Mahoma.....

¡España, llora tu desventura! La estrella de los godos, tan brillante en los dias de Recaredo y de Wamba, se ha eclipsado en un momento, y ha caido hecha pedazos, para sepultarse entre las arenas de la márgen del Guadalete. El dia 31 de Julio de 711 fué dia de luto, de lagrimas y llanto para España. Once siglos han pasado, y si como con la sangre nos trasmitieran nuestros padres la amargura y desaliento, al recordar la derrota de los españoles en los campos de Jerez, nuestro corazon se oprime, las lágrimas asoman á nuestros ojos, y del pecho sale espontáneamente un suspiro, suspiro que revela la pena

que nos causa el recuerdo de aquel día de desventura. Eramos jóvenes, cuando al atravesar la corriente del Guadalete, penetrábamos con la vista en su fondo, como si quisiéramos descubrir algunos restos de los que perecieron en el fatal combate: tan honda impresion habia hecho en nosotros la lectura de la batalla de Jerez, cuando en nuestros años primeros comenzábamos á hojear la historia de nuestra patria.

Al ver la batalla perdida, el Rey D. Rodrigo, ébrio de corage y saña, baja de su carroza, tomá su caballo Orelia con ánimo de vengar la traicion y la perfidia de Oppas y de los hijos de Witiza ¡pero era locura! Los que no habian sido traidores solo podian esperar caer en manos de sus enemigos, el Rey mismo hubiera sido víctima de su arrojto temerario. Quiso buscar su salvacion en la fuga; pero al cruzar el Guadalete, cae del caballo y en aquella corriente, enrojecida por la sangre de tantas víctimas, se sepulta el último Rey de los godos, con su cetro, su corona. . . . todo acabó allí (1).

Tan pronto como desapareció el Rey, el ejército godo español, desalentado y sin gefe, se declaró en dispersion. Numerosos grupos buscan los montes y lugares solitarios para escapar del alfanje del moro, y aprovechando las sendas y barrancos, se retiran á bandadas, llevando á sus casas la triste nueva de la derrota del ejército es-

(1) Hase escrito que en Viseo, de Portugal, se encontró una lápida en la que se hallaba grabado: AQUÍ REPOSA RODRIGO, ÚLTIMO REY DE LOS GODOS. Pero esta lápida, ó se ha dudado de su autenticidad, ó se ha mirado con poco aprecio, porque no se ha cambiado la opinion antigua.

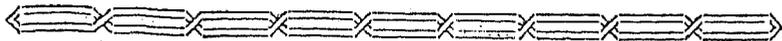
pañol. Pero ya nos ocuparemos más adelante de las fatales consecuencias de la batalla de Jerez. Cerraremos ahora la *época primera* de nuestra historia, para comenzar otra época de reparacion, y recordar los esfuerzos de los españoles, que trabajaron siete siglos, para reconquistar su independencia, perdida en una sola lid.

9 Ligeros como el corzo hemos atravesado este periodo de nuestra historia. Ahora corriendo, saltando despues, y no siempre sin tropiezos, hemos cruzado los nebulosos siglos de nuestra historia antigua, escasos de luz, y sin un interés particular para buscarla. Hemos hecho como el viajero, que atraviesa un país embrozado, un terreno cubierto de bosques y pinares, en el que fija apenas su vista, porque su pensamiento avanza á otro país más claro, que llama su atencion, que es el objeto de su viaje, y por esto pasa de corrida para llegar al lugar deseado.

Pero en nuestro viaje rápido por las regiones del tiempo habíamos de tomar un punto de partida, y aunque sabemos, que la *Historia de Morella* debiera comenzar en los dias de la restauracion española, un sentimiento interior, no sabemos si de curiosidad ó de presuncion, nos dijo: *atras*, y *atras* volvimos, y queríamos comenzar de los tiempos de la monarquía goda; y *atras* repitió la voz importuna, y retrocedimos hasta los dias de César, hasta los dias de los Escipiones, hasta los de Cartago, de los celtas, de los íberos, hasta los tobelios. Aqui queriamos hacernos sordos á la voz que nos empujaba, porque teniamos delante una inmensa laguna, un mar de agua, que cubria toda la tierra. Pero no nos dejó de empujar

la voz, que nos decía; *más atrás*, y vadeamos la laguna, y seguimos sin más luz que la que vino del cielo, cuando tropezamos con el Eden, en cuyas puertas nos paramos, porque otra voz de lo alto nos dijo: *aquí tuvo, origen la raza del hombre*. Si la voz hubiera sido de la tierra, no sabemos si nos hubiera infundido respeto, tan dóciles eramos á los empujes que nos hacian volver atrás. Pero á la voz de los cielos bajamos con respeto nuestra frente.

Como habíamos tomado de tan atrás el punto de partida, hemos seguido en nuestro viaje rápidos, más rápidos que los viajeros que cruzan naciones estensas dejándose arrastrar sobre las vías de hierro por la fuerza del vapor: ahora con más calma, seguiremos nuestra taréa.



ÉPOCA SEGUNDA.

(Comprende del año 720 á 1700.)

CAPITULO I.

RESUMEN.

PRELIMINAR. 1. Mahoma. Su nacimiento, sus doctrinas, sus progresos, su muerte. 2. Califas que le sucedieron. 3. Consecuencias de la batalla del Guadalete. 4. Primeros esfuerzos para recuperar la independencia. Covadonga, San Juan de la Peña. 5. Carlo Magno y su hijo. Emboscada en Valle de Ibaña. 6. Iñigo Arista y primeros reyes de Aragón. 7. El Cid. Correrías por estos montes. Célebre batalla de Morella. Conquista de Valencia. 8. D. Alfonso I. Conquista de Alcañiz. Entra en Morella. 9. Ramón Berenguer da á Alcañiz su carta puebla. Morella dentro su término municipal. Conquista de Tortosa. 10. Continuación de los reyes de Aragón. D. Pedro II. Nacimiento de D. Jaime I. Muerte de D. Pedro II en la batalla del Garona.



Entraremos en una nueva serie de hechos. Ya no son las armas de Cartago ó de Roma las que vienen á cargar sobre los españoles el ominoso yugo, no son aquellas hordas medio salvajes que entraron en Europa para humillar el poder de Roma y dar vida propia á sus provincias conquistadas; otros pueblos de clima más ardiente, otras tribus victoriosas en Africa, vienen á desplegar su bandera y á pa-

searla por esta tierra, tantas veces juguete de estraños dominadores. Arabes, egipcios, moros, amalgamados bajo el estandarte de Mahoma, animados con las promesas y guiados por la traicion y la perfidia, cruzan el estrecho de Calpe, pisan el terreno español, y vencedores en la primer batalla, se desparraman y se apoderan de sus ciudades apenas con oposicion de sus defensores. Religion, leyes, riquezas todo fué atropellado por el ejército invasor, que pretendió dar á España otra religion, otras leyes, otras costumbres y hasta traje diferente.

La religion católica, tan brillante en los dias de Recaredo y de Wamba, se eclipsó al llegar la nube desoladora; en los templos, en donde resonaban cánticos de alabanza al Dios de los cristianos, oyéronse los murmullos del fanatismo mahometano, que repetia sus oraciones prescritas en el Coran, libro, para ellos, bajado del cielo, y entregado á Mahoma para régimen de los que llamaba fieles; y los sacerdotes y las vírgenes del Señor y todos los cristianos que en algo estimaban su religion, errantes por los montes y selvas buscaban un lugar que les ocultase á la cruel pesquisa de los mahometanos, llevando consigo los objetos sagrados de más aprecio.

I. ¿Y quien era aquel impostor, que logró seducir á tantos pueblos? ¿Que doctrina predicaba? ¿De que medios se valió para conseguir su objeto? Hé aquí preguntas, á las que no podremos responder cumplidamente, sino salimos del estrecho círculo en que nos hemos colocado; pero algo diremos, siquiera para tener una idea del origen, de las creencias y costumbres de aquellos huéspedes funestos que se enseñorearon de nuestra España, é hicieron beber

á nuestros padres el amargo cáliz de la tribulacion y de la angustia, arrastrando las cadenas de la esclavitud más de cinco siglos.

Uno de los hombres, cuya triste celebridad ha llegado á nosotros, es Mahoma, profeta, legislador y guerrero, que avasalló con la espada y la palabra á una gran parte del Africa y dejó el cuidado de continuar sus conquistas á los califas que le sucedieron. Nació este hombre extraordinario en la Meca, ciudad de la Arabia Petrea, en 5 de Mayo de 571. Su padre Abdallach, de la familia de los Coriscitas, murió dos años despues, y su madre Amina solo sobrevivió á su esposo seis años, quedando el niño bajo la tutela de un tío paterno, que le dedicó desde entónces al comercio. Entró luego en casa de una viuda llamada Cádiga, como dependiente, y como el carácter de Mahoma era simpático y de bella figura, la viuda, que contaba ya cuarenta años, determinó casarse con Mahoma, que contaba veinte y cinco.

Rico Mahoma con los bienes de su esposa, allá á sus solas meditaba la manera de hacerse célebre. La religion de su patria era el politeismo; pero habia muchos judíos espulsados de la Judea, y cristianos lanzados de Roma por los errores de Nestorio, y los libros del Antiguo y Nuevo Testamento habian sido su ocupacion por algun tiempo. La primera verdad que abrazó fué el conocimiento de un Dios único, porque la pluralidad de dioses repugnaba á su razon. La existencia de los ángeles, la vida futura y otras verdades de nuestros libros santos le proporcionaron un vasto campo para zanjear los cimientos de

una religion nueva, de la que el mismo queria ser él fundador. Su imaginacion era viva, penetrante, su lenguaje poético, su corazon ardiente, como el de aquellos climas abrasados por el sol.

Pero á un hombre no se le cree con facilidad, era preciso dar á su doctrina un origen celestial, y preparóse para desempeñar el papel de hombre inspirado. Marchó á la soledad, entró en una gruta del monte Ará, permaneció allí algunos dias, y volvió á la Meca, refirió sus visiones fantásticas, finjió habérsele aparecido el ángel Gabriel, que le habia entregado un libro y desde entónces se le vió amontonar embustes sobre embustes. Su mujer fué la primera en creer, sus domésticos y esclavos no tardaron en dar crédito á las revelaciones del amo, y no fué ya un secreto. Divulgóse por la Meca, y las revelaciones de Mahoma fueron en un principio el objeto de las burlas y desprecios de sus compatriocios.

No desmayó el impostor; con misterioso acento y como si se viera obligado á hablar movido por una fuerza superior, se presenta publicamente como profeta del Señor: *No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta.* Poseia el arte de seducir. A su bella figura añadia un lenguaje poético para fascinar las turbas, una voz sonora, hasta la parte mímica le acompañaba para hacer pasar sus ridículas farsas por impulsos superiores y revelaciones misteriosas. Se aumentó el proselitismo, los encargados de la custodia del templo de la Meca se alarman, soliviantan al pueblo idolatra, y sin duda hubiera acabado en manos de las turbas, si un confidente no le avisara del peligro que corria.

Era el día 16 de Julio de 622, cuando Mahoma al primer rumor que presajaba la tempestad, reunió á sus discípulos y abandonando á la Meca, se dirigió á Yatisba enviando algunos exploradores, para saber como pudieran recibirle sus ciudadanos. Esta huida es la época notable que forma era en la cronología árabe. La *Hejira* (huida) de la Meca, es el principio de los años lunares del pueblo musulman. Asegurado Mahoma, marchó á la ciudad hospitalaria, entró entre las aclamaciones del pueblo, que le esperaba como si fuera el enviado de Dios, y desde entonces cambió su nombre de Yatisba por el de Medina, *ciudad del Profeta*. Las ovaciones de aquellos ilusos ensoberbecieron á Mahoma, alentaron su abatido corazón, y no fiando en la eficacia de su palabra, predicaba la necesidad de emprender la *guerra santa*, para conquistar con la espada y la lanza los reinos que el cielo le prometía. Les leía algun capítulo del *Coran, libro de lectura*, parto de su ardiente imaginacion, les hablaba de recompensas, de placeres groseros, y les pintaba con vivos colores el paraíso, lugar en donde disfrutarían delicias en premio del sacrificio de la gran empresa. Su lenguaje seductor era el más apropiado para encender las pasiones. Jardines deliciosos, bosques embalsamados con el perfume de flores olorosas, mesas de esquisitos manjares, lechos en donde huries encantadoras les esperaban, y otros cuadros torpes y sensuales, para herir las pasiones de un pueblo carnal y grosero.

En Medina, pues, levantó el estandarte, y con algunos centenares de prosélitos sale al campo, se le presenta ocasión y ataca una columna de mil hombres, y los derrota.

Esta primer victoria le atrajo muchos soldados y la fama publica, ya que el triunfo lo debía, segun decia él, al cielo. Alentado con aquel ensayo, arenga á la multitud entusiasta y se dirige á la Meca, para vengar las burlas y desprecios que habia recibido de sus compatriotas, y su ciudad natal, que le habia arrojado con ignominia, le abre las puertas, le recibe con vítores y aclamaciones, y le proclama *profeta de Dios*. Entónces consignó la necesidad de visitar aquella ciudad á todo musulman; él mismo dió el ejemplo y en su primer visita se le reunieron ochenta mil árabes.

Un corazon orgulloso, activo, ávido de gloria, al verse rodeado de aquella multitud que le aclamaba como Rey, como Lejislador, como Profeta debia esponjarse y obligarle á discurrir medios para estender sus dominios. A su disposicion tenia un ejército entusiasta hasta el fanatismo, y publicó la guerra á la Siria y á la Persia. Sus proyectos se hubieran realizado, si una jóven no hubiera cortado sus pasos, sirviéndole unas costillas envenenadas. Murió siendo de edad de sesenta y tres años.

2. Murió Mahoma, pero su doctrina cómoda y voluptuosa habia hecho numerosos prosélitos. Los más inconscientes de aquellos pueblos abrasados por los ardores del sol creian los embustes del impostor, que decia tener comunicacion con el ángel Gabriel, y al tomar las armas para conquistar los pueblos, á los que llamaba infieles, les habia prometido una felicidad de carnales delicias. Habia roto las trabas á sus pasiones, y ya no parecerá extraño que al rededor de la enseña de Mahoma se agruparan miles de soldados para marchar al combate. Al falso pro-

feta habia reemplazado su discípulo Abubehr, hombre atrevido, que poseia el don de la palabra, y este determinó llevar á cabo la empresa proyectada por Mahoma. Encargó el mando de la tropa á Yezid, capitán arrojado y que tenia un ascendiente en aquellos hijos del desierto, que bullian con el deseo de estender sus conquistas, y á la Siria y á la Persia marchan. ¡Quien oponerse podria á unas numerosas masas, que se lanzaban al combate con rudos ataques, despreciando la vida! Poco tiempo bastó para triunfar del oriente. Se dirigen al occidente, y en todas partes encuentran las puertas abiertas para recibirles. He aquí el origen del pueblo que habia de enseñorearse de España.

A principios del siglo VIII Al-Walid habia comisionado á Muza para reducir algunas tribus de la Mauritania, y logrado su objeto, quedó el califato de Damasco el reino más estenso, abarcando de la Persia hasta Tánger. Era cuando D. Julian cometió la torpe villanía de vender á su patria. El primer triunfo de los musulmanes fué la derrota del Guadalete. Ahora seguiremos, reanudando nuestra narracion.

3. Tarik, el vencedor de Jerez, habia dado cuenta á Muza del triunfo, pero receloso este de la gloria de su teniente, le mandó suspender las hostilidades, hasta enviar el refuerzo. Quería él mismo pasar á España y ganarse la gloria de conquistador. Pero Tarik, que no le pareció dormirse sobre los trofeos de la victoria, reunió sus capitanes, y oido su parecer, se decidió á continuar su marcha dividiendo el ejército en tres columnas. Tambien Muza reclutó gente en la antigua Mauritania, y con una formi-

dable columna desembarcó en Gibraltar y siguió para dar alcance á Tarik. Ved desmayados los españoles, confusos sin saber á donde podian ocultarse. El torrente desbordado arrastraba cuanto encontraba al paso. Las ciudades con más ó ménos resistencia, viéronse precisadas á abrir sus puertas al vencedor, la lucha era arriesgada cuando desde Witiza las fortalezas se habian demolido y las armas se habian convertido en aperos de labranza; por esto muchas capitularon con la condicion de que se les dejasen sus leyes y la fé de sus mayores. Jaen, Córdoba, Málaga, Toledo y otras cien ciudades, ya notables entónces, se vieron inundadas de la morisma; Murcia, Orihuela bajaron su cabeza al muslim. Valencia que envió sus hijos para detener los pasos del triunfante Abdelaziz, hijo de Muza, tuvo el disgusto de verlos humillados en Catarroja y se rindió á partido.

Pero el torrente desbordado no encontraba diques, que pudieran detenerle. Muza, Tarik y otros caudillos quieren con sus tropas llevar adelante la conquista, y siguen su marcha. Entraban en el antiguo país de los ilerlavones, cuando á su frente se ofrecen unas grandes montañas: era la cordillera del ramal del Idubeda, que tuerce á la izquierda para humillarse á las bocas del Ebro. Tal vez hubo quien dijera al caudillo de las tropas africanas: mirad que tras esos montes se oculta un pueblo célebre por su fuerte castillo; es el punto de apoyo para las tropas, que entran en esas sierras; y por esto, antes de atravesar el Ebro, y mientras una fuerte columna marchaba al país de los ilergetes, otra, destinada á las tierras de Zaragoza, trepa los montes, dobla el ramal del Idubeda, y entre

ásperas montañas, entre bosques y pinares, se ofrece á su vista un peñon, como solitaria pirámide que se levanta en el desierto. Eran aquellos soldados de la antigua Mauritania, del país del Riff y Marruecos, criados en las montañas del Atlas, y al ver la semejanza del terreno con el de su patria: esto es una pequeña Mauritania, dijeron. Sus bosques sombríos, las quiebras, y hondos barrancos, esos montes que se levantan hasta las nubes, todo nos recuerda nuestra patria. Y pequeña Mauritania quisieron llamar á la que llevaba el nombre de Bisgargis; *Mauzeza*, nosotros hemos aprendido de los ápracs á llamarla *Morella*, decíamos en el Prólogo (1)

Era en 714 cuando los moros pisaron este suelo. No sabemos si hallarian una gran resistencia, porque al acercarse el ruido de la cruel tempestad, que habia de descargar sin remedio, las familias, cargadas con todo lo más precioso huian á las montes, ó en grandes grupos corrian á refugiarse á los Pirineos. Entónces, acaso, nuestros piadosos padres ocultarian esas preciosas imágenes de María Santísima, que aparecieron despues, cuando las armas triunfantes de los españoles pudieron arrojar de este suelo á sus funestos opresores. Morella tiene la imagen de María de Vallivana, Castellfort á la de María de la Fuente; Villafranca á la del Lozar; Zorita á la de la Balma, y estos preciosos tesoros encontrados en los primeros dias de la restauracion hacen volar nuestro pensa-

(1) Algunos buscan la raiz en *muro* y de aqui *Muradilla*. Pero *Morella* en arábigo es un país alto, como dice Escolano, y nuestra *Crónica* dice *Morella cuasi parva Mauritania*.

miento á los dias de la pérdida de España y en estas imágenes hallamos sellada la fé de nuestros progenitores.

Pero somos de parecer, de que los morellanos se entregarian por capitulacion, y que se les permitió el culto cristiano, pagando un tributo, como en otras ciudades. En los dias de la conquista encontramos ya la Iglesia de San Nicolás dentro los muros, y en la soledad, la de Salvatoria y de San Pedro de Castellfort, y esto nos inclina á creer que los muzárabes, nombre con que eran conocidos los cristianos, que vivian entre los árabes, conservaron su religion, y que tributaban culto al Dios de verdad en sus pequeñas capillas. Pero dejemos, por ahora á Morella, llorando su desventura, y sigamos á los desalentados españoles, que buscaban la seguridad entre los fragosos montes de Asturias y de los Pirineos.

4 No pintaremos el cuadro de desolacion y ruinas de España en la entrada de los moros con horribles colores: no lo trazaremos con rios de sangre, iglesias calsinadas, destruidas ciudades y amontonando cadáveres; pero tampoco podemos presentar á los dominadores con tanta benignidad y dulces tratos, como pretenden algunos. Sabemos lo que era el fanatismo musulman, la avaricia de los moros, sus desenfrenadas costumbres, la sensualidad autorizada por el Profeta de la Meca; y sabemos, que Obispos y sacerdotes, nobles y plebeyos, mujeres y niños, cual manadas de asustadas ovejas, marcharon á los montes de Asturias; no serian tan benignos los que sembraban el terror y la consternacion por donde pasaban.

Allá, en aquellos montes, entre las breñas y matorrales se detienen los españoles, que huian del enemigo,

dirigen una mirada á la tierra que dejaron y la ven presa de hombres estraños, que tenian otra religion, que hablaban otro idioma, que en sus frentes llevaban el estigma del pueblo. ¿Es posible, se decian, que hayamos sido tan cobardes, abandonando nuestros templos, nuestras casas, nuestras mujeres é hijos á la rapacidad de los mahometanos, y al brutal apetito del moro? Ea! enarbolemos la enseña de independencia, agrupémonos al redor del estandarte español y escribamos *Religion é independencia: ó morir ó vencer. ¡Viva España!* Y esta voz, que resuena por aquellas vastas soledades, despierta á los españoles y corren á tomar las armas, y centenares de sacerdotes, pastores, guerreros, menestrales, todos unidos proclaman la libertad de la patria, todos juran morir ó vencer. Solo les faltaba un caudillo, que organizase aquellas masas informes, un capitan, que las llevase á la pelea, y la Providencia, que no habia abandonado á los españoles, les deparó un gefe valiente, un héroe, cuyo nombre pronunciamos con entusiasmo: tal fue Pelayo, hijo de Favila, hispano-godo de la real sangre, que despues de haber peleado con valor en los campos de Jerez, se retiró con las tropas, que salvar pudo del desastre, á las montañas de Asturias.

La nobleza de Pelayo, su hidalguía, su fama de valiente y esforzado soldado, y sobre todo su entusiasmo religioso llamaron la atencion de aquellas gentes sin disciplina, pero con ánimo resuelto de perder sus vidas antes que cejar en la empresa; y Pelayo levanta la bandera, organiza las tropas, y se prepara para defenderse de los

ataques del musulman en aquellos riscos, que en otro tiempo pararon el vuelo de las águilas romanas. El walí El-Horr se preparaba para asaltar los Pirineos, porque España parecía estrecha á su ambicion y al saber el movimiento de los astures, sonrióse de lástima al ver, que un puñado de aburridos españoles acometian la empresa de resistir el poder de los islamitas. Siguió su camino para conquistar la Septimania, y comisionó á su teniente General Alkamah, entregándole un numeroso ejército, para reducir á los españoles, que se habian atrevido á desafiar á los africanos. Alkamah se dirige á las montañas lanzando rayos de venganza; Pelayo, que se hallaba en Cangas de Onís, hace salir al pueblo, y con todas las fuerzas que pudo reunir, súbese al monte Auseba. ¡Arriesgada era la empresa, temerario el arrojo de los cristianos! Pero el caudillo español lleno de fé y entusiasmo, confiaba en la decision y bravura de sus soldados, en las oraciones de los sacerdotes, en la proteccion del cielo; y animado con esta esperanza, trepa por entre las asperezas del Auseba, envia las mujeres y niños á larga distancia, para que se ocultasen entre bosques y zarzales, y quedase con los hombres, cualesquiera que fuera su estado y condicion.

Hay en aquel monte un paraje de extraño aspecto. Entre algunos cerros se estiende un valle regado por el rio Deva, y á su frente se levanta una escarpada roca de ciento veinte y ocho pies de elevacion. La naturaleza ha dejado una gruta de difícil ascenso, conocida por Covadonga. Parecióle á Pelayo, que aquella cueva podria servir de rústica ciudadela, y la eligió como el centro de sus opera-

ciones. Colocó cuanta tropa pudo caber y tuvo la precaucion de formar un toско muro de pedruscos, que sirviera á la vez de resguardo y de armas ofensivas. Distribuyó oportunamente la demás tropa en los cerros y quiebras, y fiado en los ausilios del cielo, esperó el momento en que los moros se empeñasen en reducir el castillo providencial.

Llegó Alkamah á Cangas con aquel ejército aguerrido y triunfante, capaz de hacer temblar á las montañas. Acompañábale el traidor Oppas y algunos españoles, que le habian ayudado en la traicion, y como vieran el pueblo desierto, juzgaron, que la cobardía les habia hecho abandonar sus hogares; y como si la victoria más completa les esperara en el Auseba, siguen la marcha hasta llegar á las márgenes del Deva. Pelayo, que divisa la nube de mahometanos, arenga á sus tropas y en nombre de Dios les promete el triunfo: *Viva España, viva la religion*; concluye Pelayo, y el eco de su voz resuena por las montañas, y *morir ó vencer*, responden aquellos soldados, pertrechados en las rocas y colinas, que ardan en deseos de entrar en combate.

El ejército musulman acomete con arrojo la subida del monte, llega á los piés de Covadonga, y dirige un diluvio de flechas contra los españoles; estos, con un valor sobrehumano, se resisten, envian sus dardos, enormes piedras rodadas de lo alto aplastan compañías enteras, las mismas flechas de los mahometanos, como si rebotaran en las rocas, volvian á herir los pechos de los moros. Ya se amontonaban los cadáveres africanos, cuando apenas los cristianos tenian un herido: ya desmayaba el caudillo

moro, y los españoles, que se hallaban en las alturas, estrechan sus filas, hacen rodar de lo alto troncos de árboles, grandes rocas, piedras, que arrastraban en su rápido descenso á las masas islamitas. Hicieron los moros el último esfuerzo para penetrar en Covadonga, pero como si de la gruta salieran á millares las flechas y las piedras; como si rayos se dejaran caer sobre los orgullosos mahometanos, también á millares rodaban los cadáveres.

Hasta aquí hemos visto la acción del hombre animado por su fé y su ardiente patriotismo; veamos ahora un auxilio de lo alto. Desmayaba el moro, desconfiaba de la victoria; cuando el cielo se nubla, el rayo cruza los espacios, los truenos hacen retemblar aquellos montes, y un diluvio de agua ahoga á los mahometanos, que encajonados en el Deva son arrastrados por la corriente. Serénase el tiempo, y los españoles, arremetiendo á los moros con el corage del vencedor, acuchillan, destrozan, apenas dejan un moro con vida. El mismo Oppas fué atravesado por la espada, pagando con la vida su traición. Esta primera victoria, á la que siguieron otras y otras, se ganó en 718. Hemos querido entretenernos más de lo regular por que es la más célebre en nuestra historia española.

Aquel pueblo victorioso conoció, que si una criminal cobardía habia sido la causa de que España cayese en manos de los árabes, soplando en el corazón de los españoles el doble fuego de su fé y su patriotismo, pudieran arrojar de este suelo á los dominadores y recobrar su perdida libertad. Era menester que se nombrara un rey, que reemplazara á Rodrigo, y la elección no era dudosa. Pelayo era el objeto del amor y entusiasmo de los españoles, que

humillaron al musulman en Covadonga, y aquellos cántabros le levantan sobre el pavés, y el noble caudillo de Asturias fué el rey primero que figura en esa brillante cadena de reyes de Leon y de Castilla. Pero no pertenece á nosotros seguir los pasos de aquellos reyes, porque otra cadena, no ménos brillante, cuyo primer eslabon buscaremos en las faldas del Pirineo, es la que debe interesarnos; tal es la de los reyes de Aragon.

De una cueva salió la primer chispa de fuego que prendió en los pechos de los que emprendieron la regeneracion de su patria allá en Asturias; de otra cueva salieron los que acometieron la empresa de arrojar los moros del reino de Aragon. Poco tiempo despues de la victoria de Covadonga, otros españoles que habian buscado en los montes Pirineos un lugar para ocultarse á las miradas de los que eran enemigos de su Dios y de su patria, quisieron probar fortuna, pero fueron desgraciados, y tuvieron que resignarse por entónces á vivir entre breñas, bajo chozas de ramas, ó en las cuevas de aquellos elevados montes. Un caballero que perseguia á un ciervo entre la escabrosidad del monte Pano, llegó extraviado á una cueva, sorprendióse al encontrar allí un cadáver insepulto, y asaltóle el pensamiento de elegir aquel lugar para acabar sus dias como anacoreta. Era la cueva de Galion en la roca Uruel, y en compañía de un hermano suyo, quiso sepultarse en aquella gruta, y consagrarse á la vida contemplativa. No tardaron sus virtudes á ser conocidas de aquellos errantes montañeses, de modo que la cueva de Galion era visitada, ora para encontrar un consuelo entre tantas angustias, ora para pedir un consejo en sus dudas

y perplejidades. El punto de reunion de aquellas gentes que vivian entre los riscos era la cueva, y desde allí salian para armarse siquiera para la defensa, hasta que pudieron formar algunas compañías y atacar á los moros. Más de una vez hemos dicho, que las montañas se prestan á los ataques de guerrilla, y los rústicos montañeses de los Pirineos sabian valerse de esta táctica particular para sorprender á los mahometanos y retirarse un momento despues con el botin, que depositaban en sus grutas. Con el resultado favorable de los primeros ensayos creció la osadía, se entusiasmaron aquellos montañeses, se aumentó el número de los combatientes con los muzárabes salidos de los pueblos, y ya no vacilaban en atacar á las grandes columnas de los moros. Sus rudos ataques llenaban de terror á sus enemigos, porque se lanzaban bravos con inesperadas acometidas, y se retiraban á los montes á descansar entre los bosques ó vigilar sobre las montañas. Estos antiguos guerrilleros fueron aquellos fieros almogavares, que en la guerra contra el moro se hicieron tan terribles. La cueva era el núcleo en donde se tenian los reuniones, que por estar dedicada á San Juan, es conocida por *San Juan de la Peña*, uno de los monasterios más celebres en los anales eclesiásticos, y punto desde donde salió la restauracion pirinayca.

Ya se consideraban con fuerzas bastantes para atacar á los agarenos en sus trincheras, cuando un dia probaron fortuna y se apoderaron de Ainsa, primera poblacion en que ondeó el pendon cristiano. Abdelmalek, caudillo moro corre á sofocar el movimiento de conquista en su origen, los cristianos le esperan, y antes de divisar las tropas

enemigas, observan, que sobre un arbol habia fijada una cruz: es el simbolo de nuestra religion, ese color significa que con nuestra sangre debemos rubricar nuestra fé: *á ellos dicen, ó morir ó vencer:* y se lanzan sobre los enemigos como á fieros leones: la victoria fué completa, y la cruz roja, puesta sobre un verde arbol, fué la señal que estamparon en las banderas de los valientes que peleaban en las montañas de Jaca. Era esto en 720, año que comenzó el reino de *Sobrarbe ó sobre el arbol.*

Creyeron que habia llegado el dia de elegir un caudillo, ya fuera un rey del estado naciente, ya un conde, ó un gefe que les dirigiera en la pelea, y despues de haberse preparado con la oracion, despues de haber celebrado una misa solemne, como dice Blancas, los monjes de San Juan y principales personajes eligieron á D. García Gimenez, primero que se cuenta entre los reyes de Sobrarbe. Dictáronse ya algunas leyes para el régimen del nuevo reino, y hay quien dice, que de aquellos dias data la creacion del Justicia de Aragon, célebre magistrado, interpuesto entre el Rey y el pueblo, que en posteriores tiempos tanto influyó para conservar las relaciones entre el monarca y sus vasallos. García Iñigo, Fortuño, Sancho García, suenan ya como sucesores en el pequeño reino, hasta que se levantó Iñigo Arista, figura de más elevada talla, del que nos ocuparemos luego. Entre tanto daremos una rápida ojeada, para ver el grande ejército musulman, que penetró en la Galia gótica.

5 Los árabes, no satisfechos con avasallar al pueblo español, habian saltado los Pirineos y llevando la conquista á sangre y fuego, pudieron ocupar muchas ciu-

dades de la Septimania. No tardaron en despertar los habitantes de la Galia gótica y tomando las armas, pudieron escarmentar al osado musulman, no sin descalabros. La batalla de Poitiers, en donde murió Abderramen, alentó á los franceses, y las espadas de Carlos Martel y de Pepino reconquistaron gran parte del país perdido. Empuñó el cetro Carlos Magno, y si debemos lamentar algunas alianzas con los moros, mostrose despues lleno de fé y dirigió sus tropas contra los enemigos de su Dios.

Los historiadores franceses nos hablan de algunas expediciones, que hicieron al territorio español y las conquistas de plazas importantes. En 778 conquistaron á Pamplona, se dirigieron despues á Zaragoza, y tal vez hubieran tomado posesion de esta plaza á no mediar pactos y dones de consideracion. Poco despues envió Carlos Magno á su hijo Ludovico, que entró en Barcelona, recorrió triunfante las tierras de Vich y de Lérida y cargado con ricos despojos, tornóse á Francia, para concertar una expedicion y arrojar á los moros de la Marca Hispana (Cataluña).

Y de hecho, segun escribe Anonio Monje, á principios del siglo siguiente el príncipe Ludovico, con un grande ejército, mandado por los célebres capitanes Isembardo, Hademaro, Bera y Borrell entró en Cataluña, y despues de haber descansado algunos dias en Barcelona, continuó su marcha hasta Tarragona. Esta ciudad tan célebre en los tiempos de Roma, habia sido destruida en la entrada de los moros y apenas tenia unos débiles muros, por lo que, la guarnicion, temerosa de caer en manos de Ludovico, se fugó á las montañas, quedando algunos árabes

en poder del frances. Difícil era detener al ejército espedicionario, y con el interés de ocupar la plaza de Tortosa, célebre entónces, por ser la llave de ulteriores designios, siguieron el camino. Al llegar Ludovico á Santa Coloma de Queralt dividió sus tropas, quedándose con una mitad y enviando á sus generales con la otra. Su plan era, pasar el Ebro para sorprender á los moros de los pueblos de la márgen derecha, y que llamasen en su ayuda á los de Tortosa, y disminuida la guarnicion, pudiera con su ejército Ludovico asaltar la plaza.

Emprendieron la marcha Isembardo y sus compañeros. A los siete dias pudieron pasar el Cinca y el Ebro, recorrer los pueblos de la derecha, sacando botin rico y abundante, hasta que llegaron á *Villarubia*, pueblo el más principal de la comarca, y sorprendiendo á los moros de esta villa, cargaron con los ricos despojos. Pudieron escapar algunos mahometanos, que corrieron á Tortosa á implorar socorro de su walí, y éste, reuniendo un ejército, subió en busca de los franceses, llegó al *valle de Ibana*, profundo barranco, rodeado de altos montes y sembradas sus vertientes de precipicios, cubierto de bosques y matorrales, y pareció al moro, que aquel lugar era el más apropósito para una celada. Ocultó allí sus tropas, por ser el camino por donde habian de transitar los cristianos, con el objeto de sorprenderlos. No hicieron los moros la emboscada con tanto sigilo, que no se apercibieran los confidentes del ejército francés; avisaron á los generales cuando salian de Villarubia, y torciendo su marcha á la

izquierda, se marcharon por otro camino ménos embrozado y esperaron en el llano á sus enemigos.

Burlados los moros, les siguieron al alcance, pero Isembardo les ataca con furia y les obliga á retirarse á Tortosa con pérdida de muchos árabes. Entónces el ejército de Ludovico, cargado con inmenso botin, repasa el Ebro y se une al Príncipe, que satisfecho con el resultado de su expedicion, se restituye á Francia, á dar cuenta á su padre Carlos Magno de las operaciones del viaje. A esto se reduce la relacion de la expedicion de Ludovico á la Marca Hispana en 809, segun Anonio Monje.

Ahora bien; ¿cual es la correspondencia de *Villarubia* y la del barranco profundo llamado antiguamente *Val de Ibana*? Hemos consultado algunos autores y vemos cuan errados van, por no conocer el terreno. Siguiendo al ejército expedicionario encontramos tan marcados los puntos que no abrigamos el menor recelo de errar.

Atravesados el Cinca y el Ebro por Caspe talarían los franceses los campos en donde ahora se encuentran Alcañiz, Maella y bajo Aragon; llegarían á Peñaroya, lugar fuerte, con restos de fortalezas romanas, destruidas en 1309 cuando arrojaron á los templarios, y este lugar sería la *Villarubia* del tiempo de Carlos Magno. Los moros, que salieron de Tortosa, con una jornada pudieron llegar al profundo barranco de Vallivana, rodeado de montes altos y cubierto de bosques y malezas, como el *Val de Ibana* de la historia, y con algunas horas avisar los confidentes á los franceses que habian salido de *Villarubia* ó Peñaroya. El camino más despejado que tomaron los soldados de Carlos Magno sería por la Cenja, y en sus llanos es-

carmentarian á los moros. Esto es natural. Porque ¿quien imaginar puede que de Villaroya de los Pinares, á tres ó cuatro jornadas de Tortosa, marcharan los moros á pedir socorro á esta ciudad? ¿Como su guarnicion, segun los cálculos de Ludovico, podia dejar la plaza para socorrer á poblaciones tan distantes? Villaroya, situada sobre las crestas del Idúbeda, ni siquiera comunicacion tendria con Tortosa. Repetimos, que *Villarubia* corresponde á Peñaroya, y el *Valle de Ibana* es nuestro barranco de Vallivana, en cuyos bosques se ocultaron los moros. La distancia, la topografía y las circunstancias de la expedicion nos dan una seguridad.

Otras expediciones hicieron las tropas de Carlos á Cataluna, siempre con el deseo de apoderarse de la importante plaza de Tortosa. En el año siguiente vino Igoberto, descansó en Barcelona, y reuniendo consejo, se determinó fabricar embarcaciones de transporte, divididas en cuatro partes, para que se pudieran armar y pasar con ellas el Ebro. Salieron con el mayor silencio, siguieron tres dias de marcha sin entrar en poblacion, llegaron al Ebro sin apercibirse los moros, vadearon el rio; pero un moro que se bañaba en sus aguas, advirtió que bajaba escremento de caballo, y dió parte al Gobernador, que salió con sus tropas. Se atacaron con denuedo, pero los moros tuvieron que retirarse. Tampoco el ejército frances pudo ocupar la ciudad. En 811 volvió Ludovico con maquinas de batir, y sino conquistó la plaza, pudo llevarse las llaves, para presentarlas á su padre. Apuntamos los hechos, por no pertenecernos el teatro de estas acciones de guerra.

6 Hemos dejado en los riscos del Pirineo á unos cuan-

tos miles de españoles defendiéndose ahora, atacando después, pero sin desmayar jamás, apesar de su inferioridad numérica. A los primeros caudillos de aquel ejército, que no tenia otras fortalezas que las peñas y quiebras de la montaña, habia sucedido un valiente y esforzado adalid, que infundió recelos á los islamitas. Iñigo Arista habia sido alzado rey de Sobrarbe, y gracias á su valor y pericia militar, el pequeño reino se habia ensanchado, comprendiendo una gran parte de Navarra. Siguiéronle García, Fortuño, Jimeno, hasta que D. Sancho partió sus pequeños estados y su hijo D. Ramiro quedó rey de Aragon. Diminuto era entónces este reino, pues solo comprendia veinte y ocho leguas de largo por ocho de ancho, territorio bañado por el rio *Aragon*, del que tomó el nombre; pero esta pequeña monarquia habia de estenderse con el tiempo y ser el terror de las naciones por sus armas y la admiracion por sus leyes sábias.

Ramiro. Este rey valiente y atrevido quiso estender sus dominios; más no le perdonaremos los esfuerzos para apoderarse de Navarra, dejando sosegados entre tanto á los moros. Heredó los condados de Sobrarbe y Ribagorza y con este refuerzo pudo atacar algunas fortalezas. En su tiempo se celebraron los concilios de San Juan de la Peña y el de Jaca. Empeñado en desalojar á los moros de sus fortalezas, dicen, que murió asesinado por un moro, que disfrazado con traje cristiano pudo penetrar en su tienda.

García Ramirez. Empuñó el cetro García Ramirez, hijo del anterior, jóven de diez y ocho años, pero fiero en los combates y enemigo acérrimo de los moros. Su primer

conquista fué la de Barbastro, y de allí, dejando ya las montañas, entró en un terreno fértil y más despejado. La muerte desgraciada de su primo Sancho Garcés de Navarra le puso en posesion de aquel reino, aumentando la importancia de Aragon. Pero tuvo que disputar la posesion del nuevo señorío con el Rey de Castilla. Conquistó á Muñones, derrotó al emir de Huesca é hizo tributario al de Zaragoza. Pero vamos á suspender los hechos de este Rey, para recordar alguna de las hazañas del paladin cristiano, que ha ocupado por muchos siglos á romanceros y poetas: tal es Ruy Diaz, conocido por el Cid Campeador.

7. La muerte alevosa que Bellido Dolfos dió á D. Sancho, rey de Castilla, ante las murallas de Zamora puso el cetro en manos de su hermano Alfonso, mas éste debia jurar no haber tenido parte en la muerte del Rey, condicion dura y al parecer humillante para el elegido monarca. Hallábase en Burgos, y en el templo de Santa Gadea estaba todo prevenido para la ceremonia, pero nadie se atrevia á pedir el juramento á Alfonso. Un caballero se le acerca y le dice: ¿Jurais no haber tenido participacion en la muerte de vuestro hermano? Juro, respondió Alfonso. Aquel caballero era Rodrigo Diaz. No olvidó el Rey el atrevimiento del jóven castellano, aguardando ocasion para vengar su resentimiento, y no le faltó un pretesto para desterrarle de su reino. Era D. Rodrigo valiente, simpático, y sus tropas le siguieron, guerreando desde entónces por cuenta suya. No le faltaron amigos y aventureros que se unieran á sus huestes aumentándose sus fuerzas hasta entrar sin temor por el país habitado por

los moros. Penetró en la Celtiberia, atravesó el Idúbeda y eligió nuestras sierras para teatro de sus hazañas. El primer fuerte que pudo ganar fué el castillo de Alcocer; siguió sus correrías hasta dar cuidado al Rey moro de Valencia, que le envió á dos principales musulmanes con fuerzas para detener sus conquistas. Fortificó una antigua ciudad en medio de estos montes para que le sirviera de centro en las operaciones militares, tal vez la antigua Ateca, de la que hace mención Escolano, que destruidas sus obras despues, no ha quedado otra cosa, que un antiguo santuario dedicado á María Santísima, con el título de N.^a S.^a del Cid. No seguiremos al campeón cristiano en todas sus proezas: nuestros montes conservan el eco de la fama de Rodrigo Diaz ó el Cid. La muela del Cid, la peña del Cid, la cueva del Cid, todos estos recuerdos, que han pasado á nosotros, nos convencen, que en estos lugares estuvo acampado el valeroso capitán, ó cobijado bajo la bóveda tosca de una roca, ó dió alguna batalla de la que salió vencedor. El historiador de N.^a S.^a del Cid, obra que manuscrita se conserva en la Iglesia, consigna hechos, que nosotros respetamos, pero que los quisiéramos ver apoyados con datos más seguros, citando las fuentes de donde los sacó. Pero debemos fijar la atención en la gran batalla que se dió á las faldas de Morella, porque además de estar conformes los autores de más crédito, la hallamos en nuestra crónica.

El rey moro de Zaragoza habia dividido sus dominios, legando al morir á su hijo Al-Mutamin el reino de Zaragoza y á otro hijo Al-Mondhir las tierras de Lérida, Tortosa y Denia. Poco satisfechos los dos hermanos, to-

maron las armas para usurpar terrenos de su contrario y Al-Mutamin reclamó el auxilio del Cid, cuyos soldados tenían la fama de invencibles. Entra el paladin cristiano por tierras de Tortosa, atacó al rey de Denia que las defendía y pudo vencerle en combate. Aproximóse á Morella, taló sus campos, sitió la plaza y despues de alguna resistencia, asaltó sus débiles muros y tomó posesion en nombre del rey de Zaragoza. La alianza que habia hecho con Al-Mutamin contra su hermano Al-Mondhir, ó como les llaman nuestras crónicas Suleyman y Ben-Alfaje, proporcionó al Cid aumentar sus huestes con las compañías moras, y con un ejército respetable se hacia temer de los príncipes más poderosos, ya fueran moros ó cristianos. ¡Lástima que su *tizona* se embotara con la sangre cristiana, cuando debia esgrimirse contra los sarracenos solamente, enemigos de su Dios y de su patria!

Dueño el Cid de Morella, quiso estender los dominios del moro su aliado y reedificó el castillo de Alcalá, que pertenecia al de Denia. Ni éste ni el rey de Aragon Sancho Ramirez pudieron tolerar, que el caudillo cristiano quisiera fundar nuevos estados, tal vez recelarian ulteriores designios del Cid, y por esto hicieron alianza para cortar sus conquistas. D. Sancho de Aragon reunió sus fuerzas, pidió ausilio al Rey de Denia y con un grande ejército se vino á Morella, centro de las operaciones del Cid. Tampoco este campeón se durmió para reunir fuerzas. Reclamó las que pudiera enviarle el Rey moro de Zaragoza y preparábase en esta plaza para rechazar á Sancho y á Al-Mondhir.

Formidable era el aparato de los dos ejércitos, en uno

y otro bando militaban cristianos y moros; Sancho y Rodrigo Diaz, el Cid, esperaban la victoria, confiados en las fuerzas y recordando los laureles que habian recogido en muchos combates. El dia 13 de Agosto de 1088 apareció el rey de Aragon sobre la sierra al sud de Morella; sus tropas cubrian la cumbre del monte y marchaban á posesionarse de la vertiente del norte, cerca de una vega partida por el rio Bergantes. Salió el Cid de Morella por la parte éste, y escalonó sus tropas en el monte de frente. Los dos ejércitos bajan á la llanura, las saetas cruzan el riachuelo, saltan los atrevidos almogavares con sus lanzas, las tropas se mezclan, se confunden, y con furor se despedazan. Uno y otro bando se empeñó en lograr la victoria. Sancho y el Cid ven disminuirse sus huestes, y la sangre cristiana mezclada con la de los moros se rebalsa en la llanura ó corre á engrosar las aguas del Bergantes. Por fin las tropas de Sancho de Aragon triunfan, si bien las historias de Castilla dan la victoria al Cid, triunfa Sancho, porque vemos, que antes que calmara su furor, sube á Morella, pasa á cuchillo á sus habitantes, y reduce á pavesas la poblacion. Ocho siglos han pasado y nuestros ojos registran restos de aquella terrible hecatombe. Al levantarse el *Meson Nuevo* descubrióse un vasto cementerio, y quisieron darle el nombre de *Meson de las calaveras*, y hace poco tiempo, al zanjar los cimientos de la capilla dedicada á María de Vallivana, vimos una larga linea de sepulcros con losas toscas, segun costumbre de los árabes, y los esqueletos medio podridos, que nos decian, aquí acabó nuestra vida en sangrienta lid. El llano conserva el nombre de *El pla*

de la Batallera, á media legua de Morella en la carretera de Valencia. Sin duda que los dos caudillos cristianos reconocieron el error de militar encontrados, cuando tenían al enemigo comun enseñoreándose de una gran parte de España y por esto caminaron de acuerdo en lo sucesivo, ayudando Don Sancho al Campeador en sus conquistas.

La mayor empresa del Cid fué la conquista de Valencia. Se hallaba esta ciudad en poder de los árabes desde su entrada en España; tenían su rey los moros valencianos, cuyos estados no es fácil señalar, pero no serian muy estensos, porque se hallaban entre los de Denia y Tortosa. Despues de mil peripecias en que el paladin castellano luchó contra moros y contra Berenguer de Barcelona, quiso por fin probar fortuna, y acercándose á Valencia colocó sus trincheras cerca de esta ciudad. Defendiéronse los moros con valor, y como el Cid supo que estaba mal abastecida, se contentó con establecer riguroso bloqueo. La necesidad produjo en los sitiados la amargura, y el robo, el asesinato y todas las violencias y desórdenes obligaron al rey moro á pedir capitulacion. Se entregó Valencia, ocupándola el Cid en 1095 y portándose con demasiada crueldad con los mahometanos. Purificó la mezquita el obispo D. Gerónimo que acompañaba al Cid, ordenó los asuntos eclesiásticos y el Cid pudo conservar aquella importante ciudad hasta su muerte. Su esposa D.^a Jimena quiso defenderla despues contra los ataques de los almoravides; pero al fin tuvo que abandonarla,

saliendo con las tropas cristianas y llevándose el cadáver de su esposo.

D. Sancho Ramirez se hallaba en Aragon ocupado en conquistar las fortalezas, que estaban en poder de los moros. Puso sitio á Huesca, pero herido por una flecha murió en el campamento en 4 de Junio de 1094.

D. Pedro I. Era éste hijo primogénito del anterior y continuó el sitio de Huesca, con ánimo de no abandonarlo hasta reducir la ciudad. Con empeño trabajaba el joven rey, cuando el moro de Zaragoza envió el más poderoso ejército que se habia visto. Salióle al encuentro el cristiano y trabóse la batalla cerca de Alcoraz. Una y otra hueste peleaban con brio, cuando apareció entre los cristianos un caballero desconocido que les animó al combate, (dijose, que era San Jorge) y cargando las fuerzas españolas sobre las africanas las derrotaron completamente. Cuarenta mil moros murieron en la batalla. Esta victoria proporcionó á D. Pedro la conquista de Huesca, que se entregó á los ocho dias, en 25 de Noviembre de 1096. Murió el Rey en 28 de Setiembre de 1104.

8. *D. Alfonso I, el Batallador.* D. Pedro no dejó hijo varon, que le sucediera en el trono, y la corona pasó á las sienes de su hermano Alfonso, príncipe guerrero, afortunado en las batallas y que fué conocido por el Batallador. Su primer pensamiento fué la conquista de Zaragoza, que mengua era estar en poder de los moros esta ciudad, cuando los estados de Aragon se hallaban estensos; pero quiso antes desembarazarse de algunas fortalezas que pudieran prestar socorro al reyezuelo de la que habia de ser luego la capital de Aragon. Dirigió sus fuerzas á Exea, que

tuvo que rendirse, luego á Tauste, que tuvo la misma suerte; y haciendo una escursion por las montañas de Teruel, condujo sus huestes incansables por las sierras de Fortanete hasta llegar á la vista de Morella.

Estaba esta plaza ocupada otra vez por tropas mahometanas, que habian reparado un tanto sus muros destruidos por Sancho Ramirez, pero no podia presentar una defensa formal. Alfonso se presentó con su formidable ejército y se abrieron las puertas al Batallador, que se contentó con sacar algun botin, dejando otra vez la plaza en poder de moros como dice Zurita: era esto en 1114, tal vez le llamaba su sueño dorado de conquistar á Zaragoza, cuya importancia ornaria sus sienes, si lograba conquistarla.

Se hallaba Abucalen ó Abuhazalen, como escribe Blancas, de Rey de Zaragoza, y como vió que las tropas cristianas se replegaban al rededor de la ciudad, quiso salir al encuentro del Batallador, para cortar su marcha siempre triunfante; encontráronse los dos reyes junto á Valtierra y se atacaron de frente. Rudo y porfiado fué el combate; pero desmayando los moros recibieron una acometida del ejército cristiano y allí murió Abucalen, quedando Zaragoza huérfana de rey. Apesar de esto, quisieron los musulmanes defenderse, se pertrecharon ante sus muros. Alfonso avanza, toma los arrabales, abre brecha en sus murallas, las asalta, y Zaragoza fué ganada en 1115, segun Blancas; 1118 segun Zorita.

Quedaban algunas plazas en la frontera. En el Bajo Aragon se hallaba Alcañiz, importante por la riqueza de su vega, y el Rey sin descansar se presenta ante aque-

lla fortaleza. Levanta un fuerte sobre un collado que miraba á la poblacion y despliega sus fuerzas ante los árabes, que desde los muros divisaban el campamento. Sin fuerzas bastantes para resistir los ataques del Batallador, sin esperanza de socorro alguno, los moros desmayaron. Tomaron sus mejores joyas, cargaron con algunas riquezas y dieron fuego á la poblacion, para que las tropas cristianas no recogieran otro botín que las calientes cenizas. Sobre carbones encendidos pisaron los cristianos el suelo de la antigua Anitorgis, para dejar aquel monton de escombros, y levantar al rededor del fuerte construido de orden de Alfonso una poblacion, que andando el tiempo creceria admirablemente y produciria varones ilustres, ingenios sublimes. Recostada á la falda de la pequeña colina que le sirve de castillo, bañada por el Guadalupe, y rodeada de fértiles campiñas, parece Alcañiz una gallarda matrona sobre alfombras de variado matiz.

D. Alfonso continúa su plan de conquista; no contento con avasallar el territorio de Aragon, pasa los Pirineos, recorre la Gascuña, vuelve á España, entra en el reino de Valencia, sigue su marcha, atraviesa el Júcar, pasea sus banderas por las campiñas de Murcia, Orihuela, Almería y llega á vista de Granada. Retrocede y humilla á los árabes en Molina y en Cuenca; nadie se atrevia á cortar los pasos al Batallador. Quiso por fin apoderarse de Fraga, cuando el wali de Lérida le ataca con un ejército numeroso. Uno y otro bando pelearon con empeño encarnizado, pero al retirar las tropas cristianas, un moro acabó con la vida del Rey en 7 de Setiembre del año 1134.

Ramiro II, el Monje. D. Alfonso no tenia sucesor directo, y aunque dejó á los Templarios por herederos, los ricos hombres eligieron á su hermano D. Ramiro, abad de San Pons. Se le concedió dispensa para contraer matrimonio, y casó con D.^a Ines de Poitiers, de cuyo enlace nació D.^a Petronila. Cuando esta contaba dos años la desposó con D. Ramon Berenguer, Conde de Barcelona, encargándole la regencia del reino. Desde entónces quedaron unidos Aragon y Cataluña, formando un reino solo, conservando cada uno sus fueros y usages.

9. *D. Ramon Berenguer.* En 1137 tomó las riendas del gobierno D. Ramon Berenguer. Era el tiempo en que los árabes estaban divididos entre almoravides, almohades y agarenos, y el Rey de Castilla aprovechó aquellos momentos para conquistar á Almería. Invitó á Berenguer y á la escuadra genovesa, y con la ayuda de estas fuerzas pudo lograr su deseo. Durante el sitio D. Ramon Berenguer habia estrechado sus relaciones con las tropas de Génova, y luego se concertaron para la conquista de Tortosa. Eugenio III habia concedido las gracias de la cruzada á los que concurrieran á la reduccion de plaza tan importante, por lo que no faltaron caballeros, que ayudaran á Berenguer. En el dia 1 de Julio de 1148 el ejército cristiano se hallaba á la vista de la plaza de Tortosa; las aguas del Ebro se encontraban cubiertas por una armada capaz de desmayar á todo un reino. Por todas partes se hallaba la ciudad cercada; probaron fortuna asaltando el muro, pero los moros se resistieron con valor; dejando tendidos muchos cristianos. Se fabricaron máquinas de batir, se demolieron las torres, y los árabes se retiraron

á la Zuda. No desmayaron los cristianos. Los moros pidieron [cuarenta dias de tregua, pasados los cuales tuvieron que rendirse el dia último de Diciembre de 1148, despues deseis meses de un sitio horroroso.

Nueve años despues, en 1157, otorgó la carta-puebla á los habitantes de Alcañiz, designando una estension de terreno, mayor que muchas de nuestras provincias. Como este documento nos interesa á nosotros y puede esclarecer algunos puntos de nuestra historia, vamos á copiar los lindes hasta donde se estendia la jurisdiccion municipal de aquella, entónces villa, anotando al pié la correspondencia de algunos puntos que debemos conocer. *Dono vobis, dice, términos, videlicet de Alloza usque ad Esterquel, et de Esterquel ad Collado de las Turbanas, et de las Turbanas usque in serram Pitarch, et de Pitarch quomodo vadit illa serra inter illos puertos de Meritescat et Santella, et quomodo vadit illa serra in cap de rivo de les Truytas (1) et exit ad serram de Alcorba (2), et quomodo vadit ad molam de Aras (3), et sicut vadit ad illun portun de Prunellas (4), et vadit ad serram de Moxaca (5), et vadit ad albercan Avilsilona (6), et sicut ad Balibonam, et sicut vadit*

(1). El rio de las Truchas tiene su origen en la Iglesuela. El rey D. Jaime al marcar los límites del reino de Valencia decia—*Et in al riu de les truytes, que es prop de la Glesola*. Conserva el mismo nombre y sirve de línea divisoria entre los dos reinos.

(2). Sierra de Alcorba, hoy sierra de Corbó, cerca de Villafranca en el ramal del Idubeda.

(3). La muela de Ares en el mismo ramal.

(4). El puerto de Prunellas sirvió tambien de linde en nuestra Carta-puebla porque de el llano del Cirers, *per barrancum vadit ad portum de Prunellas*. El puerto de la Nevera, sobre el rio Prunelles, termino de Catí.

(5). Moissacre, en la cordillera.

(6). Sierra de Santa Agueda.

ad Bel, et de Bel usque ad Beniazan, et sicut vadit illa serra usque ad Trascras etc. Estos son los lindes del terreno señalado á Alcañiz por Ramon Berenguer y si es verdad que muchos puntos se hallaban ocupados por el moro, con tales donaciones alentaba á los pueblos para que por cuenta suya arrojaran á los africanos de su término. Vemos pues, que Morella y todos los pueblos de este partido judicial, que se hallan en la vertiente occidental del ramal del Idúbeda, de derecho pertenecian á Alcañiz, hasta que el Rey D. Jaime señaló límites al reino de Valencia. Ahora comprenderemos mejor, porque D. Blasco de Alagon y su mesnada de alcañizanos conquistaron la plaza de Morella, infundiendo celos al mismo Rey. D. Ramon Berenguer murió en 6 de Agosto de 1162.

10. *Alfonso II.* Heredó el reino de Aragon y principado de Cataluña D. Alfonso, hijo de Berenguer y Petronila, y no desmintió las esperanzas que tenian los ricos hombres de su precoz talento y cualidades militares. Conquistó á Teruel, y muchos fuertes de la ribera del Guadalaviar; hizo tributario al rey moro de Valencia; invadió la ribera del Jucar, y se hubiera apoderado de Játiva, á no llamarle la atencion los asuntos de Navarra. Murió este rey en 5 de Abril de 1196, dejando la corona á su hijo D. Pedro, bajo la tutela de su madre.

D. Pedro II. Para que la ceremonia de la coronacion de este rey fuese más solemne, quiso que el Papa le coronase. Se fué á Roma y recibió de mano de Inocencio III la corona y el cetro, entregándole tambien la espada de caballero. Se hizo tributario de la Santa Sede, concesion que desagradó á los ricos hombres y magnates de Ara-

gon y Cataluña, que *uniéndose*, protestaron contra la conducta de D. Pedro y esta protesta fué el origen del *Privilegio de la Union*, que en tiempos posteriores tan amargos dias dió á los reinos unidos.

Casó con D.^a María, condesa de Mompeller, y desde entónces se tituló tambien conde, así como sus sucesores. No estrechó esta union las voluntades de los príncipes jóvenes, porque D. Pedro, con poco recato, se aficionó á otras damas, mirando á su esposa con desden, y esto acongojaba á los grandes del reino, porque perdian la confianza de que este matrimonio pudiera darles un sucesor para el trono; por esto usaron de un ardid ingenioso, que surtió el efecto que deseaban. Se valieron de D. Guillem de Alcalá, uno de sus amigos y confidentes, y en una noche, cuando el Rey esperaba en su cámara á una de las cortesanas, introdugeron á la Reina D.^a María sin que el Rey se apercibiese. Por la mañana los ricos hombres entraron en la cámara del Rey ¡cual fué su sorpresa cuando reconoció, que á su lado tenia á su misma esposa! Sin embargo no se mostró resentido, aplaudió la estratagemata de los magnates: aquella noche fué concebido un varon que habia de ser con el tiempo al azote del musulman.

En el dia 1.^o de Febrero de 1207, vispera de la Purificacion, nueve meses despues de la célebre noche del engaño, nació un niño, derramando el consuelo y la alegría sobre los corazones de los vasallos de D. Pedro. La reina levantó los ojos al cielo y adoró los decretos de la Providencia; pero como habia diversidad de pareceres sobre el nombre que se le habia de poner en el bautismo,

dispuso D.^a María, que se encendiesen doce velas de igual peso y medida, dando á cada una el nombre de uno de los doce apóstoles, y que la que más durase, sería el nombre que se le daría. Se apagó la última la de San Jaime, y el niño fué bantizado con su nombre. Este niño, llamado despues D. Jaime I, el Conquistador, nos ocupará para llenar algunas páginas, pues es el Rey mas célebre y el que nos ha dejado gratos recuerdos.

Uno de los grandes acontecimientos del reinado de D. Pedro II fué la gran batalla de las Navas de Tolosa. Jamás ha visto la España mayor número de combatientes, nunca mayor entusiasmo, ni triunfo más completo alcanzaron las armas cristianas en los siglos de la restauracion. Los mahometanos publicaron su *guerra santa*, y los cristianos respondieron á la invitacion del rey de Castilla que pedia un esfuerzo para humillar el orgullo del muslim insolente, que pretendia el dominio de un suelo, que rechaza el error, la impiedad y la heregía. Inocencio III publicó una cruzada, y príncipes, condes, guerreros famosos, todos se aprestaron para marchar al combate: no podia D. Pedro de Aragon dejar sus huestes en calma, cuando de todas partes affuian á Toledo para marchar al encuentro del moro.

Pero por muchos que fueran los cristianos, el Miramamolin habia reunido en Ubeda tan numeroso ejercito, que temblaran los cristianos á no estar animados por la fé más ardiente. Llegaron los españoles á la garganta de Despeñaperros, cuando las huestes musulmanas habian

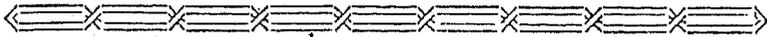
subido á la Sierra Morena, pertrechados sobre una gran muela en las Navas de Tolosa. Al rededor suyo, asegurada con postes de palo, giraba una cadena de hierro, fuerte muro, que podria librarles de una sorpresa ó de una súbita acometida. Sentado estaba el Miramamolín en medio de aquel dilatado campamento. Los cristianos, inferiores en número, suben el monte, enarbolando el estandarte de la cruz los prelados de la iglesia. Se acercan, cuando un diluvio de flechas cae sobre sus cabezas, ó se dirigen á sus pechos. Los navarros rompen el muro de hierro, destrozán las cadenas y abren brecha para que los soldados de la cruz penetraran hasta el centro. Horrible fué la matanza; pero desmayan los moros, el caudillo huye y el brazo de los cristianos se cansa de clavar sus aceros en el corazon de los musulmanes. *Doscientos mil* agarenos murieron en la batalla, veinte y cinco mil cristianos acabaron allí su vida gloriosamente el dia 16 de Julio de 1212. La España católica celebra esta victoria, con la fiesta del *Triunfo de la Santa Cruz*.

Apenas el rey D. Pedro habia descansado de la fatiga, cuando afecciones de familia, más bien que odio á sus contrarios, le comprometieron y se vió obligado á pasar los Pirineos y pisar un terreno, que pronto le habia de servir de sepultura. Años habia que los albigenses, reproducción del maniqueismo, turbaban la paz en el Langüedoc. El cuadro espantoso de los horrores y crueldades de aquellos fanáticos habia llamado la atención del Sumo Pontífice, que envió á uno de sus legados, pero léjos de intimidarles los rayos del Vaticano, vomitaron sus errores, propagando las doctrinas más detestables. La heregía

habia penetrado en los estados del rey de Aragon, y D. Pedro habia desterrado de sus dominios á los temibles novadores á últimos del siglo anterior. Pero, acrecentados en el tiempo que recorremos, tomaron las armas, se apoderaron de algunas fortalezas, y hallaron, sino proteccion, debilidad en el Conde de Tolosa. Simon de Monfort habia sido nombrado gefe de una cruzada que se habia levantado contra los herejes de Albi, y les perseguia con un celo que no les dejaba reposo. D. Pedro de Aragon era pariente del Conde de Tolosa, y éste pidió su ayuda. Reunió D. Pedro sus tropas, pasó á Francia y se acercó al castillo de Muret, sobre el rio Garona, cerca de Tolosa. Se le unieron las tropas del Conde y las masas de los sublevados, por lo que contaba con numerosas tropas. Tampoco se descuidó D. Simon de Monfort, caudillo de la cruzada. En el dia 13 de Setiembre de 1213 se vieron frente á frente los dos ejércitos; comienza la batalla, cuando los albigenses al ver los soldados de la cruz huyen cobardemente. D. Pedro entró en batalla con sus principales caballeros, pero demasiado bravo, fué envuelto por la caballeria de Monfort y muerto al comenzar el combate. La muerte del Rey de Aragon desalentó á los Condes de Tolosa y de Fox, sus parientes, y desampararon el campamento, y entónces los cruzados se arrojaron con mayor ímpetu contra los albigenses y tropas aliadas y consiguieron una victoria completa. A veinte mil hacen subir algunos autores el número de los que murieron en las márgenes del Garona, y ya puede ser, si se atiende á la desercion de los albigenses y de los soldados del Conde de Tolosa. Los cristianos reconocieron la mano de Dios, que humilló á

las turbas, que con sus impiedades y blasfemias escandalizaban el reino, y con sus hechos tenían en consternación á una mitad de Francia.

Murieron con el Rey muchos caballeros españoles; pero pudo escapar un valiente adalid, que no habia de tardar á ser la alegría de los morellanos, destrozando la media luna de Mahoma, y colocando la cruz sobre los minaretes del moro: tal fué D. Blasco de Alagon, *el Conquistador de Morella*.



CAPITULO II.

RESUMEN.

1. Estado en que se encontraba el reino de Aragon despues de la muerte de D. Pedro. 2— Sacan à D. Jaime del poder de Monfort. 3—Bandos en el reino. 4—Es jurado rey D. Jaime. 5—Se casa con Doña Leonor de Castilla. 6—Primeras hazañas del rey. 7—D. Jaime solicita la nulidad de su matrimonio. Amores con Doña Teresa Gil de Vidaure. 8—Sitia á Peñíscola. 9—Sepárase de Doña Leonor. 10—Arriesgada conducta de D. Blasco de Alagon. 11—Emigra á Valencia y contrae amistad con el rey moro Zeit-Abuceit. 12—Conquista de Mallorca. 13—Se levanta el destierro á D. Blasco. 14—Zaen se se apodera de Valencia. 15—D. Blasco á la vista de Morella. 16—CONQUISTA DE MORELLA. 17—Entra D. Jaime y toma posesion de esta plaza. 18—Juicio crítico sobre el dia y año que la ocuparon los cristianos.

1. **T**riste era el aspecto que presentaba el reino de Aragon despues de la muerte de D. Pedro II. Los gastos de la guerra obligaron al Rey á empeñar las rentas del estado; el heredero de la corona, el niño D. Jaime hallábase en poder del conde Simon de Monfort; D. Sancho y D. Fernando, sus tíos, que tenian las riendas del gobierno, manifestaban su ambicion mal disimulada, y los ricos hombres, caballeros y barones, con el orgullo altanero de los que podian disputar el poder al rey, desde sus castillos feudales, rodeados de sus vasallos, y con recursos propios, estaban divididos en bandos, y se armaban para salir al

combate, ora para defender su territorio, ora para ponerse al lado de D. Sancho ó de D. Fernando, ó bien para defender los derechos amenazados del tierno Príncipe. El resultado de esta anarquía era el robo, el asesinato y todos los excesos que acompañan á unos tiempos en que el trono se halla vacante. Turbulento se encontraba el reino, los hombres pensadores buscaban un medio para tranquilizar la inquietud y desasosiego, y llamar otros tiempos más tranquilos, que prometieran un claro porvenir, dias de bienandanza y de felicidad.

2. Dificil era mientras la corona de los Sanchos y Alfonsos no se asegurase en las sienes de un rey, y se disparatasen los planes de ambiciosos pretendientes. Algunos prelados y ricos hombres de Aragon y Cataluña pensaron en sacar al niño D. Jaime del poder de Monfort, pero como la empresa fuera árdua mientras el Papa no le obligase, se nombró una comision con el objeto de solicitar de S. S. la libertad del Príncipe, mandando al gefe de la cruzada lo entregase á los barones de Aragon. Fueron nombrados D. Ximeno Cornel, D. Guillem de Cervera, D. Pedro Aho-nés y el Maestre del Temple, y estos obtuvieron del Papa, que un legado les acompañara, y en su nombre Monfort entregara D. Jaime á los comisionados.

Tan pronto como el niño D. Jaime pisó el suelo español, recibió los mayores obsequios en los pueblos del tránsito. Un entusiasmo general dió á conocer á los solapados pretendientes, de que poco podian esperar de los pueblos, amantes del rey legítimo, y muchos barones y prohombres se acercaron al Príncipe para prestarle su ayuda. Se reunieron Córtes en Lérida, obligándose á defender la

persona de D. Jaime; solo D. Sancho y D. Fernando se escusaron, dando motivo á las sospechas y recelos del reino. Pero entretanto el jóven Principe llegase á mayor edad, se determinó ponerlo en el castillo de Monzon, bajo el cuidado de D. Guillem Monredon, Maestre de Temple.

3. No eran vanas las sospechas que se tenian de los tios de D. Jaime. D. Sancho habia sido nombrado procurador general del reino, y allá fantaseaba coronarse rey de Aragon si lograba atraerse las voluntades de algunos barones y hombres poderosos. Ingeniosa es la ambicion y sabe acomodarse á toda clase de personas y mostrarse desprendida, para ganar corazones y aumentar partido. Dividióse el reino en bandos; tropas armadas recorrían el terreno, mirándose con recelo, y atacándose sin piedad. Seguian unos á D. Sancho, tales como Ahonés, Atorella, Urrea y otros, mientras que Fernandez de Azagra, Ferriz de Lizana y D. Blasco de Alagon estaban por el infante D. Fernando. Entre tanto estos partidos se despedazaban, el jóven D. Jaime seguia en el castillo de Monzon, pero uno y otro partido trabajaban para apoderarse de él, y legitimar sus pretensiones. Para calmar la ansiedad de los pueblos, el Maestre del Temple dióle libertad y no faltaron señores que le tomaran bajo su proteccion. Enojado D. Sancho por la libertad del rey su sobrino, juró que no habia de coronarse, ni pisaria siquiera el reino de Aragon. El bando de D. Pedro Fernandez de Azagra, con D. Blasco de Alagon se acercaron al rey y en Setiembre de 1216, al rayar el alba, le sacaron del castillo y lo presentaron á los prelados y ricos hombres, que juraron defenderle, y no sacarlo de quien lo tuviera en su poder:

tenia entónces poco más de nueve años. No bien habia caminado algunas leguas, cuando le avisaron que su tío D. Sancho le esperaba para atacar sus fuerzas. El niño Monarca se hizo vestir una cota de malla, empuñó su espada, manifestando desde entónces que no le desmayaban los combates. Apesar de esto llegaron felizmente á Huesca, de allí á Tarragona y por último á Lérica.

4. En esta última ciudad reunió cortes de aragoneses y catalanes, á las que concurrieron entre otros, el Arzobispo de Tarragona, el obispo de Zaragoza y el de Tortosa D. Ponce de Torrella. Reconcilióse el Rey con su tío D. Sancho, mediante una gran suma, que recibió éste, y los castillos de Alfamen, Almodovar, Almunient, Pertusa y otros, reconociendo por Rey á D. Jaime, tanto él como los que militaban en su bando y demás barones y señores del reino: de este modo aseguró por entónces la paz, ganando las voluntades de los grandes y del pueblo.

Por este tiempo, en 1219, murió su madre D.^a María de Mompeller en Roma, y el jóven rey entró en posesion del condado de *Mompeller*.

5. Habia cumplido D. Jaime los catorce años y los Prelados y magnates del reino procuraron buscarle un enlace, que á la nobleza reuniera el poder de familia, en caso de necesitar su proteccion. Se arregló el matrimonio con D.^a Leonor de Castilla, hermana de la reina D.^a Berenguela, y el jóven rey con un brillante séquito se marchó á recibir á su esposa en los límites del reino. Entre los que le acompañaban, figuraba su mayordomo D. Blasco de Alagon, que fiel á su padre D. Pedro, no quiso negar la fidelidad á D. Jaime. Se celebraron las bodas,

con todo el aparato y grandeza que correspondia á tan nobles desposados, en la villa de Agreda, en 6 de Febrero de 1221, pasando despues á Tarazona, en donde se velaron, tomando el rey la espada de caballero, que se hallaba sobre el altar en la iglesia de Santa María.

6. La vida de D. Jaime fué desde entónces agitada, llena de contradicciones, siempre en pugna, no solo con los enemigos de su Dios y de su patria, los moros, sino contra los mismos que le rodeaban, contra aquellos ricos hombres llenos de orgullo, que abusaban de la candidez y poca esperiencia de un jóven, que si bien daba muestras de su energia y precóz talento, sus años no infundian respeto á los barones sagaces y atrevidos que le miraban con desden. Renacieron las ambiciones de sus tios, y otros ricos hombres que rodeaban al Rey, no para custodiarle y prestarle sus fuerzas, sino para medrar y estender sus dominios, ó para aumentar su partido en perjuicio de la corona. Fraguábanse conjuraciones, se confederaban en contra del jóven príncipe, sosteniéndose D. Jaime con harta penuria, gracias á algunos fieles vasallos y á los prelados que le auxiliaban con dinero; así con tanto sufrimiento adquirió el valor, la constancia que tan grande le hicieron en su edad más madura.

Hallábase D. Jaime en Alagon, cuando D. Pedro Ahonés y otros barones con falsas palabras se lo llevaron á Zaragoza. Encerrado en la Zuda y con centinelas de vista, estaba con su esposa D.^a Leonor, como un prisionero, y discurría el modo de escaparse de su encierro. En vano hizo algunas pruebas, el jóven Rey tuvo que resignarse

por entónces y acceder á las exigencias de los nobles y de su tío D. Fernando; á tal estado habia llegado D. Jaime, juguete de unos cuantos ambiciosos: fortuna que un movimiento popular en Cataluña obligó á los atrevidos y desleales á abrir el encierro, temerosos de la venganza del pueblo.

7. D.^a Leonor habia dado á luz un niño, al que pusieron en el bautismo Alfonso; pero sea, que el Rey se hallara disgustado de su esposa, ó que sus amores con D.^a Teresa Gil de Vidaure habian apagado el amor conyugal, ó bien que le acusara su conciencia de estar casado con una parienta, lo cierto fué, que pidió su separacion y entabló demanda de nulidad de matrimonio. Crecieron entónces sus relaciones con D.^a Teresa, de las que resultaron dos hijos y el escándalo entre los vasallos: veremos luego el ruidoso pleito llevado á Roma, y los funestos resultados de una palabra indiscreta del Obispo de Gerona.

8. Tiempo era ya de tomar las armas contra los moros; los disturbios del reino se lo habian impedido y no podia demorar por más tiempo la conquista de las plazas en donde ondeaba aun el pendon de Mahoma. Hallábase en Tortosa, cuando le pareció pasar á Horta de cuyo punto envió letras á todos los barones y ricos hombres del reino, para que acudieran á Teruel en un día señalado. Su plan era, comenzar la conquista del reino de Valencia por la plaza de Peñíscola, plan que apoyaron los Prelados de Tarragona y de Tortosa. D. Ponce de Torrella, obispo de esta última ciudad, deseaba que se sacaran del poder de los musulmanes las plazas enclavadas

dentro de los límites de su obispado, según era en tiempos de los godos; de aquel modo podría ensanchar su diócesis y reedificar las iglesias destruidas por los árabes. Acudió el Rey á Teruel para el día señalado, pero tuvo el disgusto de ver, que entre tantos caballeros solo se presentaron D. Blasco de Alagon, D. Artal de Luna y D. Otho de Foces. No retrocedió por esto y reuniendo pertrechos de guerra, salió de Teruel, se vino á Tortosa y con las fuerzas que pudo reunir entró en el reino de Valencia, taló sus campos y llamó la atención del Rey moro Zeyt-Abuceyt, que temió perder las mejores plazas del reino.

A principios de Agosto la plaza de Peñíscola se hallaba cercada por las tropas cristianas; algunos prelados hicieron un esfuerzo para el feliz éxito de la conquista de plaza tan importante y reuniendo fuerzas, ellos mismos quisieron acompañar al Rey. Redobláronse las trincheras, los sitiados comenzaron á temer, cuando Zeit-Abuceit se presentó á D. Jaime y pidió treguas. En mal hora le escuchó el Rey de Aragon, precisado por la defección de sus ricos hombres, porque su primera conquista hubiera sido la de la plaza más fuerte del reino; pero la escasez de víveres le precisó á firmar un tratado, por el que el rey de Valencia se obligaba á pagarle la quinta parte de las rentas reales, á más de una indemnización por los gastos del sitio.

El obispo de Tortosa D. Ponce de Torrella era el que más perdía por los gastos que tenía hechos para la empresa; pero D. Jaime para indemnizarle, le hizo merced de los castillos de Miravete, Zufarre y Fradell, señalán-

dole al mismo tiempo los lindes del obispado para cuando se ganase de los moros el reino de Valencia. Comprendian los pueblos, entónces más notables, con otros que eran sus aldeas, de Almenara, Nules, Onda, Bounegre (1), Alcalaten (2), Moran (3), Culla, Ares, Morella, Matarraña (4), Ribaroja, Flix, García, Marzá, Cabeses, Tivisa y Prasdip. La fecha en el mismo campamento de Peñíscola 3 de Setiembre de 1225. *Datum in obsidione Peniscole, tertio nonas Septembris anno dominice Incarnationis millesimo ducentessimo vigesimo quinto.* Entre las firmas se hallan las de los obispos de Zaragoza, Lérida y Barcelona.

El jóven monarca manifestaba cada dia su valor, del que tantas pruebas habia de dar con el tiempo. Resuelto atrevido, avido de gloria, educado en medio de los campamentos, era D. Jaime un capitan el más apropósito para unos tiempos en que la lucha á campo raso era continua. Soldado sufrido en las privaciones de la campaña, el primero para el ataque, y superior á las contradicciones de sus súbditos, esperaba el dia en que pudiera sofocar las rebeliones de los suyos, para atacar de lleno al enemigo. Sabia premiar los servicios á la corona; pero no era débil cuando debia castigar las defecciones y desacatos. He aquí

(1) Bounegre. Antigua poblacion á media legua de Argelita; con sérvase un castillo arruinado. Vease Escolano lib. 8.º col. 708, y Beuter lib. 2.º cap. 24.

(2) Alcalaten, capital de su señorío, que comprende Alcora, Lucena, Useras y otros; queda el castillo,

(3) Moran, Mora.

(4) Matarraña, en el rio que conserva este nombre y que pasa por Valderrobres.

un rasgo de su valor juvenil. Poco tiempo despues [del sitio de Peñíscola, hallándose el Rey en Calamocho, encontró á D. Pedro Ahonés con setenta caballos, y como era éste el principal de la liga contra el Rey, mandóle D. Jaime, que le esperase en Buruaguena, que debia hablarle en presencia de otros caballeros. Se hallaban con el Rey D. Blasco de Alagon, D. Artal de Luna, D. Otho de Foces y otros, y el monarca, resentido por no haberse presentado D. Pedro Ahonés al sitio de Peñíscola, obligándole á firmar treguas contra su voluntad, quiso reconvenirle; cuando el soberbio caballero se levanta y con malos modales empuñó su espada, como si quisiera intimidar al jóven Príncipe. D. Jaime no era cobarde, ni podia sufrir la audacia y atrevimiento del orgulloso aragonés, que se atrevia á retarle sin respeto. Se arrojó sobre Ahonés y luchando estuvieron largo rato cuerpo á cuerpo sin que los que le acompañaban le prestaran ayuda. Vióse por fin el caballero obligado á escapar, se hizo fuerte con la gente de su bando sobre un collado, y allí subió el Rey, para castigar su osadía, hasta que desamparado D. Pedro Ahonés de los suyos, quiso escapar, cuando fué atravesado por la lanza de Sancho Martinez de Luna.

9. El ruidoso pleito para declarar nulo el matrimonio del Rey con D.^a Leonor seguia en Roma. El Papa envió al Legado, Cardenal de Santa Sabina, para que, oido el parecer de los Prelados eclesiásticos y en vista del expediente, diera su parecer. Se reunieron en Tarragona, gran número de obispos y sabios, oyeron las razones del Rey y declararon nulo el matrimonio, si bien legitimaron el fruto de este enlace contraido de buena fé. Dióse la sentencia en los últimos dias de Abril de 1229.

10. Los historiadores del reino callan los motivos que D. Blasco de Alagon tuvo para emigrar á Valencia, dejando el servicio de D. Jaime; solo Beuter apunta un hecho, copiado de la *Crónica de Morella*, que se hallaba en el archivo municipal de esta villa. Tambien el Dr. Roselló da razon del mismo hecho, por lo que nosotros aprovecharemos lo que encontramos en sus escritos.

Declarado nulo el matrimonio del rey, D.^a Leonor trató de marcharse á Castilla, y D. Jaime que recordaba que habia sido su esposa y madre de su hijo D. Alfonso, procuró reunir las joyas mas preciosas, todo lo mejor que encontrar pudo para entregarselo á la ex-reina de Aragon. Llenó unos cofres de ricas galas y joyas de valor, y despidióse de su compañera. D. Blasco de Alagon, su antiguo Mayordomo, miraba con sentimiento que se llevase D.^a Leonor tantas riquezas, mientras que la corte del Rey no podia comer, y cuando no habia él podido indemnizarse de los grandes desembolsos que tenia hechos para mantener las tropas. Un pensamiento le vino, arriesgado, poco noble para un caballero como D. Blasco, que se preciaba de hidalgo y habia servido con fidelidad á su monarca, y este pensamiento le arrastró á cometer una felonía, que desdoró el lustre de su nobleza. Reunió su mesnada y con acuerdo de otros caballeros, dejó la compañía del rey, y marchando por veredas salió al encuentro de D.^a Leonor. El Dr. Roselló copia el largo razonamiento de D. Blasco al encontrar á la noble castellana; nosotros lo compendiamos, traducido del latin.

Al ver la que fué esposa de D. Jaime á los caballeros que cortaron su camino, turbóse y apenas pudo saludar-

les. «No os turbeis, Señora, le dijo D. Blasco, que se había adelantado, no os turbeis. Yo que he derramado tantas veces mi sangre, para conquistar castillos y defender los derechos del rey, que he gastado de mis bienes para sustentar las tropas, vengo á indemnizarme. Antes debe ser lo justo, que lo es una prueba de agradecimiento. Sola vinisteis de Castilla, ninguna dote entró en Aragon; sola pues debeis volveros. Las riquezas que llevais no son vuestras, son del reino, pues nada tiene el rey mi señor, cuando no paga á los soldados, ni reintegra á sus servidores de las cantidades prestadas. Me llevo estos cofres, y marchaos á Castilla en donde no os haran falta.» D. Blasco se apoderó del rico presente y D.^a Leonor se marchó aliviada de aquel peso.

Fácil es comprender el disgusto que D. Jaime recibiría al saber la vituperable accion de D. Blasco, y no estrañamos que encendido en cólera, prometiese vengar la afrenta á su real persona. Tal vez el paladin aragonés, con más calma, reconoceria su error, pero miró prudente eludir la ira del rey, y tomando sus tropas se marchó á las montañas de Segorbe, á pelear por cuenta suya. Recordó que el rey de Valencia Zeyt-Abuceyt le habia ofrecido su amistad, y parecióle recordarselo, ofreciéndose tambien para ponerse á su servicio. En buen hora llegó para el árabe la oferta de D. Blasco, porque desde que firmó las treguas de Peñíscola y se obligó á pagar el quinto de sus rentas á D. Jaime, los moros sus vasallos le miraban con desconfianza y el rey de Denia, Zaen, atizaba el fuego de la rebelion para apoderarse de los estados de Zeyt-Abuceyt. D. Blasco de Alagon con sus caballeros

y mesnada entraron al servicio del moro, más bien como aliados, que como á súbditos.

11. Reprobamos la conducta de D. Blasco de Alagon; no nos parece bien, que el caballero cristiano saliera á reclamar los débitos allá en la soledad y despojara de las joyas y alhajas á la que habia sido su reina, bajo el pretexto de que el Rey le adeudaba su sueldo y cantidades prestadas. Cuando la justicia le asistiera, las leyes de caballero y de hidalgo se lo prohibian, y á una mujer, á una señora, á una reina se le deben atenciones que no se le pueden negar. Pero nosotros vemos el dedo de Dios, una Providencia que permite los males para sacar despues bienes grandes. Sin aquella innoble accion del adalid cristiano no hubiera D. Blasco contraido una íntima amistad con el rey moro de Valencia, ni sus hijos le estuvieran agradecidos hasta abrirle las puertas de nuestro castillo. Dios parece que preparaba la conquista de la plaza de Morella, y por esto todo lo enderezaba á este fin; preparaba la obra que no habia de tardar á tener su cumplimiento.

Zeyt-Abuceyt ó Abdallah, como le llaman las crónicas árabes, necesitaba un hombre valiente y experimentado que le pusiese á cubierto de los tiros de un poderoso rival que ambicionaba su trono; tal era Zaen, regulo de Denia, que ponía en juego todo lo que la envidia ingeniosa sugiere al hombre para asaltar el poder. Desde que el rey valenciano firmó el tratado de treguas en el sitio de Peñíscola, los musulmanes le miraban con desconfianza. Verdad es que el trato con los cristianos le habia dado á conocer la escelencia de su doctrina, y fama era de que Zeyt-Abuceyt era cristiano en el corazon. Apesar de esto, no lo seria

tanto, cuando derramó sangre cristiana y envió dos mártires al cielo.

Era cuando la religion de San Francisco de Asis comenzaba á introducirse en España. Algunos religiosos habian llegado á Lérida y de esta ciudad pasaron á Teruel. Sabedores de que Valencia tenia un número considerable de cristianos, se dirigieron á esta ciudad F. Juan de Perusia y su compañero el lego Pedro de Saxoferrato. Los cristianos al abrigo de D. Blasco de Alagon y sus caballeros disfrutaban dias de calma, y en la iglesia muzárabe del Santo Sepulcro, ahora S. Bartolomé, se reunian para tributar á su Dios alabanzas divinas. Llegaron los religiosos y procuraron cumplir con su mision, predicando la palabra de Dios; pero sea que el pueblo se alarmase, ó que, como siente un historiador de nuestros dias, clamasen contra la tiranía y arbitrariedades de Zeyt-Abuceyt lo cierto es, que éste les mandó prender y quitarles la vida. Tranquilos aquellos hijos de San Francisco marchaban al suplicio, regocijábanse de la recompensa que les esperaba, cuando al llegar á la plaza en donde se les habia de cortar la cabeza, ven al rey moro que desde su palacio miraba el sacrificio, y despues de perdonarle, á ejemplo de Jesucristo: *Vamos á morir*, le dijeron, *vamos á morir por una religion, que no tardareis en abrazar vos*. Estas palabras, que pudieron irritar entónces al tirano, quedaron en su memoria y le perseguian dia y noche. Ya no fué cruel con los cristianos, su continuo roce con los caballeros de Aragon le afirmaba más y más en que la verdad estaba de parte del cristianismo, y que la doctri-

na de Mahoma no era otra cosa que una serie de embustes indignos de darles fé. Hasta llegó el rey moro á prometer que abrazaria el cristianismo, con tal que pudiera librarse de la furia de los suyos.

Zaen tenia partidarios dentro de la ciudad, y no perdonaba medios para desprestijiar á su rival. De vez en cuando hacia sus algaradas á la huerta de Valencia y pueblos del Júcar; pero la espada de D. Blasco dispartaba sus planes y cortaba las alas á su ambicion desmesurada. El paladin cristiano era su brazo fuerte, su amigo, su consejero, su capitán y cada dia crecia el valimiento de D. Blasco. Daremos cuenta de un acontecimiento que preparó la conquista de Morella.

Sabido es, que la ley de Mahoma permite la pluralidad de mujeres, y Zeyt-Abuceyt tenia en su palacio huries encantadoras en calidad de esposas. Dos hijos de este rey abusaron de las que su padre tenia como suyas, y como la ley condenaba á muerte al adúltero é incestuoso, al saberlo el rey, dictó sentencia de muerte contra sus propios hijos. En vano interpusieron el valimiento de los grandes del reino; Zeyt-Abuzeyt inexorable pedia la muerte en nombre de la ley, si bien como padre queria perdonarles. Presentóse D. Blasco y despues de haber interesado los sentimientos naturales: *Señor, le dijo, entre los cristianos tenemos dos clases de muerte, una natural y otra el destierro. ¿Queréis cumplir con la ley y no sufrir los tormentos de padre? Enviadles á un castillo, desterradles de palacio y tendran una muerte civil.* No pareció mal al rey la propuesta de D. Blasco, y discuriendo el lugar que pudiera servirles de sepulcro para la muerte civil, pareció

el más apropiado el castillo de Morella, por ser un lugar apartado de su corte y entre riscos y montes, cuasi separados de la comunicacion de los hombres. Los infantes moros se enviaron á Morella, y encerrados en nuestro castillo, no olvidaron el favor que habian recibido del caudillo cristiano. Dejaremos un momento á D. Blasco prestando sus servicios al rey moro, y seguiremos la corte del rey cristiano D. Jaime I.

12. Un pensamiento ocupaba á los grandes de Aragon y Cataluña, era la conquista de Mallorca. Por fortuna el reino estaba tranquilo; aquellos partidos que debilitaban el poder real, y mil veces lo disputaban, habian calmado en sus pretenciones y la energía del monarca imponia silencio á la ambicion desmedida de sus condes y barones. Un dia que se hallaba en Tarragona rodeado de la nobleza del reino, se presentó Pedro Martel, diestro marino, que hacia sus viajes á las Baleares, y tanto ponderó la riqueza y fecundidad de aquellas islas, que el joven principe se sintió con vehementes deseos de ganarla del poder del moro. Sus deseos manifestados produjeron el entusiasmo en todos los prelados y nobles y la conquista de Mallorca embargó todas las atenciones del reino. Se reunieron córtes en Barcelona, que no solo aprobaron el pensamiento, sino que desde entónces se hicieron aprestos militares, se reclutó gente y todos se disputaban el poder presentar mayor número de combatientes. Los Prelados eclesiásticos, con un desprendimiento que pasma, ofrecieron tropas y dinero y los caballeros reunieron sus mesnadas para marchar á la conquista y arrojar de la isla á los islamitas.

El día 6 de Abril de 1229 salió la armada de Salou, y si sufrió el oleaje de dos días de tormenta, pudo llegar al puerto de Polenza, sin haber perdido una sola nave.

Descansaban de la fatiga de la navegación las tropas cristianas, cuando llegó nadando un moro, y dió la noticia al rey, de que en Mallorca le esperaban cuarenta y dos mil soldados y cinco mil ginetes del moro. Esta noticia cambió el plan de combate y mudando el rumbo, llegó la armada á Santa Pola. Desembarcaron felizmente, pero no tardaron los moros en presentarse al combate. No daremos los detalles de las batallas, escaramuzas y encuentros entre los bandos beligerantes; allí se vieron prodigios de valor, empeño decidido, combates cuerpo á cuerpo; pero los moros, desesperados de poder vencer, se encerraron en la ciudad, se pertrecharon en las calles, y los cristianos, empleando todas las máquinas de batir abrieron brecha, se obligaron á no retroceder, penetraron en Palma, y acuchillaron á los mahometanos, hasta obligarles á dejar la ciudad y marchar á la montaña. Pero allí subieron en seguimiento suyo los bravos españoles y les acosaron por todas partes: el rey moro cayó en manos de D. Jaime, que tan generoso fué, que le perdonó. Así entró Mallorca en poder de los cristianos en 31 de Diciembre de 1229 (1). Los moros de la montaña no tar-

(1) Para la redacción de este capítulo hemos consultado las historias antiguas y modernas, y ¡cosa extraña! los modernos escritores son los que padecen mayores distracciones en la cronología. D. Modesto Lafuente, que hace salir la flota en 6 de Setiembre de 1229 (T. 5, pág. 402), dice luego que la isla quedó suya en 31 de Diciembre de 1228. También nuestro analista D. Vicente Boix comete un anacronismo al referir el martirio de los Santos religiosos de San Francisco, protegidos por D. Blasco, pues dice que fué en el principio del reinado de Abdallah, y en el de D. Pedro II de Aragón.

daron en ser prisioneros de guerra, y D. Jaime, ornado con la corona del triunfo, vino á la península batiendo palmas por la victoria más completa.

13. Vacilante el rey de Valencia en su trono, socavado por los conspiradores, habia hecho alianza secreta con D. Jaime, pocos dias antes de partir éste á las Baleares; pero no estuvo el secreto tan guardado, que no se trasluciera hasta llegar á noticia de los mahometanos y el de Denia, que buscaba pretextos para cohonestar su desmesurada ambicion, esparce la desconfianza y la alarma entre los súbditos de Zeyt-Abuceyt, y una sublevacion popular le arroja del trono, abriendo las puertas de la ciudad á Zaen. El rey destronado se vió obligado á marcharse á Segorbe y sierras de Eslida, en donde algunos castillos se habian conservado por él, y esperar la llegada de D. Jaime, con cuyas fuerzas contaba para subir de nuevo al trono. El atrevido Zaen, con un cuerpo de tropas, habia penetrado hasta la huerta de Tortosa y amenazado á Ulledecona, pero halló en este pueblo una resistencia tenaz, y tuvo que volverse á la capital del reino usurpado.

D. Jaime, que supo la audacia de Zaen, juró vengar la ofensa hecha á su aliado y la invasion del moro á sus estados, y no hubiera tardado en la empresa de la conquista de Valencia, á tener tropas y recursos. Pero muchos caballeros se habian quedado en Mallorca con sus mesnadas, y los gastos de la conquista tenian el tesoro real exhausto.

14. Esto decia un dia á sus amigos, á los caballeros que le rodeaban. Pues bien, señor, le interrumpieron aque-

llos compañeros de sus glorias y fatigas, ya que lamentais la falta de caudillos para dirigir las tropas en la campaña que estais pronto á acometer ¿porque no perdonais á D. Blasco de Alagon, cuya espada tan gloriosos triunfos ha proporcionado á vos y á vuestro padre? Proscrito del reino por una accion que reprobamos, ha podido reconocer su falta, y si antes fué el caballero más fiel, que no se separó de su rey, una vez perdonado, añadirá á la fidelidad el agradecimiento. Perdonadle y conoceréis lo que vale D. Blasco de Alagon.

No fué difícil obtener el perdon para el aragonés desterrado, y avisado por los amigos se preparó para prostrarse á los pies de su monarca ofendido. D. Jaime se marchó á Zaragoza, y de aquella ciudad se vino á pasar unos dias en Alcañiz, punto que otras veces habia elegido para descanso, y para tener sus pláticas amistosas con el Maestre del Hospital. A esta poblacion fué á encontrar al Rey D. Blasco, y tierno seria el encuentro, cuando desde aquel dia se reanudaron sus relaciones y mútuas confianzas, gozando el aragonés de las mayores distinciones.

15. Pasado algun tiempo, hallándose D. Jaime tambien en Alcañiz, recibió la fausta noticia de haber sus tropas conquistado la Isla de Ibiza. Esta noticia enardeció al monarca aragonés y parecíale que ya no podia descansar mientras tuviera moros en la frontera de su reino. El Maestre del Temple Folalquer, D. Blasco de Alagon y otros nobles barones que le rodeaban, le felicitaron por el nuevo laurel que ceñiria su frente; más el rey, piadoso y lleno de fé, que miraba que la fuerza y el valor

vienen de lo alto, quiso dar gracias al Dios de los ejércitos y en compañía de sus caballeros se fué al templo y dispuso se cantase el *Te-Deum*, en accion de gracias: fué esto, segun Beuter, en la Iglesia de N.^a S.^a de Nazaret.

Acabada la funcion subieron al castillo, para disfrutar unos momentos del vistoso panoráma que ofrece la campiña, regada por las mansas aguas del Guadalupe. Era un dia sereno; el sol dejando caer sus rayos sobre el cristal del rio, reflejaban en los árboles de su ribera ó hermo-seaban las flores de las praderas, mientras que un céfiro suave agitaba blandamente el blanco lirio y el rosal con sus flores de grana. Allá en lontananza, sobre altos cerros se divisaba la estension de los cielos con su hermoso azul, apenas cubierto con una ligera nubecilla, ¡Oh! Tras esos montes, dijo el Maestre del Hospital, se halla el reino de Valencia, el más hermoso, el más rico, el que está sembrado de fuertes castillos, y bañado por las aguas del mar. Señor, vos, que en los años primeros de vuestra vida habeis engastado tan preciosas perlas en la corona de los reyes de Aragon; que tan feliz habeis sido en los combates, que pareceis un instrumento de la Providencia, para barrer de este suelo español esa basura inmundada de los mahometanos; que habeis agregado á estos reinos las islas de Mallorca y Ibiza, mirad, ahí os espera un reino, el camino está abierto á vuestras conquistas, vuestros soldados, que sulcaron los mares, mejor pasarán esas montañas y bajarán á las hermosas campiñas del Eden de nuestra España.» Entónces volviendose á D. Blasco continuó Folalquer.» Pero mejor que yo os dará razon cum-

plida vuestro Mayordomo, práctico en ese terreno y que puede saber las riquezas que encierra.»

Escuchado habia el de Alagon las palabras del Maestro y como en su pecho sustentaba los mismos sentimientos, quiso tirar las últimas pinceladas en el cuadro halagüeño, que ante los ojos de un rey jóven y ávido de gloria, habia presentado el político Folaquer. » Cierto, Señor, dijo entónces D. Blasco, que ese país que teneis á las puertas de vuestro reino es la mejor tierra, la más bella del mundo (1). Yo que he estado más de dos años en Valencia puedo asegurar, que no se encuentra un lugar más delicioso que aquella ciudad y su reino: vegas fértiles, pintorescas riberas, floridos jardines, fuertes castillos, todo se encuentra alli, para embelesar con sus encantos al que tiene la dicha de poder habitar en ese dilatado jardin. Si mis consejos debeis tomar, emprended esa conquista; y no sea lo primero reducir fuertes castillos, sino comenzar por Borriana, que sentada en un llano, no lejos de vuestros dominios y cerca del mar, podreis recibir recursos y antes de un mes, será vuestra la poblacion, con la ayuda de Dios» Esto mismo he oido muchas veces, dijo entónces el Maestro del Hospital.

No era menester tanto para inclinar el ánimo de D. Jaime, que ardía en deseos de emprender la conquista. Quedaron conformes y para que surtiera el efecto que deseaban, el rey se encargó de invitar á los caballeros y ricos hombres, prevenir lo necesario para el ataque y de-

(1) *E es la mellor terra é la pus bella del mon*, dice en su crónica D. Jaime— Edic. de 1515.

fensa y las provisiones para las tropas. «Pero entre tanto, dijo á D. Blasco, bien podeis reunir pertrechos de guerra, no esteis ociosos; arrojad de sus guaridas á los moros, que se mantienen en este término de Alcañiz, y yo os hare Señor de los castillos que vos conquistareis.» No sabia D. Jaime, que dentro los términos generales de Alcañiz quedaba una plaza fuerte, un castillo inespugnable, á donde no alcanzaban los proyectiles del fenebol y manganell; que á saberlo no le pesara despues su imprudente promesa.

El rey se marchó á las montañas de Teruel, y D. Blasco no se durmió, hasta poder realizar un proyecto, que era su dorado sueño, la pasion que le dominaba; tal era la de conquistar á Morella, plaza enclavada dentro el territorio, que Berenguer habia señalado á Alcañiz en su carta puebla. Con la reserva posible invitó á todos los caballeros del territorio, para que se presentasen á Alcañiz, en donde se les comunicaria un asunto de interés. No faltaron al llamamiento y Maella, Castellote y todos los pueblos enviaron sus representantes. El plan de D. Blasco era apoderarse de Morella por sorpresa, cuando los moros, que guarnecian el castillo, hubieran bajado á la poblacion durante las horas del dia. El plan era arriesgado, la empresa grande, dificil el poderlo conseguir. Sin embargo todos unánimes asintieron al proyecto, y en el dia señalado cien caballeros y un número considerable de peones se pusieron á las órdenes del paladin de Alagon. Salió la espedicion, y entrando por las riberas del Bergantes llegó á Villores al rayar el alba. Era éste el

lugar en donde los moros apacentaban el ganado, y D. Blasco se contentó, por entónces, en tomar las reses necesarias para almorzar su hueste. Pasaron despues al Forcall (1) y sin detenerse llegaron á una casa de campo, propiedad de un cristiano, llamado Pedro el Morellano. (2) Siguiendo su marcha se presentaron á la vista de Morella, cuando algunos centinelas que habian quedado en el castillo dieron la voz de alerta.

Grande fué la confusion de los árabes, al ver á las faldas de Morella un ejército que pensaron fuera el del rey de Aragon. Débiles eran los muros, para poder resistir el ataque de un sitio, y procuraron subirse al castillo llevándose todo lo más precioso que tenian. Viejos, mujeres, niños, amontonados sobre el peñon, procuraban con gritos y algazara conjurar la tempestad que les amenazaba. Por otra parte D. Blasco, burlado en sus esperanzas de poder sorprender la guarnicion, dispuso, que sus tropas talaran los campos, para infundir terror á los moros, segun era costumbre en aquellos rústicos tiempos. Un moro, que entró en la plaza, calmó un tanto la agitacion de sus correligionarios, pues les dijo: que el caudillo de las tropas cristianas era D. Blasco de Alagon y que las tropas que mandaba eran la mesnada de alcañizanos. El gobernador mahometano reunió consejo, y se determinó, que para alejar á D. Blasco y evitar la tala de la ribera del Ber-

(1) Beuter dice, que en aquel tiempo Villores se llamaba *Alcabañil*, y el Forcall *Mas-Blanc*. Ténemos documentos de aquellos días, y no sabemos de donde sacó la noticia el cronista valenciano. En ellos vemos los mismos nombres que ahora.

(2) El nombre de Pedro corrobora nuestra opinion, de que en Morella había muchos muzárabes, ó cristianos que vivian entre moros.

gantes, seria bastante enviarle un presente. Nombróse la comision y fueron elegidos los infantes, hijos de Zeyt Abuceyt, que como hemos dicho se hallaban desterrados en este castillo. ¡Nadie como ellos, que conocian á D. Blasco, y motivos tenian para saber los nobles sentimientos de su corazon!

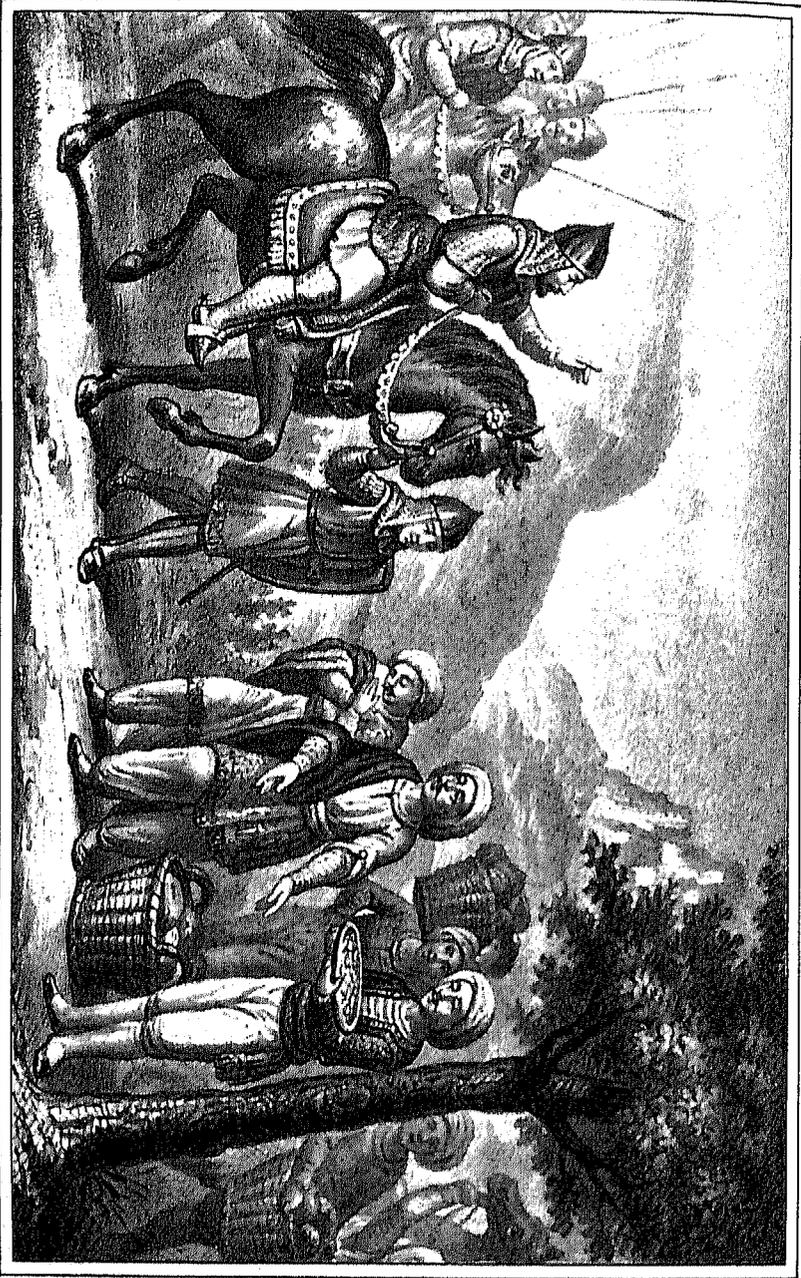
Salieron pues del castillo cargados de ricos presentes y viandas para los caballeros y soldados, y al acercarse á los cristianos, levantaron bandera de paz, contestando D. Blasco desde su campamento con otra señal pacífica. Los infantes, ricamente vestidos, cabalgaban dos corceles y se acompañaban de algunos criados moros, cargados con el rico presente, que el alcaide enviaba á los españoles. Montado D. Blasco sobre un caballo, sosteniendo las riendas un palafrenero, esperaba á los mensajeros mahometanos á la sombra de un bosquecillo. Llegaron los infantes, se apearon de sus caballos, y postrados de hinojos ante el noble caballero, que dos años antes pudo detener la cuchilla de la ley, para que no descargara el mortal golpe sobre sus cabezas, sintieron renacer en sus pechos la gratitud, y con desembarazo le dijeron: «Señor, el alcaide y su consejo, que han quedado en el castillo de Morella, nos envian para suplicaros, que no taleis estos campos, ya que tantos daños sufren sus intereses sin aprovecharos á vos. Nos han dicho, que os manifestáramos el afecto que os tienen y esto debe inclinaros á acceder á su demanda que es, dejarles en paz y volveros á Aragon. No desconocen los gastos que habeis tenido en este viaje, y por esto nos encargan os entreguemos esa cantidad de dinero; y para que vuestros caballeros puedan comer, os

traemos tambien esas viandas; si más necesitais os enviaran más.»

Reconoció D. Blasco á los infantes moros, y descabalgando, se arrojó á sus brazos con las demostraciones de su antigua amistad. Mandó que sus caballeros se apeasen y disfrutasen del rico presente, que desde Morella les enviaban. Un moro le presentó el azafate con el oro, ó como dice la crónica, con muchas *doblas*, y otros con canastos el comestible abundante para la tropa. Todos juntos y reinando la más cordial armonía, *comieron y holgaron*, refiriéndose mutuamente las aventuras que habian sucedido desde el dia de su separacion.

¿Que pasaria en la imaginacion de los infantes durante la comida, que sentimientos renacerian en sus pechos, cuando se levantaron y separados de los demás, manifestaron sus acordes deseos? Recordad, dijo el mayor de los hermanos, recordad que sin la intervencion de D. Blasco dos años que estaríamos en el sepulcro. Este noble caballero fué nuestro protector y padre; á él debemos la vida y justo será manifestarle nuestro agradecimiento. Podemos hacerlo. Nosotros disponemos del castillo, en nuestras manos estan las llaves, abramos pues sus puertas y dando entrada á los cristianos acabará nuestro destierro». Pareció muy bien al infante menor la propuesta de su hermano. Llamaron aparte á D. Blasco, le comunicaron su proyecto y acordes en el modo de llevarlo á cabo, esperaron la hora convenida. Segun el plan, D. Blasco habia de volverse, y que en el dia designado entrase con sigilo en el barranco de la Pinella, cubierto de altos pinos, que ellos desde el castillo harian con una luz una señal,





R. Segura. Dib.

LOS INFANTES MOROS ANTE D. BLASCO.

Lit. de SANCHIS Valencia.

manifestando que los moros se habian acostado. A la segunda llamada podia D. Blasco y cinco caballeros armados acercarse á la puerta Ferriza, y cuando vieran la tercera la puerta del castillo estaria abierta. Convenidos así, se separaron disimulando sus intentos y guardando el mayor secreto.

16. D. Blasco se fué á Alcañiz é impaciente aguardaba el dia de la cita, haciendo entretanto sus preparativos y reuniendo tropas, porque fuerza se necesitaba para empresa tan árdua, y cuyo resultado no era fácil prever, por las contingencias inesperadas que podrian surgir. Se acercaba el dia designado, y tomando su mesnada, se vino á una legua de Morella. Llegó la noche y emboscándose en la Pinella los soldados, dejó el caballo y con cinco caballeros esperaba la señal, su vista fija en el castillo. Luego vió levantarse una luz pálida sobre las almenas, y el caudillo y sus compañeros avanzan hasta un montecillo cerca de la plaza; otra vez fulgurea el fuego de una llama y se adelantan hacia la puerta Ferriza. Cuando se vió la luz por vez tercera, silenciosamente se abrieron las puertas y se encontraron con los infantes. «Silencio y seguidnos» dijeron los moros, y D. Blasco, espada en mano, siguió á los conductores, que llegaron á la puerta en donde el alcaide y su familia dormian. Si hemos de seguir las antiguas crónicas, los españoles usaron de demasiada crueldad. Dicen, que abrieron las puertas, se precipitaron sobre los indefensos moros, los acuchillaron y colgados sus cadáveres en las almenas, ó arrojados de lo alto del castillo, dieron el grito de *viva Aragon*: pocos momentos despues la mesnada de alcañizanos, hacia tre-

molar su bandera sobre la Celouia de nuestro castillo.

No nos detendremos para pintar el cuadro que Morella presentaria en aquella mañana. Confusos los moros de la villa se ocultarian con sus riquezas; alegres, entonando himnos al Dios de los ejércitos, pasearian las calles los cristianos, no al son triste de sus cadenas, sino respirando el aire de libertad, y corriendo á su templo modesto á bañar sus losas con lágrimas de agradecimiento, de ternura y amor.

17. Morella es ya cristiana. Sobre su castillo ondea una bandera en donde se ven los enblemas de *religion* y *rey*, y la media luna, que coronaba el minarete de la mezquita mahometana, se ha caido á pedazos para colocar en su lugar una cruz. Más de cinco siglos habian trascurrido desde que Muza y Tarik cargaron sobre el cuello de los morellanos el yugo de la opresion; más de cinco siglos que una mordaza no dejaba desplegar sus labios, para cantar públicamente al Dios de los cristianos. ¡Constancia necesitaban para mantener la fé y legarla á sus hijos como la joya más preciada! Veinte generaciones se habian sepultado, sin haber visto los dias de misericordia; veinte generaciones, que vivieron entre gemidos y llanto, bajaron al sepulcro despues de haber arrastrado una vida de penuria. Pero los dias de lloro pasaron, llegaron los dias de consolacion; rompiéronse las cadenas y libres los morellanos entonaron himnos al Dios de las misericordias; Morella es ya cristiana y los pueblos que la rodean no tardaran en arrojar de su suelo á los islamitas.

Cuasi al mismo tiempo, que D. Blasco ocupó el castillo de Morella, los peones de Teruel tomaron el de Ares.

Un valiente almogabar, ó capitán de guerrilleros, había reunido setecientos mozos entre los de Teruel y sus aldeas. Con aquella partida hacia guerra á los moros y no les dejaba descansar un momento. Hoy sorprendía un destacamento; mañana entraba en una población y obligaba á los mahometanos á pagar su descuido con el oro; otro día acuchillaba compañías enteras; los moros le temían. Quiso hacer una correría por la sierra de Espadan, y tuvo tanta suerte que conquistó á Chelva y Manzanera. Estos triunfos animaron á los valientes almogavares y siguiendo la cordillera, concibieron el proyecto de apoderarse del castillo de Ares. Ardua era la empresa; pero la táctica del guerrillero español es fecunda en invenciones y ardidés, y cuando no puede triunfar á viva fuerza, el arrojó, la bravura y el ardid le proporcionan victorias. Es el castillo de Ares un peñón aislado, de rocas de antiguo aluvion; en aquel tiempo en que no se conocía la pólvora, era inconquistable, porque solo le domina una gran muela, y desde allí no podían obrar las máquinas de batir. Su puerta que mira al S., abierta en la roca á golpe de la piqueta, tiene á sus pies un precipicio, y á la falda OE. se recostaba la población. Pareció á los almogavares, que solo podría ganarse por sorpresa, y para esto eligieron una noche oscura, y subiendo silenciosamente á la muela, espararon el día con el objeto de dejar salir los moros al trabajo de sus campos y arrojarse, sorprendiendo á la pequeña guarnición que quedaba en el castillo.

Eran las diez de la mañana, cuando los árabes, que ni sospechar podían, que tan cerca tenían la celada, estaban en el campo ocupados en las faenas; y los cris-

tianos que tenían su plan combinado, se dejaron caer sobre los desprevenidos moros. Unos suben al castillo y sorprenden su guardia, otros entran en las casas y maniatan á los principales mahometanos, y en pocos minutos se apoderan del castillo. La gritería de los almogavares llama la atención de los moros de la campiña, que en vano acuden al peligro; los cristianos habían tomado oportunamente los puntos, y á su placer degüellan á los aturridos árabes que llegan á la población á buscar su muerte.

El primer cuidado de los peones de Teruel fué avisar al Monarca, á quien habían dejado en las montañas de Albarracin, ocupado en una cacería de puercos salvajes. Hallábase D. Jaime en Exca, con D. Pedro Fernandez de Azagra, señor de Albarracin, y D. Acorella uno de los caballeros, que gozaba de su privanza, y cuando acababan de comer, llegó un peon y le dijo: «Señor vuestros soldados han entrado en Ares, y en su castillo ondea la bandera de Aragon.» Quedó el Rey corrido, sin poder hablar, porque no sabia la importancia de este castillo; pero D. Acorella, que habia estado en el terreno, le dijo: Albricias, Señor, albricias por tan importante victoria. Mirad que Ares es un fuerte castillo en la entrada del reino de Valencia, y podreis conservarlo, por más esfuerzos que hagan los moros para recuperarlo. Lo que ahora importa es, marchar allá inmediatamente y dar auxilio á los peones de Teruel, que esperarán con ansia vuestra llegada.» No se durmió D. Jaime: aquella misma tarde escribió á Teruel, en donde se hallaban D. Fernando Diaz, D. Rodrigo Ortiz y otros caballeros, previniéndoles, que inmediatamente salieran con sus tropas para Alhambra, en

donde le encontrarían aquella noche; añadiendo, que fuesen provistos de comestible para una marcha rápida. Al anoecer se hallaban todos reunidos en el punto convenido. Comieron, dieron cebada á los caballos y descansaron un rato. A media noche emprendieron la marcha, y cuando el alba rayaba, se encontraron en el puerto de Monteagudo. Pasaron por el Povo, durmiendo aquella noche en Villaroja (1).

Al amanecer del siguiente día salieron de este pueblo y cuando llegaron á la sierra vieron, que un balletero de á caballo troteaba hacia ellos, y el Rey paróse para saber el objeto de viaje tan rápido. Llegó el postillon y apeándose del caballo, besó la mano del Rey, y saludándole cortesmente: Señor, le dijo, D. Blasco de Alagon os saluda y me envia para deciros que Morella está en su poder. Turbado quedó D. Jaime, porque recordó la promesa imprudente de dar á D. Blasco los castillos que conquistar pudiera con su mesnada; y ni sus caballeros pudieron disimular la sorpresa, sino era la envidia al paladin aragonés, á quien tan buena suerte le habia cabido. Por esto D. Fernando Diaz, que se hallaba al lado del Rey, le dijo: Señor, dejemos á Ares, porque Morella es gran cosa, y mejor fuera que se hallara en poder de los moros, que en el de D. Blasco. Morella no es plaza de un caballero, y un castillo fuerte al Rey debe pertenecer. Perplejo D. Jaime quiso saber el parecer de D. Pedro

(1) Esta relacion minuciosa, así como los diálogos que seguran, lo tomamos de la crónica escrita por mano de D. Jaime.

Fernandez de Azagra y de D. Acorella; pero estos opinaban que siguiera el camino de Ares y de este punto pasara á Morella. No pareció bien á Diaz é insistió que urgía el llegar pronto á esta plaza, y para esto aconsejó al Rey, que dispusiera que los soldados dejaran los zurriones en la brigada y lijeros como el rayo, siguieran el trote de los caballos, para llegar á Morella antes de amanecer el siguiente dia.

Era esto el cinco de Enero de 1232; el tiempo amenazaba y el terreno es uno de los frios de las montañas del Idúbeda. Dejaron las acémilas, para seguir la marcha y tomando algunas compañías de peones de Teruel cruzaron la sierra de Mosqueruela, y al anochecer se hallaron en Cinctorres. Vadearon el rio de las Calderas, *el Caldés*, cuyas aguas se habian aumentado aquel dia, y ladeando el Bergantes, llegaron á media legua de Morella, en el fondo que desagua el barranco de la Pinella. El cielo dejaba caer copos de nieve, que en poco tiempo cubrieron los montes y senos; el aire arrojaba con furia y turbaba en su marcha á los valientes guerreros, que apenas podian divisarse entre los remolinos de la ventisca. Pero el plan del rey era, colocar guardias á la falda del castillo, y cuando por la mañana bajara D. Blasco á la poblacion sorprenderle, y llevarlo á su presencia. Subióse el rey hasta un poyo ó montecillo á mil pasos de la poblacion, dispuso apostar soldados de á pié y de á caballo en lugares que no pudieran ser vistos y arrimado á una cueva, en la que con harto trabajo podia caber, esperó el resultado cuando llegase el dia. El seis de Enero, fiesta de la Epifanía, fué el dia más cruel para D. Jaime. Agua

y nieve, empujadas por el viento, caian sobre el rey de Aragon, que no tenia otro abrigo que una rústica y reducida cueva, y como si esto no fuera bastante, su triste palacio no tenia comestible alguno, y el monarca, cuyas hazañas pregonaba el mundo, no pudo comer un pedazo de pan, ni calentar sus manos en todo el dia. (1) D. Blasco que se hallaba en el castillo, no se atrevió á bajar á la poblacion, por no esponer su persona á los rigores del tiempo.

Amaneció el dia 7, y el sol desplegó sus rayos sobre las nevadas montañas. D. Blasco bajó del castillo y saliendo por la puerta Ferrisa, quiso entrar en la poblacion, faldeando el peñon por el N., pero al llegar á cien pasos de la puerta, D. Fernando Perez de Pina, que se hallaba de cabo de guardias, cortó sus pasos, y le mandó en nombre del Rey que hiciera alto. Resistióse D. Blasco, y fuertes los guardias no le permitieron dar un paso. Se avisó á D. Jaime y este dispuso, que lo presentaran ante él, sin que permitieran su entrada en Morella. Uno de los caballeros que acompañaban á D. Blasco era el Rey de Valencia Zeyt-Abuceyt, que al saber la conquista de plaza tan importante por su antiguo amigo, quiso felicitarle. Fué preciso pues obedecer al mandato de D. Jaime y seguir á Perez de Pina, que les condujo al lugar en donde el

(1) D. Jaime recuerda esto con tanta sencillez, que no podemos resistir el deseo de copiar sus palabras: *E estiguem aquí sperant la companyia é iaquez tota la nit en aquell puig, é moch se tems de neu. é feyen molta, é venia ad pluja, que null hom nos gosaba descubrir la cara, per paor que la neu nol tocas. . . . é haguem á endemá, que no menjam ni haguem, de la nit, que minjam en Villaroja tro al terser dia á hora de respres.*

Rey se encontraba. Larga y animada fué la conferencia; el salon alfombrado de blanca nieve era la base de esa montañita cónica, que tenemos ante los ojos, y que desde entónces llamamos *les roques del puig del Rey*, los personajes de la escena los más selectos y esclarecidos de Aragon Cataluña y Valencia. Reproduciremos con gusto la conversacion, ya que D. Jaime la consigna en su crónica.

Presentado á D. Jaime, dobló D. Blasco su rodilla y le besó la mano. Dió cuenta del modo como habia podido entrar en Morella y separándose despues de los caballeros manifestó deseos de hablar un momento á solas con el Rey. «Estraño me ha parecido vuestro mandato, Señor, de no permitir mi entrada en Morella sin tener ántes una entrevista con vos. ¿Cual es el objeto que os proponéis? «Yo os lo diré, D. Blasco, respondió el monarca. Bien sabeis las deferencias que os he dispensado, y las mercedes que os he hecho. Sois nuestro mayordomo, y teneis tierras en nuestro nombre; pero habeis ganado un castillo tan fuerte y de tanta nombradía, que solo debe pertenecer á la corona, nunca á un señor particular; por lo mismo os rogamos, tanto por ser nuestro vasallo, como por el cargo de mayordomo, que me cedais esa fortaleza, favor que sabré pagar recompensándoos á vos y á vuestro linage de tal modo, que digan todos, que he sido pródigo en mi agradecimiento.» No era por entónces la intencion de D. Blasco ceder el castillo de Morella, su conquista habia dado nuevo lustre á su nombre; las riquezas del terreno le halagaban, habia soñado ser un pequeño rey en medio de la montaña, y por esto se resistió diciendo:

Recordad, Señor, que en una carta firmada por vos, me hicisteis donacion de las fortalezas que conquistara con mi espada. Lo recuerdo, dijo el Rey, ¿pero es acaso esta fortaleza de las que yo hablaba? Este castillo vale tanto como un condado y todas sus pertenencias, y no puedo consentir que sea vuestro; cededme lo generosamente, que yo con generosidad sabré recompensaros.

Detúvose D. Blasco un momento, conoció que el empeño del rey no daba lugar á réplicas y quiso sacar partido. »Pues bien, dijo, sea vuestro enhorabuena, pero ya que lo he ganado con mi espada, permitidme que lo tenga en vuestro nombre.» Consintió el Rey y llamando á Zeyt-Abuceyt y á los otros caballeros para que sirvieran de testigos, se celebró el convenio, cediendo D. Jaime, el señorío, pero reconociendo D. Blasco por señor natural directo al Rey. Era esto entre las dos y tres horas de la tarde, y como dos dias que ni D. Jaime ni los caballeros y tropa habian comido, entraron en Morella con gran júbilo de la poblacion.

Al siguiente dia, apenas D. Jaime habia descansado de la fatiga, trataba de marcharse á tomar posesion del castillo de Ares, y como el destronado rey de Valencia, Zeit-Abuceit, habia prometido abrazar el cristianismo, le recordó su promesa sagrada, añadiendo que era tiempo ya de darle cumplimiento. Algunos autores, como D. Victor Balaguer, aplazan el bautismo del rey moro hasta dos años despues; pero nos parece más verosimil el que abjurase los errores de Mahoma en aquellos dias de regocijo, cuando pudo abrazar á sus dos hijos los infantes, que desterrados habian estado en nuestro castillo. De cual-

quier modo la augusta ceremonia tuvo lugar en Morella, si bien quedó oculta por temor de que le abandonasen los pocos moros que le habian sido fieles en las montañas de Segorbe. Zeyt Abuceyt tomó el nombre de Vicente y uno de sus hijos el de Fernando, conocido por el *Bellís* ó bello, por su hermosura poco comun.

El Rey, acompañado de su augusta comitiva, marchó á Ares, y despues de haber recompensado á los peones de Teruel, que tan bien habian sabido apoderarse de castillo tan importante, se dirigió á Teruel, con ánimo de pasar á Zaragoza y de esta ciudad á Navarra, en donde asuntos de interés le llamaban. Suspenderemos ahora esta narracion, para dilucidar un punto histórico en el que encontramos discordes á los autores.

18. Una cláusula que se lee en la crónica de D. Jaime ha dado motivo á Zurita, al P. Risco y otros para juzgar que la conquista de Morella fué por el mes de Octubre. He aquí lo que se halla escrito. Al recordar el Rey los malos ratos que sufrió en *les roques del Puig*, por el frio, y por la nieve arrojada por el viento, dice: *E iaquez tota la nit en aquel Puig, é moch se tems de neu, car era ya pasada la festa de San Miguel etc.* Estas últimas palabras inclinaron á pensar, que fué la conquista pocos dias despues de S. Miguel. Pero nosotros que hemos consultado documentos del mismo siglo, ó bien sospechamos que las palabras copiadas se añadieron arbitrariamente por algun copista en el código, ó que dan á entender, de que en Morella, pasada la fiesta de S. Miguel, no hay que esperar dias bonancibles.

En efecto Beuter, que sigue ciegamente la crónica de

D. Jaime y copia sus diálogos, al llegar á esta cláusula, la desprecia y coloca la conquista el dia 7 de Enero. Y es, que Beuter tuvo en sus manos otra crónica de la conquista de Morella, escrita en el siglo xiii, y copiada en 1418 al principio del libro de los Privilegios del municipio de esta villa. El Dr. Roselló, que tuvo el códice, y registró nuestro archivo eclesiástico, no solo fija el dia de la conquista en 7 de Enero, sino que añade, que desde los primeros años se celebraba en este dia la fiesta de S. Julian mártir, y en el sermon se recordaba tan fausto acontecimiento.

Que la festividad de San Julian, como patron de Morella, se solemnizaba en esta villa desde los primeros años de la conquista, es cosa inegable. Tenemos á la vista un misal, que tal vez fuera el primero que se usó en esta Arciprestal iglesia, pues tiene unas adiciones hechas en 1300. Sus fojas de membrana y papel de algodón mal saturado nos revelan la antigüedad. Pues bien, en este misal se encuentra en el dia 7 de Enero la misa de S. Julian, con ritu doble de primer clase, ó sea de *seis cantores*, como decian entónces, siendo así que este oficio no se introdujo en nuestro obispado, hasta que nuestro compatriota, el Ilmo. Sr. D. Francisco Paholach, quiso que la diócesis celebrase la fiesta del patron de Morella, segun se ve en el decreto sinodal de 14 de Noviembre de 1311. ¿Como elegir por patron al Santo mártir, sin motivo alguno?

Otra dificultad se ofrece, que dió motivo al R. P. Fr. José Alberola, para registrar los archivos de Roma, en donde se encontraba de procurador de la Religion Será-

fica: tal es, si el patron de Morella, cuya fiesta se celebran el 7 de Enero, como aniversario de la conquista, es San Julian, mártir de Antioquía y esposo de Santa Basilisa, colocada en el martirilogio el dia 9, ó S. Julian de Toledo, obispo de la Carpetania. Sus elucubraciones le dieron motivo para escribir una memoria, que imprimió en Roma en casa Lino Contedini, y de la que solo hemos visto un ejemplar, que tenemos en nuestro poder. El erúdito procurador discurre estensamente, aduciendo autoridades sacadas de los libros de liturgia antigua, tanto españoles como extranjeros, y concluye diciendo: que la fiesta de S. Julian Mr. y Santa Basilisa se celebraba en España en el dia 7 de Enero, dia en que Morella fué conquistada del poder de los agarenos.

No necesitamos tanto nosotros. Los códices litúrgicos que se conservan en el archivo de la Arciprestal nos bastan. En el misal, que hemos citado, se encuentra la misa de S. Julian M. y compañeros: en un cantoral del mismo siglo se espresa *De Sto. Juliano et Basilisa*; y en el calendario de un leccionario de aquel tiempo, se lee: *VII. Id. Jan. Sent Julia é Basilisa martris*. Concluiremos diciendo: que la conquista fué el 7 de Enero, ó al ménos en este dia entró D. Jaime en Morella, y que el patron elegido por la villa, en memoria de tan señalado triunfo, es S. Julian M., esposo de Santa Basilisa, cuya fiesta se celebraba en dicho dia hasta que en 1759 se arregló el Martirilogio romano por Benedicto XIV y se colocó el dia 9.

Tambien algunos tropiezan en el año, disputando si era el 1232 ó 33. Esto no ofrece dificultad. Era comun contar entónces por el año de la Encarnacion de J. C., que comenzaba en 25 de Marzo, y por consiguiente el dia 7 de Enero del año de la Encarnacion 1232 ha de ser de 1233 del nacimiento de N. S. J. C. segun nuestro computo, comenzando el 1 de Enero.



CAPITULO III.

RESUMEN.

1. Recompensas que da D. Blasco á sus caballeros. 2.—Puéblase Morella. 3—Pacto de sucesion entre D. Jaime y Sancho de Navarra. 4—Se trata de casar á D. Jaime. Reclamaciones de Doña Teresa Gil de Vidaure. Crueldad con el obispo de Gerona. Fundacion del monasterio de Benifazar. 5—Sitio de Burriana. 6—Conquista de Peñíscola y otras plazas. 7—Conquista de Galintort (Castellfort.) 8—Fundacion de Villafranca. 9—Riesgo en que se encontró la vida de D. Blasco. 10—Conquista de Valencia. 11—Guerra entre D. Jaime y D. Blasco. 12—D. Jaime entra en Morella. 13—Segunda carta-puebla, y concesion de franquicias. 14—Continuacion del reinado de D. Jaime. 15—Su muerte. 16—Estado religioso y político al terminar el siglo.

1. **D**. Blasco de Alagon quedó Señor de Morella ; si el Rey se reservó la torre Celouia en señal del dominio, el paladin aragonés disponia independiente y su liberal mano repartia entre sus compañeros las tierras y señoríos de algunas aldeas. Esto nos parece, cuando al leer las gracias otorgadas y las carta-pueblas que han podido llegar hasta nosotros, no vemos conste, que obrase en nombre del monarca, sino como á señor absoluto.

En otra parte hemos manifestado que el gobierno de la iglesia procuró se encargase á su capellan y vicario

de la de Castellote, llamado Juan, quien la gobernó hasta la muerte de D. Blasco, cuando el rey tomó posesion y la elevó al rango de Arciprestal, dándose en propiedad á D. Domingo Beltall. A los caballeros, que habian contribuido con sus personas y bienes á la conquista, repartióles heredamientos, constituyéndoles pequeños señores y barones, que le estuvieran reconocidos y levantaran al rededor de Morella sus castillos feudales, como centinelas avanzados, y le ayudasen con sus vasallos á continuar la guerra, hasta arrojar de este territorio á los moros.

No habian trascurrido tres meses, en 31 de Marzo de 1233 de la Encarnacion (1), dió el señorío de Zorita á D. Andrés de Peralta; cuasi al mismo tiempo el de Olocan á D. Pedro Arnaldo Savit; el de Hervés-susans á D. Juan Garcés; el de Catí á D. Ramon Bacona; el de Villores á las monjas de Xérica; y á otros caballeros los de Cincorres, Forcall, Ortells, de los que nos ocuparemos, cuando recorreremos estas poblaciones para describir su geografia histórica, si las circunstancias lo permiten. Así D. Blasco como régulo de estas montañas, organizaba su pequeño reino, y procuraba ganarse el afecto de los nuevos barones, para que con sus fuerzas le ayudaran á sostener su dominio y á ensanchar los límites del señorío.

2. Recompensados los servicios de los principales caballeros, D. Blasco se ocupó en el arreglo de su nuevo se-

(1) Algunas de las carta-pueblas tienen la fecha de la era de César, que comienza 38 años antes de J. C. Téngase presente al leer algunas historietas impresas.

ñorio. Invitó á los aragoneses de la montaña y bajo Aragon á venir á Morella, prometiéndoles estensos campos, ya de labor, pertenecientes á los moros, ya bosques, eriales y valles para los ganados. No faltaron familias, que, atraídas por la promesa, vinieran á establecerse en Morella, conocidas despues por el pronombre patronimico ó de la patria que dejaron. Por esto suenan los Aliaga, Allepuz, Teruel, Pitarch, Villaroya, Fortanete y otros, tomados de su pueblo natal.

A principios de Mayo tenia D. Blasco quinientos vecinos en Morella, y les dió su carta-puebla señalando los límites hasta donde debia alcanzar la jurisdiccion municipal, y encerrando las aldeas, que habia concedido á sus caballeros. La fecha en Morella 17 de Abril de 1233, las franquicias y los lindes quedan consignados en la carta puebla (T. I, pág. 188), que hemos estampado. Dejaremos á D. Blasco arreglando la organizacion política de su pequeño estado, para ocuparnos de los asuntos que habian llamado á D. Jaime á Navarra.

3. D. Sancho, aquel rey valiente, que con sus huestes navarras habia roto las cadenas en las Navas de Tolosa, cuando los reyes coaligados humillaron el poder de los africanos, se hallaba encerrado en el castillo de Tudela, postrado por la vejez y una dolencia cancerosa, que no le dejaba mover. Esta imposibilidad alentó á Don Diego Lopez de Haro para recobrar algunas plazas del señorío de Vizcaya, y el rey de Castilla le ayudaba con más ó ménos embozo. El anciano D. Sancho, que no tenia valedor, llamó á D. Jaime cuya espada brillaba por repetidas victorias, y propúsole un convenio, que el Rey de

Aragon no podia desechar: tal era el prohibirse los dos reyes, para suceder en el trono del que primero muriese. D. Sancho era viejo tocaba con el pié en los bordes del sepulcro; D. Jaime jóven vigoroso en los primeros años de su feliz reinado. Oido el parecer de los ricos hombres de ambos reinos, se concertaron los dos reyes, y determinaron socorrerse en vida, y sucederse en el trono, siempre que D. Jaime muriese sin hijos, ó no llegase su hijo D. Alfonso á tenerlos (1).

4. La nulidad del matrimonio con D.^a Leonor de Castilla, habia dejado á D. Jaime en estado de soltero, y tiempo que se discurria buscarle una esposa de ilustre familia. Le propusieron á D.^a Violante, hija del Rey de Hungría, dama noble y de cualidades muy apreciabiles. Divulgóse el proyecto de este matrimonio, y D.^a Teresa Gil de Vidaure, la dama zaragozana, que habia cautivado el corazon del Rey algunos años atras, creyóse perjudicada, porque no cumplia una promesa que le tenia dada de casarse con ella. Presentó su demanda á Roma, se tomaron las indagaciones para saber la verdad, y díjose, que el Obispo de Gerona, que habia sido confesor del Rey, declaró que era cierta la promesa. Si así fué, lo sabria confidencialmente. Pero el rey, irritado cuando lo supo, llamó al Prelado, y en un momento de furor mandó cortarle la lengua, ¡crueldad bárbara, que disgustó hasta sus caballeros! El Papa Inocencio IV, cuando supo el desmesurado rigor que D. Jaime habia usado con un prelado de la Iglesia, escomulgó al Rey y puso entredi-

(1) D. Alfonso hijo de doña Leonor habia sido legitimado.

cho á las iglesias de Aragon, mandando cerrarlas. Grande fué la confusion del pueblo que no cesaba de buscar medios para inclinar el corazon de D. Jaime á pedir el perdon. Reconocido el monarca, envió un embajador al Papa, y éste dió comision á algunos prelados españoles para que absolvieran á D. Jaime de la censura, obligándole á fundar un monasterio á sus espensas.

Levantada la censura, el Rey fundó el monasterio de Benifazar, en medio de los estensos bosques de Morella, y entre los pinares de su parte N. E. haciendo venir del monasterio de Poblet algunos religiosos fundadores. El primer abad se llamó Fr. Arnaldo, que presidió seis años, y despues Fr. Guillermo de Almenara que vivió otros seis. Tal es el origen de un monasterio célebre, rico en hombres y en posesiones, que el Gobierno vendió por unos cuantos reales, no quedando de su antigua grandeza otra cosa, que un monton de ruinas y la memoria entre los pobres de aquel lugar, en donde en otro tiempo se les repartia el pan que remediaba sus necesidades. Si nos hemos anticipado colocando en este lugar un hecho, que algunos autores recuerdan algunos años despues, es porque en el archivo del monasterio de Benifazar constaba el hecho en documentos auténticos. Si el P. Mariana duda, debiera manifestar los motivos; nosotros lo dejaremos á la discrecion de nuestros lectores.

5. Tiempo era de acometer seriamente la conquista del reino de Valencia, cuyo plan se habia concebido en las azoteas del castillo de Alcañiz. El pueblo de Burriana era el punto por donde se habia de comenzar y D. Jaime invitó á los prelados, maestros de las órdenes, caba-

llos y barones para una empresa, que habia de llenar de gloria su reinado y reportar tantos bienes á la corona. No fueron sordos al llamamiento, y mientras el rey prevenia tropas y pertrechos en Teruel, los caballeros aragoneses se reunian en Alcañiz para marchar al combate. Pasaron á Morella, y D. Blasco que tenia dispuesta su mesnada, se agregó al maestro del Hospital, y otros caudillos, que, ávidos de gloria, conducian sus huestes en busca del joven monarca.

Salió el Rey de Teruel, se acercó á Jérica, taló sus campos, pasó á Torres-torres, Algimia y Alfara sembrando el terror y la consternacion en la morisma, que miraba amenazada su vida y destruidas sus haciendas. Juntáronse en las inmediaciones de Murviedro á mediados de Mayo de 1233 (1) se dirigieron á Burriana objeto de su marcha. La narracion circunstanciada de los hechos del sitio de esta plaza se encuentra escrita por el mismo D. Jaime con aquella naturalidad, que tanto le distingue. Nosotros, que no escribimos la historia de su reinado, sino la de Morella, apuntaremos los hechos siquiera porque D. Blasco contribuyó con su mesnada de morellanos al triunfo que se alcanzó en la toma de aquella plaza.

Grande fué el valor de los cristianos, porfiada la defensa de los moros; el fenevol y el manganell, máquinas de batir, que se usaban en aquel tiempo, obraron oportunamente, pero fué preciso fabricar una torre de madera,

(1) Beuter, que en su crónica (edi de 1604) dice, que el sitio se puso en 1234 (pág. 142) luego en la página 163 hace mencion de dos concesiones fechadas en el sitio de Burriana en 1233.

y otros ardidés antes que pudieron lograr la reduccion de Burriana. Desmayaban los caballeros, escasas de todo lo necesario murmuraban las tropas, y el comestible, que desde Tarragona y Tortosa enviaron por el mar, no se desembarcaba, porque el rey no tenia cien morabatines en su poder. El rey Zaen de Valencia, al saber la pobreza del monarca aragonés, le propuso por medio de D. Blasco de Alagon pagar todos los gastos y regalar alguna cantidad á los caballeros, pero la dignidad y natural orgullo de un monarca, que acababa de conquistar el reino de Mallorca, no aceptó la oferta, ni quiso cejar ante un fuerte, que comparado con lo que conquistado habia, era un *corral*, como el mismo dice.

Prodigios de valor se vieron en el monarca, que parece que buscasse derramar su sangre al adelantarse á los peligros, desnudo de su cota; era él el primero de los soldados en acometer y el más paciente en las penalidades. Por fin, rendidos ya los moros, y sin esperanza de que les llegara auxilio, pidieron capitulacion y se entregaron despues de un largo y empeñado sitio, y una defensa desesperada. Más de siete mil mahometanos salieron de Burriana, atravesando el campamento de los cristianos, para marcharse á Núles, segun se habia capitulado: era á mediados de Julio.

Entró D. Jaime en la disputada villa, colocando su bandera sobre la puerta principal y el pendon de los cruzados sobre el minarete de la mezquita, y recogidas las armas y abundante botin, dejó de guarnicion á D. Blasco con sus morellanos y á la mesnada de D. Jimeno de Urrea; las demas tropas se marcharon á descansar á sus

casas. Así comenzó la conquista del reino por D. Jaime, ya que en aquellos días podemos considerar á Morella enclavada en el reino de Aragon.

6. Satisfecho el rey con su nuevo triunfo, y con la esperanza de continuar su comenzada conquista con felicidad, se marchó á Tortosa con D. Berenguer de Eril, obispo de Lérida, y otros caballeros. Allá á sus solas meditaba el modo de llevar adelante su plan, por más que las rentas de la corona fueran tan pocas, que se viera obligado á comer de lo que le prestaban. Pero no así pensaban sus caballeros, para quienes todo eran dificultades, embarazos é imposibles. En Tortosa se hallaba cuando aquellos prohombres, que solo miraban la pobreza del monarca sin entrañar hasta su corazón, le propusieron abandonar á Burriana, tan apartada de Cataluña, cercada por todas partes de moros y cuya conservacion le costaba diez y seis mil besantes por año, cantidad que de ningun modo podia pagar. D. Jaime recibió mal la propuesta y con la confianza de que el que le habia abierto el camino de la conquista le proporcionaria medios para continuarla, por lo mismo queria probar fortuna, por más que se viera en la precision de empeñar sus estados. Entre tanto habia terminado el mes de Agosto y D. Blasco encargado de la guarda de Burriana fué relevado por D. Jimeno de Urrea. Pero este caballero, ó disgustado de estar entre tantas fortalezas árabes, ó temeroso de alguna sorpresa, escribió al rey manifestándole la urgencia de marcharse con su mesnada á Aragon, y reclamando á D. Pedro Coronel, á quien Burriana debia entregarse. ¡Nueva desazon para D. Jaime, que por todas partes miraba contra-

dicciones, sin que hallase un caballero fiel y leal, que secundara sus intentos! Sin embargo tuvo firmeza para mandarle, que siguiera en Burriana hasta que él dispusiera lo conveniente.

De Tortosa pasó el rey á Teruel, con ánimo de atacar algun castillo de sus cercanías, y Urrea desde Burriana enviaba de vez en cuando algun destacamento para sorprender á los moros. En una de estas correrías cayó en sus manos un moro cuya familia se hallaba en Peñíscola. Quiso D. Jimeno Urrea aprovechar aquella ocasion y despues de largas pláticas en que se esforzó en probarle lo conveniente que era para ellos mismos entregar la plaza de Peñíscola, pues saldrian del poder tiránico de Zaen, Rey de Valencia, y se les recompensaria pródigamente, escuchó las palabras el moro cautivo, y como su amistad con los principales de Peñíscola le daba alguna confianza de que atenderian á su proyecto, escribió una carta, que tanto pudo influir, que se determinaron á entregar aquella plaza, con tal que fuera al mismo Rey en persona.

No se durmió el de Urrea, y envió un propio con la carta á Teruel en donde el Rey se hallaba. Una mañana antes de levantarse, vió D. Jaime que se abrió la puerta de su cámara y entrando un portero alborozado: Señor, le dijo, Peñíscola es vuestra, si os apresurais á tomar las llaves que los moros os ofrecen. Leyó el rey la carta, y conociendo la urgencia de marchar á toda prisa, se levantó presuroso, y mientras le prevenian el almuerzo, quiso oír misa y rezar el oficio de la Vírgen para que Dios

y su madre guiasen felizmente sus pasos. *Et sobre asó, dice D. Jaime en su crónica, olim missa del Sant Spirit, é lo offici de Sancta Maria, per so, que Deus é la seua madre nos guiás en aquesta fazenda, é en totes les altres que nos farem.*

Salió D. Jaime de Teruel acompañado de siete caballeros con sus escuderos y los oficiales de la real casa, y atravesando rápido los pueblos de Monteagudo, Villaroya y Acorolla, cruzó el rio de las Truchas, pasó por la Canada de Ares, puerto de Prunellas, Salvatoria y Tomi; y por un llano cubierto de juncas, en donde desde aquel día se proyectó levantar el pueblo de San Mateo, al caer el sol del segundo día se encontró en los marjales de Peñíscola. Avisó á los moros de su llegada, y no tardaron en salir cuatro agarenos de los principales, ratificando su promesa si bien la aplazaron para el día siguiente. El rey y sus caballeros durmieron aquella noche bajo una tienda hecha con las mantas de sus caballos, si es que puede dormir el que espera ceñir sus sienes con hermosa corona en el día siguiente. Llegó la mañana, y cuando el sol dejaba caer sus rayos en los marjales de Peñíscola, una multitud de moros salieron de la plaza y cercaron á D. Jaime, que con cautela y receloso, les recibió con agrado; pero cuidando no tomasen las riendas de su caballo. Sus recelos calmaron, cuando aquellas gentes, cargadas de vituallas, le ofrecieron el castillo, victoreando al Rey de Aragon. Entró D. Jaime en Peñíscola, enarboló el estandarte cristiano, y la plaza más importante de nuestra costa, se ganó sin derramarse una gota de sangre. Poco despues pasó el Rey á Tortosa á cumplir sus promesas.

El eco de la conquista de Peñíscola resonó por todo el territorio é hizo retemblar los fuertes mahometanos. Los maestros del Temple y del Hospital no tardaron en reclamar la promesa, que el padre y el abuelo de D. Jaime habian hecho, de darles algunas plazas, y tomando sus mesnadas, corrieron á combatirlos, aprovechando el desaliento de los moros. El del Temple tomó á Alcalá de Chisvert, el del Hospital á Cervera, y otros caballeros entraron en pocos dias en los fuertes de Pulpis, Castellon de Burriana, Borriol, las Cuevas de Avinromá, Villafamés y Alcalaten: así en pocos dias ocuparon los cristianos todo ese terreno conocido hoy con el nombre del Maestrazgo.

7. Mengua era para D. Blasco de Alagon el tener ante sus ojos un fuerte en donde tremolaba la enseña de Mahoma, cuando una gran parte del reino se hallaba en poder de los cristianos; mengua era, que el castillo de Galintort, á tres leguas de esta plaza y enclavado dentro de los límites señalados en la carta-puebla de Morella se hallase en poder de los moros. Un esfuerzo, y la media luna ya no brillaria en estas montañas, un esfuerzo, y D. Blasco podria pasear sus dominios sin recelo, y el esfuerzo se hizo. D. Blasco reunió sus tropas y circunvalando el castillo de Galintort, impidió la salida de los moros y la entrada de comestibles. Era á mediados de Julio, cuando la miés entra en color, y para cortar las esperanzas de los moros, taló los campos, incendió los trigos, y amenazó degollar á los moros sino entregaban el castillo.

Era Galintort un gran castillo rodeado de rocas cortadas á escarpe, de una elevacion de más de quince metros, sin otra entrada, que por el E. se dejaba deslizar una

pequeña cuesta. En aquellos tiempos era importante fortaleza, y en siglos posteriores, hasta que se conoció la pólvora, de difícil consecucion. Allí se habian agrupado los moros que escapar pudieron de otras poblaciones, y no tan fácilmente hubiera D. Blasco conseguido su intento á no desmayarles su aislamiento y la ninguna esperanza de socorro. Esto les obligó á capitular y entregar la plaza en últimos de Julio del año 1237. Posesionado D. Blasco, en nombre propio, y sin dependencia alguna del Rey, concedió su carta-puebla á Ferrer Segarra, permitiendo tener su justicia y concejo, y dándole facultad para abrir horno y molino, privilegio de poblacion independiente, con la obligacion de pagarle en el mes de Agosto tres calices de trigo. En este castillo, que tomó despues el nombre de Castellfort, vimos la luz primera, por lo que se nos permitirá copiar su carta-puebla, ya que no es muy estensa, como un tributo al suelo que nos vió nacer.

»Notum sit omnibus, quod ego Blaschius de Alagone, per me et omnes sucesores meos, cum hac presentí scriptura, perpetuo valitura, dono vobis Ferrer Segarra ad populandum quondam locum in termino de Morella, qui dicitur Galintort, tali modo, quod habeatis ibi Justitiatum, furnum et molendinum vos et omnes sucesores vestri: ita quod, dando nobis annuatim ad festum Sancte Marie mediantis Augusti, et nostris sucesoribus triachafitia tritici pro tributo sive censu, et vos dando istud tributum, nos et sucesores nostri, non auferamus vobis et vestris sucesoribus dictum justitiatum, furnum et molendinum. Imo faciamus vobis et vestris habere, tenere

et possidere totum hoc in pace et sine contrario aliquo et quod nos et nostri non permittamus vobis et vestris inde fortiare, aut aliquid tangere aliqua ratione; et vos quod custodiatis bene et fideliter omnes res nostras, et vos et vestri omnia fideliter custodiando et complendo, habeatis dictum justitiatum, furnum et molendinum pro hæreditate, ad dandum, vendendum, impignandum, commutandum, alienandum, et quoquo modo alio vestras proprias voluntates faciendum vos filii et filiæ vestræ et omnis generatio et posteritas vestra, salvo tamen tributo nostro, sive censu et nostra nostrorumque fidelitate. Et pro majore securitate vestra, et quod istud á nobis et nostris non possit revocari, vobis inde facimus chartam istam sigili nostri munimine confirmatam. Testes hujus rei, et scientes et audientes Michael de Luizon, Alcaydius de Morella, et Alegre, justitia; et Joanes de Rama, quonanus. Facta charta in mense Augusti, æra MCCLXXV. Bartholomeus, scriptor Dmi. Blaschi de Alagone, mandato ipsius, hanc chartam scripsit, et sigillum apposuit et hoc sigillum fecit.» Esta sellada con lacre y con las armas de D. Blasco. La era del César corresponde al año de J. C. 1237.

Ahora nos ocurre á nosotros preguntar ¿si el rey tomó la plaza de Morella para sí, dando á D. Blasco los castillos de Sástago, Pina y María, hallándose en Calatayud en Febrero de 1233 ó 34 del nacimiento de J. C. porque el de Alagon disponia de los feudos para él y sucesores? La carta-puebla que hemos estampado y otros documentos que tenemos, nos obligan á juzgar, que el condado de Sástago, Pina y María, que hoy poseen sus descendientes,

tendria data posterior, ó bien que D. Blasco no se conformó con la permuta de buen grado. Veremos luego como disputó con las armas el derecho al señorío de Morella.

Poco tiempo despues se apoderó de Culla, estendiendo su señorío hasta las inmediaciones de las Cuevas, dando tambien su carta-puebla. Tambien concedió á D. Juan de Brusca facultad para fundar una poblacion en una heredad propia, término de las Cuevas de Vinroma, llamada Albocácer, para el y treinta pobladores: *quondam hæreditatem nostram quæ est in término de les Coxes*. Su fecha en Morella en el dia octavo de las calendas de Febrero en el año 1277 (25 de Enero de 1239). En este mismo año dió Benasal á Berenguer de Calatierra y en el anterior Ares á D. Ladron. No en vano decíamos en otra parte que el señorío de Don Blasco comprendia una estension de terreno, tan dilatado como alguna de nuestras provincias.

8. Pero tenia un estenso terreno despoblado. Cerca del rio de las Truchas, dentro del término de Culla, se estendia un erial, y D. Blasco concibió el proyecto de levantar una poblacion, que perpetuase el nombre del fundador. Para atraer moradores concedió franquicias, que no las tenia pueblo alguno, cediendo á su municipio hasta la parte del diezmo señorial. Con la misma fecha que dió Albocácer á D. Juan Brusca dió la poblacion libre á Márcos de Villarlongo, á Gracian Navarro y otros, concediendo los honores de villa y el nombre de Villafranca, que para distinguirla de otras, se llamó del Cid, ó del Señor; no del Cid Campeador, como malamente juzgan algunos, sino

del Señor ó Said del terreno, D. Blasco de Alagon. Esta villa se agregó á Morella en 1303 pero conservó sus franquicias.

9. Daremos cuenta de una leyenda antigua, conforme con los monumentos que nos quedan, que nos recuerda el peligro en que se encontró la vida de Don Blasco de Alagon.

En uno de aquellos dias en que el Señor de Morella se gozaba en visitar las obras de Villafranca, como creacion suya, al regresar á esta plaza se vió en los mayores apuros. Cruzaba la alta sierra del Espino, cuando la nieve caia en abundancia. D. Blasco, acompañado de algunos escuderos, se esforzaba para llegar al fondo del barranco Ullanes (Torre-Segura), pero la nieve que se aumentaba por grados embarazaba á los escuderos y fatigaba á su caballo. Las tinieblas de la noche aumentaban los peligros y la fatiga y un fuerte viento levantando la nieve envolvió á los caminantes entre sus remolinos. Oscuro el cielo, la tierra cubierta como vasta soledad, sin árbol ni refugio alguno y envueltos los viajeros en el caos, en vano forcejaban para salir del inminente peligro. Cuando ya desmayaban, cuando su esperanza no encontraba un remedio, allá á lo lejos sonó una campana, cuyo eco se apagaba entre la nieve de la montaña. Aquel mágico sonido penetró en sus corazones, reanimó sus abatidos espíritus, y cobrando fuerza se dirigieron hacia donde venia la voz de socorro. D. Blasco dejó su espada clavada en la nieve y levantando sus ojos—Oh, dijo, si Dios quiere que salga de este apurado trance, en el lugar en donde suena esa campana, colocaré otra, cuyo eco llegue hasta las riberas del mar.—Y ani-

mados siguieron sobre la nieve, cuando una luz, que apenas brillaba entre los copos que el viento hacia revoltear en el aire, arrancó del corazón de D. Blasco estas palabras—Nos hemos salvado.—La campana era la de una ermita muzárabe, dedicada á S. Pedro apóstol, sobre aquel monte, y la luz la señal de socorro, que en días de borrasca colocaba el solitario ermitaño sobre una espadaña de la capilla.

Salváronse los viajeros, y cumplió D. Blasco su promesa. A sus expensas se fundió una campana descomunal, y en el lugar del peligro, en donde dejó la espada, levantó una cruz de piedra, que hoy mismo se conserva, conocida por el «Peyró de En Blasco». Fundida pocos años después la campana, de su metal se fabricaron tres, que detenidamente hemos examinado y prueban su antigüedad indisputable. Castellfort conserva estos monumentos, y recuerda el hecho transmitiéndolo de padres á hijos, y los escritos del siglo xiv dan alguna luz para apreciar esta antigua tradición.

10. El rey conquistador no podía calmar el ansia de llevar sus armas hasta los muros de Valencia: si esto fuera ambición, bien se le podría perdonar por los nobles fines que le guiaban, porque sus enemigos lo eran de Dios y de su patria y llegada era la hora de arrojar de España los huéspedes funestos, que tantos siglos hacían pesar las cadenas sobre la España cristiana. Y podía hacerlo. Ya no era D. Jaime aquel niño imberbe, juguete de una soberbia nobleza, era un Rey valiente en los combates y generoso después de la victoria, era un compañero, un amigo de aquellos paladines, que, espada en mano y cubiertos

con la loriga, desafiaban los peligros, acometiendo con denuedo á los musulmanes sin mirar el número, y sabian vencer.

Publicó la cruzada para la conquista de Valencia, y de todas partes afluan nobles caballeros, ávidos de gloria y con la esperanza de la recompensa, fiados en la generosidad del monarca; y D. Jaime, al frente de aquel ejército se marchó á arrojar á Zaen de la ciudad del Cid, ya que todas las fortalezas que le rodeaban tenian sobre sus almenas el pendon de la cruz. Porque desde que Burriana cayó en poder de los cristianos, y siguió rápida la conquista de los pueblos del Maestrazgo, la guarnicion á cargo de Pedro Coronel no cesaba de hacer correrias por los pueblos limítrofes. Almenara y demas fuertes se entregaron á sus tropas y pasando despues con un respetable ejército más allá del Guadalaviar, el mismo rey paseó sus pendones por la ribera del Júcar. Mandó fortificar despues el castillo del Puig, ó de la Cebolla, y desde allí D. Guillen de Enteza pudo, no solo recorrer con desembarazo el terreno que se estiende á la falda de Sagunto, sino que alcanzó una brillante victoria á la vista del castillo del Puig. D. Jaime pudo llevar sus numerosas huestes ante los muros de Valencia y decir al Rey Zaen, que el imperio de Mahoma acabara en la hermosa ciudad, para comenzar una nueva era cristiana, y colocar la cruz en donde Muza habia colocado la media luna. Diremos algo sobre la conquista de Valencia; remitiremos á nuestros lectores á las historias del reino, que tratan estensamente de este asunto con todos los detalles, y nos daremos prisa para

volver á estas montañas, cuyos hechos nos llaman con preferencia.

D. Jaime se presentó ante la ciudad del Turia con imponente aparato. Los almogavares formaban su vanguardia, seguían los caballeros de Lérida y otras ciudades, disputándose la preferencia de ser los primeros en el combate. Pasaron el río y dirigiéndose al Grao, sentaron sus reales en la playa del mar. Al siguiente día se apoderaron de Ruzafa y el Rey puso allí su campamento. Comenzó el bloqueo, sitiadores y sitiados tenían un empeño en conseguir el triunfo, unos y otros hicieron prodigios de valor, unos y otros peleaban con denuedo y si á unos les daba valor su pendon triunfante, otros se esforzaban con la rabia de la desesperacion. El hambre se dejaba sentir dentro de la ciudad, y habiéndose frustrado el desembarque de una armada de Tunez, que venia en socorro de los moros, estos pensaron en sacar el partido más ventajoso. Capitularon, concediéndoles el rey el que pudieran salir con sus mujeres, niños, armas y haciendas. Cumpliése lo ofrecido y el pendon de D. Jaime se enarboló sobre la torre de Alibufat el 28 de Setiembre de 1238.

Conquistada Valencia, D. Jaime envió dos columnas de tres mil hombres cada una, para que redujeran á su obediencia algunos castillos que aun quedaban á esta parte del reino. La una se apoderó de Murviedro, Onda, Bejis, Artana y todas las poblaciones de la vertiente del Idúbeda; la otra se apoderó de Liria, Alpuente, Andilla y otras de ménos importancia. Asegurado ya su poder con la conquista de esta parte del reino, dirigió sus miradas á los pueblos del Júcar. D. Ramon Folch de Cardona, con al-

gunos caballeros de su bando, penetraron hasta el reino de Murcia. Llevaba Folch en su compañía á D. Artal, hijo de D. Blasco de Alagon, jóven valiente y muy práctico en aquel país, desde que con su padre recorria el terreno, sirviendo á Zeyt-Abuceyt. Hablaba perfectamente el árabe, circunstancia apreciable para D. Ramon Folch, porque sería, tal vez, preciso entrar en tratos con los moros. El jóven Artal de Alagon llevaba una compañía de morellanos, y ufano con el valor de sus montañeses, tomó la vanguardia en aquella marcha. Llegó el ejército espedicionario á las cercanías de Villena, y al saber, que los moros estaban descuidados, entraron en la villa antes que pudieran apercibirse de la llegada de sus enemigos. Grande fué la confusion, porque los cristianos se entregaron al saqueo y á los desórdenes del vencedor. Los moros que eran mayores en número, se rehicieron, arremetieron á los cristianos, obligándoles á dejar la poblacion, bien que cargados con el rico botin. Pasaron los espedicionarios á Sax, pero rechazados por los moros, tuvieron por conveniente retirarse. Cuando estaban para emprender la marcha, el jóven D. Artal de Alagon que defendia con su espada á los soldados, que en grupos salian de las calles, recibió un guijarro en la cabeza, que le derribó del caballo, quedando muerto en el acto. Pérdida lamentable para el vizconde D. Ramon Folch, pero más para la mesnada morellana, que dejó sepultado en las inmediaciones de Sax, al valiente caudillo, hijo segundo de su Señor D. Blasco.

Pocos años despues entraron en poder de los cristianos las ciudades de Játiva, en donde encontraron una tenaz

resistencia, haciendo prodigios de valor uno y otro bando, Denia, Gandia y demas pueblos de la ribera del Júcar, ensanchando D. Jaime sus dominios, y forzando á los islamitas á dejar el terreno feraz y pintoresco de la ribera para replegarse al último baluarte de la morisma; dejaremos ahora la guerra con los moros, para dar cuenta de las diferencias entre el Rey y D. Blasco de Alagon.

11. El terreno estenso que abrazaba el señorío de Morella se habia poblado de un modo extraordinario. De las sierras de Molina y de Teruel acudian cristianos viejos, atraidos por las grandes heredades que se repartian á los nuevos pobladores, y los beneficios, que reportaban á la riqueza pecuaria la multitud de prados, estensos bosques y dehesas. D. Blasco parecia un pequeño monarca en medio de estas montañas y la bravura de sus soldados, y los recursos para el equipo, armamento y manutencion de las tropas rivalizaba con las del Rey. En los años primeros del reinado de D. Jaime dieron bastante á conocer los orgullosos nobles y barones, que si alguna vez se ponian al lado del monarca para ayudarle en sus empresas, era porque se les repartieran heredamientos; para enriquecerse á costa del estado, y soberbios despues, despreciar al mismo que habia derramado sobre ellos las riquezas con manos llenas, oponerse á sus planes, y tomar las armas en contra suya. D. Blasco era demasiado poderoso para doblar su cabeza ante su rey, que si bien disponia de tres reinos, estaban estos fraccionados, en poder de condes, barones y órdenes religiosas, que procuraban cada uno arrancar alguna perla de la corona de Aragon, para embellecer la de su condado ó señorío. Más de una vez he

mos tirado alguna línea en el retrato moral del paladin de Alagon, para que nuestros lectores no vean en él un súbdito humilde, y dispuesto siempre á obedecer las órdenes de su soberano; tiraremos ahora las últimas pin-celadas.

El rey D. Jaime habia dicho á D. Blasco, cuando sobre la nieve de nuestras *rogues del Puig* se preparaba para tomar posesion de Morella:—Yo os daré tan buenas posesiones que el mundo diga que he sido pródigo en recompensar vuestros servicios;—y arrancó una palabra de los labios de D. Blasco, tal vez sin intencion de cumplirla. Sin embargo el rey tomó la plaza para sí, y dió á su mayordomo los castillos de Sástago, Pina y María, quedándose en Morella, en nombre del monarca aragonés. ¿Tuvo D. Blasco intencion de soltar la presa? Nosotros vemos, que en las cartas-pueblas se reserva algun censo en señal de dominio, no solo para él, sino para sus hijos y descendientes; no menciona al rey y levanta nuevas poblaciones en terrenos, que llama cierta heredad mia. Persuadido estaba que su renuncia habia sido á la fuerza y que el señorío de Morella habia de ser para su casa.

Pero D. Jaime miraba con celos el acrecentamiento de los estados de D. Blasco, su poder en las armas, sus riquezas, y reclamó lo que le pertenecia segun pactos entre los dos. No accedió el de Alagon á los deseos del monarca, y temiendo no le obligase por la fuerza, reclutó tropas y procuró ganar el apoyo de algunos barones. Tampoco el rey se descuidó al oír la negativa de su antiguo mayordomo y amenazó apoderarse, si no le entregaba la plaza de buena voluntad. Rompiéronse las paces entre el rey y D.

Blasco; uno y otro se aprestaban para la pelea y los barones, ó bien se mantenian neutrales, ó se declaraban en favor del Señor de Morella, á quien debian su heredamiento. Pocos detalles tenemos de esta guerra, solo sabemos que entre los que siguieron el partido de D. Blasco se encontraba Gracian Navarro de Villafranca y D. Miguel Lizon de Ortells: otros señores tal vez se agregarían á su bando, pero las escasas noticias, que nos han quedado, nos obligan á no aventurar conjeturas. El teatro de la guerra eran las montañas de Morella. Algunos pueblos se entregaron al rey y le juraron fidelidad, pero los que seguian las banderas de D. Blasco quisieron probar fortuna, aventurando una batalla. Se atacaron los dos partidos y á las pocas horas el partido del rey triunfó, quedando el mismo D. Blasco en el campo de batalla cadáver.

12. La noticia de la muerte de D. Blasco de Alagon desalentó á los morellanos que se habian declarado en su favor, y se abrieron las puertas al rey, quedando desde entónces Señor absoluto de esta plaza. Entró D. Jaime en los primeros dias de Febrero de 1249 con alegría de la inmensa mayoría de la poblacion, que deseaba salir del dominio de un señor particular. Le acompañaban en aquella campaña el arzobispo de Tarragona, Fr. Andrés Albalat, obispo de Valencia, y los caballeros Enteza, Cornel, Lizana, Urrea y otros.

Pocos dias despues, en 16 de Febrero, dió á los morellanos su carta-puebla, confirmando la que habia dado D. Blasco y que nosotros en otra parte hemos copiado (V. T. I. págs. 188 y 191). En este documento consta tam-

bien la muerte de D. Blasco.—*possessiones vobis assignatas per Blaschione de Alagone g. defuncto etc.*,—y como secuestrados los bienes de los que siguieron el bando de D. Blasco, los distribuyó despues á los que le ayudaron en aquella guerra. (V. T. I. pág. 193. lin. 20).

No se contentó D. Jaime con dar á los morellanos la carta-puebla, confirmando la de D. Blasco; agradecido estaria, y muy fieles le serian en la guerra cuando les otorgó todas las franquicias posibles en un privilegio, que nos parece copiar, vertido en castellano para que sea inteligible á todos nuestros lectores. He aquí su contenido.

«Sea á todos manifiesto, tanto á los presentes como á los venideros, que Nos, Jaime por la gracia de Dios rey de Aragon, de Mallorca, de Valencia, conde de Barcelona, de Urgel y Monpeller. Atendiendo á la fidelidad, amor y afecto, que vosotros los fieles habitantes de la villa de Morella y sus aldeas nos habeis siempre tenido, y que vuestras gentes nos han seguido siempre con afecto y fidelidad. Por lo tanto, queremos, por nuestra parte, conceder gracias manifiestas y ampliar las que teniais, para que entre todos los demás súbditos nuestros, tengais la distincion de fieles y como á tales seais distinguidos, segun el tenor de la presente carta, que valdrá para siempre, que os damos con ánimo sereno y graciosa voluntad. Queremos pues y os concedemos perpétuamente, en nuestro nombre y en el de nuestros sucesores presentes y futuros, que vosotros los habitantes de la villa de Morella y sus aldeas, tanto los de ahora, como los que vendran despues, seais libres de toda lezda, pedagio, portazgo y mesura y cualquier otro tributo nuevo ó antiguo, en todos

los lugares de mis dominios, tanto por tierra como por mar y agua dulce; de modo que ni vosotros, ni los vuestros sean jamás tenidos á dar á persona alguna tales tributos ó responder á dichos pagos, sino que sereis libres y exentos. Además, os recibimos bajo nuestra especial proteccion á vosotros, los vuestros y á vuestros bienes mobles é inmuebles, tanto los que ahora poseeis, como los que podeis adquirir en lo sucesivo, los cuales estaran bajo nuestra custodia, encomienda y seguro, para que seais todos y cada uno de vosotros libres y seguros de todo daño y pago por todos los lugares de nuestros reinos y dominios, yendo, viniendo, estando y volviendo; y nadie confiado en nuestra gracia se atreva á gravar, embargar, detener, ni turbar á vosotros ni á vuestros intereses por delito ajeno, á no ser, que seais vosotros los delincuentes ó fianzas conocidos. Y mandamos á los ancianos, mayores, señores, salmedinos, jurados, tenientes de Justicia, alcaldes, bailes, pontineros y cualquiera otro oficial ó súbdito nuestro, que ampare y dé su proteccion á la presente franquicia, ó procure la dén otros, sino quieren incurrir en nuestro desagrado. Cualquiera que se atreviese á contravenir la presente carta de franquicia, libertad y proteccion se atraerá nuestra indignacion é ira y además de restituir un doble de los daños ocasionados al agraviado, pagará cinco mil florines de oro sin remision alguna. Dada en Morella el dia décimo cuarto de las Kalendas de Marzo del año del Señor MCCXXXVIII. Señal de mí, Jaime, por la gracia de Dios rey de Aragon. Testigos: Pedro, arzobispo de Tarragona; Fr. Andrés, obispo de Valencia; Guillermo de Tenza; Pedro Cornel, mayordomo de Aragon; Raymundo

de Lizana; Jimeno de Urrea; Guillermo de Anglera; Guillermo Pedro de Tarazona; Berenguer de Imento; Pedro Martinez de Luna.—Sig+no de Pedro Andres.»

Este especial privilegio fué confirmado por el Rey D. Alfonso IV en Valencia l de Enero de 1334; luego por D. Pedro IV en Castellon de Burriana en 17 de Marzo de 1336 y ratificado por el mismo en Tortosa en 20 de Enero de 1365.

Desde entónces goza Morella del título de *Fiel*, hasta que se le añadió despues el de *Fuerte y Prudente*, como en su lugar diremos. Se daba á los viajeros un testimonio auténtico de este privilegio, que servia para la seguridad, hasta que despues, al descubrirse la imprenta, se tiraron algunos ejemplares en pergamino (Archivo de Portell).

14. Seguiremos ligeramente el reinado de D. Jaime I, siquiera en los hechos más importantes y en los que á nosotros nos pertenecen. D. Jaime se habia casado con D.^a Violante de Hungría, de cuyo matrimonio tenia sucesion; pero D. Alfonso, el hijo de D.^a Leonor de Castilla, se hallaba legitimado, y reconocido como á heredero del reino; natural era que la esposa del rey procurase el futuro bienestar de sus hijos. Esto obligó al monarca á dejar ricos heredamientos á los hijos de D.^a Violante, con perjuicio de la corona y del sucesor. Disgustó á los grandes del reino, y si unos respetaron la disposicion de D. Jaime, otros atizaron el fuego de la discordia entre D. Alfonso y su padre. De aquí una guerra sórdida, pero temible por los partidarios del infante que se aumentaban cada

dia. El rey de Castilla y el infante D. Pedro de Portugal se declararon abiertamente por D. Alfonso, y no era solo de palabra, sino que emplearon las armas. Pareció pues prudente al rey convocar Córtes en Alcañiz para pedir consejo y arreglar el asunto sin romper hostilidades. Se reunieron en Enero de 1250 y en ellas ofreció D. Jaime sujetarse á lo que determinara una junta de árbitros, añadiendo, que en caso de no avenirse las partes dejaría la decision al Papa. La junta se componia del arzobispo de Tarragona, de los obispos de Huesca, Lérida y Barcelona, del maestro del Temple, castellan de Amposta, y otros varones de fama y de saber. Se nombró una embajada para que hiciera presente á D. Alfonso, que se hallaba en Sevilla, lo acordado y si se conformaba con lo que se determinase por la junta de Alcañiz. La embajada marchó á cumplir su cometido y el rey D. Jaime con su esposa D.^a Violante, acompañados de muchos caballeros, se vinieron á Morella, en donde esperaron la respuesta del infante, entregándose entre tanta al arreglo de las cosas del reino.

Nos atrevemos á rectificar algunas noticias que escribió Zurita. La primera reunion que se celebró en Alcañiz no fué por el mes de Febrero, sino á mediados de Enero. En el cuerpo de privilegios del reino de Valencia se hallan algunos fechados en Morella en los dias en que esperaba D. Jaime la respuesta de su hijo D. Alfonso. El privilegio XXXIII concediendo á Raymundo Guillermo de Valencia permiso para hacer un puente comun para atravesar el Turia y pasar al Grao, tiene su fecha en Morella á 18 de Enero de 1250: el XXXIII el 19 del mismo: el

XXXV es de la misma fecha: y el XXXVI del 21. Pero á la vuelta de los comisionados lo encontraron en Morella, y recibida la noticia de la conformidad del infante, se volvieron á Alcañiz, en donde se encontraba en 22 de Febrero, segun la fecha del privilegio XXXVII. Poco despues, en Abril, quiso estar unos dias en Morella recorriendo este terreno y oyendo las quejas que de muchos pueblos le llegaban. Concedió entónces varias carta-pueblas para los moradores del Jucar, entre otras la de la villa de Onteniente con fecha 29 de Abril de 1250:

Satisfecha de los morellanos la reina D.^o Violante, les cedió la gran dehesa de Vallivana y Salvatoria, cuyo documento de donacion envió desde Barcelona al siguiente año, el que hemos trasladado íntegro en otra parte (T. I., pág. 419). Dice tambien Zurita, que por el mes de Mayo se hallaba D. Jaime en Morella, «uno de los lugares que habia dado al infante de Portugal;» y esto debe tambien rectificarse, porque se ha copiado por otros historiadores. Morella jamás ha sido enajenada; si en tiempo de Don Pedro IV se proyectó darla á su hijo, no tuvo efecto. En el documento, en que consta la donacion del rey al infante D. Pedro de Portugal, no se halla esta villa mencionada. Hé aquí los pueblos que se le dieron, segun la copia que de tal documento sacó el P. Villanova del archivo de Mallorca (T. XXI, doc. X.) *castrum et villam Segorbis, castrum et villam Castilionis de Buriana, castrum et villam Muriveteris, et castrum et villam de Almenara*. Nada dice de Morella, ni en los documentos auténticos, que de aquel tiempo nos quedan se hace mencion de tal señor. Segorbe, Murviedro, Almenara y Castellon, quedaron en se-

cuostro en poder de los árbitros, hasta que se cumpliese lo que habian decidido, nombrándose gobernador de los reinos de Aragon y Valencia al infante D. Alonso; así acabó aquella cuestion de familia, que habia aumentado su importancia, temiendo con razon que tendria malos resultados.

Aunque los pueblos de la ribera del Júcar se habian sujetado á los cristianos, quedaban los moros trabajando los campos y ocupados en algunos oficios. No serian tratados con tanta benignidad por sus vencedores, cuando se levantaron en masa para reconquistar el terreno perdido. Eligieron por gefe á un moro, llamado Azadrach, que habia servido en el ejército cristiano, pero que conservaba el afecto á sus correligionarios. Este valiente caudillo, antes de levantar bandera, quiso tender las redes para aprisionar á D. Jaime. Previno una celada convidando al monarca de Aragon á tomar posesion del castillo de Rugat. El rey que nada sospechaba marchó con una escolta de treinta y cinco caballos, pero al llegar á un valle se arrojaron sobre él tal número de mahometanos, que debió él librarse á su valor y serenidad. Siguió la insurreccion, los moros se apoderaron de algunos pueblos y el rey se vió obligado á publicar un edicto de espulsion. Desesperados los musulmanes apelaron á la fuerza y se reunieron hasta setenta mil combatientes, desafiando el poder del rey de Aragon. Encontraronse los dos ejércitos en el valle de Gallinera y si bien al principio obtuvieron los moros alguna ventaja, la disciplina de las tropas del rey pudo triunfar. Aun pudo Azadrach sostenerse por algun tiempo, pero derrotado de nuevo, los

restos de su ejército se retiraron á la sierra de Espadan, en donde fueron batidos y obligados á emigrar.

En 1259 por el mes de Setiembre, despues de haber dado á su hijo D. Alfonso el reino de Valencia para que se uniera al de Aragon, se vino á Morella, en donde pasó algunos dias. En 15 de este mes se hallaba en el Forcall, en cuyo pueblo dió á la ciudad de Valencia el privilegio para levantar muros y valladares, que es el LVII, cuya fecha es: *Dat. ap. Forcallo de Morella XVII Kal. Octobris anno Dmi. MCCLIX*. Poco duró la alegría del infante D. Alfonso, pues murió en Valencia en 1260, dejando á los hijos de D.^a Violante el camino abierto para subir al trono. D. Pedro fué declarado sucesor de los reinos de Aragon, Valencia, y Principado de Catuluña, y su hermano D. Jaime de Mallorca, y Rosellon.

Parece que el rey tenia voto de pasar á Jerusalem y con el objeto pidió á los pueblos recursos para el viaje. Morella le envió tres mil sueldos, cantidad no despreciable en aquellos dias. Embarcóse con una armada, pero fué preciso volverse, por que una tormenta le puso en peligro de perder la vida y la de los caballeros y tropa de la tripulacion.

Era ya viejo; su largo reinado y tan lleno de azares le tenia en un estado de decrepitud y ni en los últimos años de su vida pudo disfrutar de un perfecto sosiego. Los moros del reino, azúzados por los de Marruecos, proyectaron una nueva sublevacion, llamaron á Azdrach, que se hallaba en Granada, y levantándose al grito de viva Mahoma, se apoderaron de Montesa, pasando á cuchillo su guarnicion. El anciano monarca que se ha-

llaba en Alcira marcha con dos mil infantes á apagar aquel fuego, que tomaba incremento, pero al llegar á Concentaina, cayeron sus caballeros en una celada y fueron pasados á cuchillo. Se rehicieron los cristianos y arremetiendo con brio, pudieron humillar á los moros, cayendo en la accion el mismo Azadrach. Quiso D. Jaime vengarse de la derrota de sus caballeros pero sus fuerzas ya no le permitian marchar al combate. Encargó el mando á D. Garcia Ortíz, que fué desgraciado en la primer batalla. De tal modo se acongojó el rey al saber la desgracia, que su enfermedad se agravó. Sinembargo, quiso seguir á los soldados, colocado en una litera y su presencia reanimó las tropas, se lanzaron sobre los enemigos y consiguieron una victoria.

Postrado, débil y sin esperanzas de vida se hallaba en Alcira, cuando llamó al infante D. Pedro y en presencia de los prelados y caballeros, le entregó el reino, le dió algunas instrucciones, y habiendo dado algunas treguas la enfermedad, mandó lo trasladaran á Valencia, en donde murió en 27 de Julio de 1276. Apenas habrá rey cuya memoria sea más grata. Los historiadores, al acabar la narracion de los hechos de D. Jaime, le tributan los mayores elogios, no solo á su valor, si que tambien á sus virtudes privadas. Martorell, no solo le llama varon virtuoso, escelente príncipe, sino que añade: *E fo pare de fills horfans, defensó de vidues é fartadó de pobres*. Beuter alaba sus virtudes, y Viciana añade, que en su larga vida no hizo cosa mala ni de aborrecer. Nosotros reconocemos su valor, su constancia, su fé, aquel celo siempre creciente por la gloria de Dios: vemos en la crónica escrita

por el mismo con el candor y sinceridad del que deja hablar su corazón, vemos el cuidado de encomendar sus empresas á Dios y á su Madre Santísima, no emprender una acción de guerra sin recibir antes la comunión, y procurar que la recibieran sus caballeros y tropa, confiado en que el pan de vida daría también fuerzas y valor á los soldados que peleaban por la causa de Dios; vemos que levantó muchos templos en honor de María en su Asunción á los cielos; pero también hemos leído su testamento y si en él encontramos muchos legados piadosos, recuerda también algunos escesos, ya que con demasiada franqueza consigna allí los nombres de sus hijos ilegítimos. Por esto no le llamaremos santo, ni hombre que siempre siguió los caminos del Señor; alabaremos sus virtudes cristianas, pero reconoceremos en él un hombre sujeto á las miserias de la humana naturaleza.

El cadáver de este renombrado monarca fué depositado en la catedral de Valencia, hasta que lo trasladaron al monasterio de Poblet de Cataluña, que él mismo había elegido para que fuera el depositario de sus restos mortales. Seis siglos habían pasado, ó poco ménos, cuando una revolución que muestras había dado de destruir lo antiguo para levantar en nuestro suelo el edificio de una nueva sociedad, sin respeto á las personas ni á las obras del arte, ni á los asilos de la ciencia y de la virtud, arrojó á los monjes del monasterio de Poblet, y turbó el reposo de los muertos, sacando los huesos de los sepulcros. En 1835 se suprimieron los conventos y los huesos del rey D. Jaime I fueron trasladados á Tarragona, y descuidados yacían en un cuarto bajo del Gobierno civil, hasta que en 1843 fueron trasladados á la catedral.

Hemos sido más estensos en el reinado de este monarca porque su nombre es tan popular en nuestras sierras, que desde niños lo pronunciábamos como el de nuestro libertador.

16. En el reinado de D. Jaime I de Aragon, comenzó una nueva era para nosotros. La raza cristiano-goda que atravesó cinco siglos de esclavitud, rompió sus cadenas, cuando D. Blasco de Alagon izó el pendon cristiano sobre ese peñon á cuya falda nos cobijamos, salió de sus modestas capillas y entonó el *Hosana* al hijo de Dios, que allá en Jerusalem dió su vida por los hombres. Los aragoneses, que desde las montañas de Teruel vinieron á poblar á Morella, eran cristianos viejos, que habian peleado por su Dios y por su patria y estamparon en la enseña que les conducia al combate, un cetro y una cruz; un cetro símbolo de su amor y fidelidad á los reyes, una cruz signo misterioso de la religion que defendian y que era el alma de aquella sociedad naciente.

En efecto, las máximas del Evangelio arreglaban un pueblo que se levantaba sobre las ruinas de otro pueblo que habia sucumbido, y la caridad cristiana acudia en socorro de las necesidades del pueblo nuevo. Nos admira tanta abnegacion, tanto patriotismo, tanto desprendimiento, tanto celo é interés para el bien comun; y esto guiado siempre por los sentimientos religiosos. Hemos dado cuenta de los magnánimos varones que fundaron la cofradía de San Lázaro, para socorrer á los leprosos abandonados á los rigores de su asquerosa enfermedad; de la de San Antonio, para recoger á los atacados de la enfermedad de *fuego*; y de otros establecimientos piadosos, que se le-

vantaron para atender á las necesidades de la humanidad doliente. Pero tenia Morella otras asociaciones, por que otras necesidades se conocian, y los grandes eran los padres de los pobres, y los que poseian bienes tenian un placer en derramar el consuelo sobre los necesitados. La cofradía de San Blas tenia el placer de vestir á los desnudos, y en un dia señalado tendia sus largas piezas de ropa en la iglesia, porque en nombre de Dios trocaba los harapos del pobre en un vestido humilde pero decente. Otra cofradía albergaba los peregrinos y pobres forasteros; una procuraba buscar marido á las doncellas honestas y pobres, señalándoles una dote, *Doncellas á maridos*; otra se ocupaba en dar oficio á los huerfanos. Así, mientras al terminar el siglo XIII se levantaban templos para Dios, que son ahora el orgullo de nuestra generacion, se atendió en nombre del mismo Dios al bien de la sociedad.

Con tantos recursos para atender á las necesidades de los pueblos, con tantos establecimientos piadosos, todos á cargo del Consejo municipal, se comprenderá la rectitud y el interés para que se distribuyeran los fondos justamente y con economía. El rico no dudaba de poner en sus manos las limosnas, sabiendo que les darian una inversion segun su voluntad; ni el pobre sospechaba que le faltaria en sus dias de estrechez y penuria. Y aquellos hombres justos, elegidos por el pueblo y para el pueblo, cumplan con un grato deber y se complacian en aliviar la miseria.

Y si tan justos eran, que miraban á Dios sobre sus

cabezas y guardaban su ley en el corazón ¿como administrarian la justicia, entónces cuando el código penal era incompleto y mil veces no estaba previsto en la ley el modo como habian de sentenciar las causas? Cuando no alcancen los fueros, se dictará sentencia á juicio de los hombres probos, decia un fuero: tanta confianza inspiraba la probidad de nuestros abuelos. Nosotros hemos leído la coleccion de fueros del reino, el cuerpo de privilegios, las constituciones municipales, y lo decimos, aunque se nos acuse de querer retroceder los siglos, la constitucion política de D. Jaime, mejorada despues segun se presentaban las dificultades, nos parece mejor, más sencilla, más acomodada al carácter español, que las constituciones modernas. La insaculacion evitaba intrigas y manejos y los elegidos para representar á los pueblos eran sus genuinos representantes; si alguna vez arrancaban al monarca algun privilegio, era sin perjuicio de los demás. Pero siempre los elegidos eran del pais y no subvencionados por el rey.

Seguiremos luego nuestra tarea para recordar los hechos en otros reinados.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN EL TOMO II.

SECCION SEGUNDA.

BIOGRAFÍAS.

Prólogo á esta seccion	5.
Biografías	7.
Fr. Guillermo y Fr. Vidal, de Benifazar	9.
D. Pedro de Morella, obispo de Mallorca	12.
D. Francisco Paholach, de Morella, obispo de Tortosa	14.
D. Raimundo Paholach. Morella	19.
D. Miguel Cirera. Morella	20.
D. Juan Ciurana. Morella	22.
Fr. D. Juan de Morella	23.
D. Francisco Gargallo, obispo de Malta. Morella	24.
D. Domingo Ram y Lanaja, Cardenal. Morella	25.
Anónimo morellano	51.
R. P. Fr. Martin Trilles. Villafranca	53.
V. Fr. Juan Fort. Albocácer	56.
D. Ramon Roig. Morella	59.
D. Bartolomé Villanova. Morella	60.
D. Pedro Jacobo Esteve. Morella	62.
D. Salvador Allepuz, arzobispo de Sàcer. Morella	69.
D. Francisco Sancho, obispo de Segorbe. Morella	71.
D. Guillermo Brusca. Morella.	84.
D. Juan Marzá. Morella	87.
D. Gaspar Punter, obispo de Tortosa. Morella	94.
D. Melchor Punter. Morella	113.
R. P. Fr. Antonio Bernad. Morella	115.

D. Jaime Mirò	118.
Fr. Mauro de Morella	119.
D. Miguel Tomás. Morella	125.
P. Fr. Miguel Arguedes. Forcall	Id.
D. José Pablo Cros. Morella	128.
D. Pedro Francisco Cros. Morella	Id.
P. Fr. Baltasar Cíprez. Morella	129.
D. Silverio Bernad. Morella	131.
R. P. Fr. Blas Berdù. Catí	135.
D. Pedro Camañes. Villafranca	137.
D. Juan Antonio Saura. Morella	138.
D. Francisco Pascual. Palanques	139.
D. Gaspar de Lafiguera. Olocau	140.
D. Valeriano Sentli. Morella	143.
D. Gaspar Catalá de Monsonís. Benasal	144.
D. Gerónimo Vives. Benasal	147.
Fr. D. Gaspar Gil. Forcall	148.
D. Gabriel Berdù. Catí	152.
D. Isidro Segura. Morella	153.
D. Gabriel Roselló de la Torre. Forcall	154.
D. Juan de la Torre. Morella	156.
D. Antonio de Lafiguera. Morella	158.
P. Fr. Gerónimo Monterde. Benasal	159.
D. Gaspar Fuster, obispo de Sacer. Albocácer	161.
D. José Palos y Bort, obispo de Paraguay. Morella	163.
D. Carlos Gasulla de Ursino. Morella	168.
P. Fr. Gabriel Montañés. Albocácer	171.
D. Francisco Sales. Catí	Id.
D. Francisco Celma. Catí	172.
D. Agustín Sales Albocácer	173.
D. Juan Bautista Sales. Albocácer	175.
R. P. Fr. Vicente Sorribas. Morella	Id.
D. Aurelio Beneito. Morella	178.
D. Miguel Sales. Catí	182.
P. Fr. Juan Bernal. Benasal	183.
D. Gaspar Molés. Benasal	184.
D. Miguel Fuster. Todolella	185.
D. Pedro Barrachina Cinctores	Id.
D. Cristóbal Fabregat. Benasal	186.
D. Luis Folch. Castellfort	188.
D. Juan Figols. Cinctores	189.
D. Antonio Ariño. Morella	191.

D. Juan Bautista Colomer. Morella	192.
Ilmo. Sr. Fr. D. Domingo Martí. Morella	193.
D. Juan Bautista Oliet. Morella	265.
D. Salvador Roig. Benasal	266.

SECCION HISTÓRICA.

ÈPOCA ANTIGUA.

Cap. I. Resùmen. 1 Dificultades que se encuentran para escribir la historia de los tiempos primeros 2. Cuna del hombre. 3. Estaba este país habitado antes del Diluvio? Parecer del Dr. Marés. 4. Otros pareceres, deducidos de las ciencias geológicas. 5. Diluvio universal. 6. Aborígenes despues del diluvio 7. Primeras colonias en el país. 8. Nuevos colonizadores. 10. Costumbres de los tiempos primeros. 11. Monumentos que nos quedan. 275 á 298

Cap. II. Resúmen. 1. Proyectos de los cartagineses para apoderarse de España. 2. Los suspenden por las guerras de Sicilia y la de los Mercenarios. 3. Pasa Amílcar á España con un poderoso ejército. Sus campañas, su muerte. 4. Asdrubal. Sus hechos, su muerte. 5. Anibal, su talento militar, su primera campaña. 6. Sagunto; su defensa y destruccion. 7. Expedicion de Anibal á Italia. 8. Gneo Escipion viene á España. Primeras operaciones. Triunfos de los romanos. Publio Escipion. 9. Muerte de los Escipiones. 10. Publio Cornelio. Sus victorias. 11. Indibil y Maldonio 12. Decadencia de los cartagineses. Son espulsados de España. 299 " 324

Cap. III. Resùmen. 1. P. Cornelio Escipion marcha á Italia. Ultima sublevacion de Indibil y Maldonio. 2. Conducta cruel de los procónsules. 3. Viriato, sus campañas, triunfos y derrotas. 4. Numancia. 5. Sertorio. 6. Julio César. 7. Augusto. 8. España provincia romana. 325 " 344

Cap. IV. Resúmen. 1. Imperio romano. 2. Nacimiento de JESUCRISTO. 3. Tiberio. 4. Muerte de Jesus y promulgacion del Evangelio. 5. Calígula, Claudio etc. 6. Trajano, Adriano, Antonino etc. 7. Daciano. Mártires en España. 8. Constantino. Triunfo del cristianismo. 9. Los hijos de Constantino. 10. Teodosio. 11. Division del imperio. 12. Invasion de los bárbaros. 13. Una mirada retrospectiva. Conclusion.

345 " 360

Cap. V. Resúmen. 1. Estado del imperio romano. 2. Divisiones en España. 3. Ataulfo hasta Liuva. 4. Leovigildo hasta Wamba. 5. Ervigio hasta Wítiza. 6. D. Rodrigo. 7. Batalla del Guadalete. 8. Muerte del Rey. 9. Concluye la época primera.

361 " 382

ÉPOCA SEGUNDA.

Cap. I. Resúmen. PRELIMINAR. 1. Mahoma. Su nacimiento, sus doctrinas, sus progresos, su muerte. 2. Califas que le sucedieron. 3. Consecuencias de la batalla del Guadalete. 4. Primeros esfuerzos para recuperar la independencia. Covadonga. San Juan de la Peña. 5. Carlo [Magno y su hijo. Emboscada en el valle de Ibaña. 6. Iñigo Arista y primeros reyes de Aragon. 7. El Cid. Correrías por estos montes. Célebre batalla de Morella. Conquista de Valencia. 8. D. Alfonso I. Conquista de Alcaniz. Entra en Morella. 9. D. Ramon Berenguer da á Alcaniz su carta puebla. Morella dentro su término municipal. Conquista de Tortosa. Continuacion de los reyes de Aragon. 10. Pedro II. Nacimiento de D. Jaime I. Muerte de D. Pedro II en la batalla del Garona.

383 " 420

Cap. II. Resúmen. 1. Estado en que se encontraba el reino de Aragon despues de la muerte de D. Pedro. 2. Sacan á D. Jaime del poder de Monfort. 3. Bandos en el reino. 4. Es jurado rey D. Jaime. 5. Se casa con doña Leonor de Castilla. 6. Primeros hazafias del rey. 7. D. Jaime solicita la nulidad de su matrimonio. Amores con doña Teresa Gil de Vidaure. 8. Sita á Peñíscola. 9. Sepárase de doña Leonor. 10. Arriesgada conducta de D. Blasco de Alagon. 11. Emi-

gra á Valencia y contrae amistad con el rey moro Zeit-Abuceit. 12. Conquista de Mallorca. 13. Se levanta el destierro á D. Blasco. 14. Zaense apodera de Valencia. 15. Don Blasco á la vista de Morella. 16. Conquista de Morella. 17. Entra D. Jaime y toma posesion de esta plaza. 18. Juicio crítico sobre el día y año que la ocuparon los cristianos.

442 " 456

Cap. III. Resúmen. Recompensas que da D. Blasco á sus caballeros. 2. Puéblase Morella. 3. Pacto de sucesion entre D. Jaime y D. Sancho de Navarra. 4. Se trata de casar á D. Jaime. Reclamaciones de doña Teresa Gil de Vidaure. Crueldad con el obispo de Gerona. Fundacion del monasterio de Benifazar. 5. Sitio de Burriana. 6. Conquista de Peñíscola y de otras plazas. 7. Conquista de Galintort (Castellfort). 8. Fundacion de Villafranca. 9. Riesgo en que se encontró la vida de D. Blasco. 10. Conquista de Valencia. 11. Guerra entre Don Jaime y Don Blasco. 12. D. Jaime entra en Morella. 13. Segunda carta puebla y concesion de franquicias. 14. Continuacion del reinado de D. Jaime. 15. Su muerte. 16. Estado religioso y político al terminar el siglo.

457 " 490

ERRATAS MAS NOTABLES.

54	4	lo prueba	lo prueban
60	10	Y viéndose	Y viéndose
62	14	ies des	le dés
80	N	auctoritate	auctoritate
154	20	1745	1645
217	22	Modicus	Modice
257	18	forazata	fortaleza
291	16	espana	España
294	9	plenicis	plenilunio
313	27	Asdrubal	Andubal
349	15	Agripina	Agripina
456	27	colocó el	colocó en el
488	10	Hosuna	Hosanna